

secretos para contar

Érase una vez en Colombia

Vidas que inspiran



ÉRASE UNA VEZ EN COLOMBIA – Vidas que inspiran

Textos:

Marcela Olarte Melguizo, Mónica Gil Restrepo, Alberto Quiroga Jiménez, Daniel Álvarez Betancur.

Prólogo:

Jorge Orlando Melo González.

Edición:

Lina Mejía Correa, Vanessa Escobar Rodríguez.

Diseño gráfico y diagramación:

Carolina Bernal C.

Ilustraciones:

Carolina Bernal Camargo y María Luisa Isaza G.

Texto de contraportada:

Madre Teresa de Calcuta

Corrección Ortotipográfica:

Juan David Villa Rodríguez.

Agradecimientos:

Ana Ochoa A., Ángela Restrepo M., Carlos Osorio O., Francisco Lopera R., Francisco Sanclemente, Gabriel Jaime Arango V., Gustavo Restrepo V., Juan Luis Mejía A., Luis Rendón C., Marta Hincapié U., Jorge Orlando Melo G., Santiago Londoño A, Ana Luisa Viera M.

Primera edición: 40.000 ejemplares, abril de 2022.

Segunda edición: 23.533 ejemplares, septiembre de 2022.

Tercera edición: 25.000 ejemplares, febrero 2023.

Cuarta edición: 55.000 ejemplares, febrero 2023.

Secretos para contar ISBN 978 95853357

ISBN Obra independiente: 978 958 53357-5-2

Impreso en Colombia por:
EDITORIAL NOMOS S.A.

FUNDACIÓN SECRETOS PARA CONTAR

Consejo de Administración:

Juan Luis Mejía A., Juan Guillermo Jaramillo C., José Alberto Vélez C., Lina Mejía C., Juliana Mejía P., Manuel Santiago Mejía C., Jorge Orlando Melo G., Jorge Mario Ángel A., Fernando Ojalvo P., Martha Ortiz G.
Presidente: Lina Mejía C.

Los recursos que hacen posible el programa de promoción de lectura de la Fundación Secretos para contar (y que incluye el trabajo con maestros, familias, estudiantes y la entrega del material de lectura) han sido aportados por una red de más de 100 entidades público-privadas, cajas de compensación y entidades del sector solidario que se unen al sueño de llevar lectura, educación y entretenimiento a las poblaciones rurales. ¡Gracias a ellos!

Gracias a todo el equipo de trabajo de la Fundación, porque hace posible que los libros de la colección Secretos para contar vivan en los hogares campesinos; gracias a las familias del campo por recibirnos y a los maestros rurales por su gran labor.

© Todos los derechos reservados
Fundación Secretos para contar
fundasecretos@une.net.co
Tel. 57 (4) 322 0690
Medellín - Colombia

www.secretosparacontar.org

**MATERIAL EDUCATIVO DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA,
NO TIENE VALOR COMERCIAL**

*Este libro está dedicado a todas aquellas personas que forjan
con su vida un camino lleno de amor y con esto
hacen de Colombia un mejor país.*

Índice

- 6 **Prólogo**
- 8 **María Cano**
La mujer que alzó la voz
- 12 **Willington Ortiz**
El futbolista aguerrido
- 16 **Goyo Martínez**
La emisaria del Pacífico
- 20 **Manuel Uribe Ángel**
El padre de la medicina en Antioquia
- 24 **Gloria Valencia de Castaño**
La primera dama de la televisión
- 28 **Tomás Carrasquilla**
El novelista de la realidad antioqueña
- 33 **¡Coja oficio!**
- 34 **Esmeralda Arboleda**
La política de la igualdad
- 38 **Pedro Nel Gómez**
El pintor de la patria
- 42 **Diana Trujillo Pomerantz**
La ingeniera de la perseverancia
- 46 **José María Acevedo**
El genio de los electrodomésticos
- 50 **Teresita Gómez Arteaga**
La pianista que rompió el molde
- 54 **Alberto Lleras Camargo**
Un estadista al servicio de Colombia
- 59 **Ningún oficio es mejor que otro**
- 60 **Beatriz Restrepo Gallego**
La maestra de la reflexión y la enseñanza

- 64 José Barros Palomino**
El pescador de versos y melodías
- 68 Tita Maya**
Una mujer de avanzada
- 72 Cochise Rodríguez**
Un héroe sobre ruedas
- 76 Virginia Gutiérrez de Pineda**
La intrépida observadora del país
- 80 Fernando Botero**
Un artista monumental
- 85 Zapatero a tus zapatos**
- 86 Totó la Momposina**
La diva descalza
- 90 Guillermo Zuluaga "Montecristo"**
Medio siglo haciendo reír a Colombia
- 94 Caterine Iburgüen**
La sonrisa de oro del atletismo
- 98 Rogelio Salmona**
El transformador de ciudades
- 102 Ángela Restrepo Moreno**
La curiosa incansable
- 106 Abel Rodríguez Muinane**
Los ojos de la selva
- 111 Hacer destino**
- 112 Gabriel García Márquez**
El Nobel del Caribe
- 116 Débora Arango Pérez**
Una artista provocadora
- 120 Francisco Lopera**
El guardián de la memoria
- 124 Petrona Martínez**
La reina del bullerengue
- 128 Carlos Enrique Osorio**
El agricultor ecológico
- 133 ¿Cuántos oficios hay?**
- 134 Elisa Mújica Velásquez**
La narradora del universo femenino
- 138 Andrés Orozco Estrada**
Una batuta prodigiosa
- 142 Sindey Carolina Bernal**
Crear para ayudar
- 146 Belisario Betancur**
El político que navegó a través de la poesía
- 150 Luzmila Acosta de Ochoa**
Una psiquiatra con sentido social
- 155 Soñar no cuesta nada**
- 156 Fernando González**
El filósofo de Otraparte
- 160 María Teresa Uribe de Hincapié**
Una pensadora comprometida
- 164 Francisco Sanclemente**
El hombre que venció a la adversidad
- 168 Mariana Pajón**
La triple medallista olímpica
- 172 Guillermo Cano Isaza**
El símbolo de la libertad de prensa

Prólogo

“El que hace lo que ama está benditamente condenado al éxito, que llegará cuando deba llegar, porque lo que debe ser será, y llegará naturalmente”.

Facundo Cabral

Este es un libro para inspirarse a cumplir los sueños, una invitación a amar lo que hacemos. Un libro que nos da ejemplos de historias de personas que, gracias a su empeño, compromiso y dedicación, lograron llegar lejos, alcanzar sus metas y dejarle un legado a nuestra sociedad.

Las biografías aquí contenidas son ejemplos cautivadores de superación y empuje. Conocer a estas personas, sus historias, dificultades y caminos nos inspirará y dará aliento para vivir. Es la intención de esta obra: mostrarnos que todo aquel que se propone lograrlo puede destacarse en su oficio, independientemente del que elija, porque para todos hay un espacio donde crecer.

Estas biografías muestran que también en condiciones difíciles es posible hacer una vida rica y creadora, que con esfuerzo, dedicación y constancia, hay hombres y mujeres que terminan haciendo lo que quieren, como los deportistas que superan sus enfermedades y hasta la incapacidad física para llegar a campeones en los Juegos Paraolímpicos. Leyendo estas biografías, uno se da cuenta de que todo está al alcance de la mano, que no hay trabajos imposibles si nos empeñamos, que debemos coger oficio temprano, llenarnos de interés y de ganas de llegar a alguna parte. Aquí vemos la niña

adoptada que termina siendo una gran pianista, la hija escondida que acaba como una gran figura de la radio, el hijo del carpintero pobre que funda una de las grandes industrias del país, y a muchas personas de familias comunes y corrientes que se salen del molde y se arman de oportunidades para destacarse.

Algunas cosas son comunes a varios de estos personajes, y vale la pena recordarlas: debemos formarnos, y, para eso, para aprender muchas cosas diferentes, la lectura es clave. Leamos todo lo posible, lo que se atravesase, pero también escojamos las lecturas que nos sirvan según el sueño que tengamos. Debemos tener disciplina, trabajar duro: todo oficio vale la pena si se hace con esmero y dedicación. Debemos buscar maestros, seguir ejemplos, conversar con expertos, estar decididos a superar los obstáculos y a no dejarnos desanimar cuando las cosas salgan mal. Todo, a la larga, se puede arreglar.

En cualquier trabajo, dibujando, contando cuentos, ayudando a otros, hablando, practicando un deporte, sembrando, arreglando cosas dañadas, podemos hacer algo extraordinario y abrirnos el camino para una vida exitosa y agradable.

Este es un libro, en fin, para leer en calma, para repasar con los hijos y los hermanos, para comentar con los amigos. Para aprender que entre todos es mucho lo que podemos hacer y que todos los oficios, hasta los que parecen más humildes, son trabajos interesantes y productivos, que, en últimas, nos benefician a todos como sociedad.

Jorge Orlando Melo

María Cano

La mujer que alzó la voz

(Medellín, Antioquia, 1887 – Medellín, 1967)

“Es un deber responder al llamado de la historia. Tenemos que hacer que Colombia responda. Cada vez son más amplios los horizontes de libertad, de justicia y de paz.”

María de los Ángeles fue la menor de los ocho hijos que nacieron en el hogar de Rodolfo Cano y Amelia Márquez; la bautizaron, como era costumbre en esa época, con el nombre de una hermana suya que había muerto anteriormente. Pero sus padres, en realidad, no solían seguir las costumbres, y en muchas ocasiones iban en contra de la corriente.

Su papá, por ejemplo, no se dedicó ni a la minería ni a la arriería ni al comercio, las profesiones más comunes a comienzos del siglo xx, época en la que Medellín empezaba su proceso de industrialización, sino a ampliar su conocimiento, a leer y a conversar con otras personas curiosas, con quienes intercambiaba ideas acerca de la ciudad, el país y el mundo. Le gustaba que esas tertulias fueran en su casa y permitía que sus hijos asistieran, incluso sus hijas, pues no consideraba que el saber fuera un asunto exclusivo de los hombres.

A María le encantaban esas reuniones en las que se hablaba con libertad, especialmente de política y literatura. Allí era usual que se leyera en voz alta y que luego se reflexionara sobre lo que habían leído. Las lecturas y las discusiones fueron las semillas que poco a poco germinaron en ella, y desde muy pequeña se hizo consciente de que debía ser una mujer independiente. “Tengo ojos, oídos, una voz propia; me puedo mover y pensar por mí misma”.





Mientras más aprendía sobre el mundo que la rodeaba, más interés perdía en los bordados y en las tardes con sus amigas; por el contrario, quería escribir acerca de la realidad social del país y dedicar su tiempo a ayudar a los más necesitados, sobre todo a las mujeres obreras, que debían repartir su tiempo entre las fábricas y los hogares. María empezó a visitar los barrios obreros y allí se dio cuenta de las dificultades que pasaban, de la precariedad de sus viviendas, de la escasez de alimentos y del mal estado de salud de los niños.

Comprendió que algunas madres cabeza de familia debían trabajar hasta 20 horas diarias en trilladoras de café, en fábricas de botones o de cigarrillos, o de confecciones y tejidos. ¿Cuándo descansaban estas mujeres? ¿Acaso no dormían? Cualquiera persona, pensaba María, tiene derecho no solo a descansar, sino también a capacitarse para poder progresar. Lo lógico sería que las 24 horas del día estuvieran divididas en tres períodos iguales: ocho para trabajar, ocho para estudiar y ocho para descansar.

Muy pronto las obras de caridad dejaron de ser la actividad central de María; se dedicó con enorme pasión al activismo político, un ejercicio completamente ajeno a las mujeres de esa época, quienes tenían más prohibiciones que permisos. Era común que, en caso de ser casadas, sus esposos tomaran todas las decisiones del hogar; o, en caso de ser solteras, sus padres o hermanos mayores escogieran por ellas.

La casa de María se volvió el lugar de encuentro de trabajadores y estudiantes, a quienes invitaba a pensar, a comprender el contexto en el que vivían para poderlo cambiar. Les enseñó que no se debía trabajar para sobrevivir, sino para vivir, algo que solo sería posible si se organizaban, si colectivamente pedían mejores condiciones laborales. La unión, les decía, es una palanca poderosísima.

La labor de María comenzó a ser reconocida. Cada vez eran más los obreros y los jóvenes que la acompañaban en sus recorridos por la ciudad; las plazas se volvieron el escenario natural de esta mujer delgada, de manos y pies pequeños, y de piel muy blanca. Su apariencia frágil contrastaba con su energía incansable. “Digan que una voz de mujer les grita”, así iniciaba sus discursos, los cuales eran cálidos y maternales.

El 1.º de mayo de 1925, María fue elegida como la Flor del Trabajo de Medellín, título que se otorgaba a una mujer joven para que impulsara acciones de beneficencia en favor de las familias obreras. Este reconocimiento no solo

“Digan que una voz de mujer les grita”, así les decía María a sus seguidores antes de iniciar sus discursos, los cuales se caracterizaban por ser cálidos y maternales.

elevó su popularidad entre los trabajadores, también aumentó su compromiso con la causa de la justicia social. La consigna de “los tres ochos” asimismo empezó a escucharse en otros lugares del país a los que María viajó sin importarle el qué dirían. La mujer rebelde ya no se conformaba con hablar, decían con malicia en Medellín, ahora

viajaba acompañada de hombres a lugares desconocidos. Hizo siete giras por el país, en ciudades como Manizales, Cali, Ibagué y Bogotá, donde fue elegida Flor del Trabajo de Colombia.

Pero al igual que crecían sus seguidores, lo hacían sus detractores. María era criticada por sus ideas, a las que calificaban de revolucionarias; decían que sus discursos invitaban a los trabajadores a entrar en huelgas y a enfrentarse con sus empleadores y aun con la ley. Sin embargo, María despreciaba el uso de la violencia, le parecía inútil, consideraba que recurrir a esta iba en contra de la causa que quería defender.

Sorprendida al ser encarcelada en 1928 junto con otros líderes obreros, se preguntó: “¿Realmente me consideran una amenaza?”. Tres meses después recobró la libertad y al volver a casa se dio cuenta de que algo había cambiado

definitivamente: a pesar de que conservaba los mismos principios e ideales, su estado de ánimo era otro. Estaba triste y agotada; los recorridos por Colombia y los enfrentamientos con los políticos y los dueños de las fábricas le habían mostrado que cambiar la realidad era más duro de lo que pensaba. Decía que el país necesitaba una transformación del alma, una que les mostrara a las personas que la felicidad propia depende de la colectiva.

Cualquier persona, pensaba María, tiene derecho no solo a descansar, sino también a capacitarse para poder progresar.

Después de seis años de intenso activismo político, tarea en la que fue la primera líder femenina en el país, María decidió quedarse en su casa, retirarse de las plazas y alejarse del público; trabajó por un tiempo en la biblioteca municipal y luego en la imprenta departamental. Volvió a dedicarse por entero a la lectura y a compartir con sus hermanas; de vez en cuando recibía visitas de sus seguidores, especialmente de los jóvenes a quienes inspiró a luchar para que todos los colombianos, sin excepción alguna, tuvieran los mismos derechos.



Willington Ortiz

El futbolista aguerrido

(Tumaco, Nariño, 1952)

“Lo más importante es querer lo que se hace y hacerlo bien. La compensación económica llega después”.



Willington Alfonso Ortiz Palacio es el nombre completo de uno de los mejores futbolistas colombianos de toda la historia; el mejor, sin discusión alguna, de los años 70 y 80. Y no solo en clubes, sino también en la Selección Colombia, de la que era el conductor y referente.

Fueron tres décadas de inolvidables gambetas y veloces carreras por la punta derecha del campo, de precisos centros para dejar en posición de gol a sus compañeros. Él también los hacía: a pesar de sus 1,69 metros de estatura, Ortiz era uno de los delanteros más temidos.

Sin embargo, su historia no solo es digna de ser contada por sus logros futbolísticos e inigualable talento (algunos llegaron a compararlo con Pelé), sino porque es la de alguien que, no obstante las adversidades y las muchas patadas que recibió, nunca se rindió. “Lo más importante es que en el tiempo que estuve jugando traté de dar todo lo que tenía para que los hinchas que fueran a verme, sin importar el equipo, dijeran que era un jugador que trabajaba para que ellos se divirtieran”.

Ortiz nació en Tumaco, un municipio del departamento de Nariño, ubicado en el extremo suroeste del país. Vivía con sus padres y seis hermanos en una humilde casa de madera, literalmente en el mar. A este tipo de viviendas, tan comunes en el océano Pacífico, se les llama palafitos y son construidas sobre el



agua con la ayuda de estacas enterradas en la arena que sostienen la plataforma en la que está la casa.

Su particular nombre se lo debe a ese lugar porque al puerto de Tumaco llegaban muchas embarcaciones extranjeras. A su papá le parecía llamativa una palabra que veía en el costado de algunos barcos, “Wellington”, que hacía referencia a la capital de Nueva Zelanda. Sin embargo, lo puso Willington; “no sé si se confundió o le sonó mejor con la i”, cuenta el futbolista, y agrega que le encantaba patear balones desde pequeño.

A sus padres no les gustaba la idea de tener un hijo dedicado a ese deporte, no les parecía una profesión seria, y lo incentivaron a ganarse la vida siendo aún muy joven. Después del colegio se iba a trabajar, primero como aprendiz de carpintero y luego de sastre. Al terminar la jornada, salía derecho para la playa a jugar con la pelota. Afirma que su habilidad se la debe, precisamente, a la arena, porque es más difícil hacer rodar y dominar el balón.

A los 14 años empezó a jugar como armador, es decir, como el número 10, en un equipo juvenil, donde deslumbró a todos, incluido el sacerdote de Tumaco, quien lo llevó a probarse en un equipo de segunda división en Girardot, Cundinamarca. No solo eso, también le tuvo que prestar una maleta para que empacara sus cosas, pues en su casa, como nadie había viajado, no había.

En el equipo Juventud Girardot duró solo seis meses; dijeron que no les servía por bajito y flaquito. Regresó a Tumaco y luego lo intentó en otros tres equipos: América, Pereira y Quindío, pero en todos lo rechazaron por su físico. La revancha llegó en 1970, mientras jugaba un torneo con la Selección Buenaventura. “Sabía que esa era mi última oportunidad de volverme jugador de fútbol, lo di todo. Me vio una persona de Millonarios y me dijo que me fuera para Bogotá”.

Su llegada a la capital dejó una anécdota en las escaleras eléctricas del aeropuerto. Estaba con otro amigo y ninguno sabía qué hacer. “Móntense, bobos, que eso los lleva solos”, les dijo el reclutador de Millonarios que los fue a recoger. A ese equipo llegó decidido a todo, por su cabeza no pasaba la posibilidad de volver a su pueblo como un fracasado. Después de seis meses esperando ansioso para saltar a la cancha, le llegó su oportunidad, y nada menos que contra un equipo brasileiro, el Internacional de Porto Alegre. Marcó un gol y desde ese momento no dejó de ser titular. “¿Y ese de dónde

Al terminar la jornada laboral, salía derecho para la playa a jugar con la pelota. Afirma que su habilidad se la debe a la arena, porque es más difícil hacer rodar y dominar el balón.

salió?”, decían los rivales en los primeros partidos; después tuvieron que cambiar la pregunta: ¿qué hacemos para detenerlo?

Con el equipo de la capital jugó la semifinal de la Copa Libertadores de América: era la primera vez que un equipo colombiano llegaba a esa fase del torneo. Aunque perdieron el partido, su actuación fue destacada. Re-

cibía patadas y puños de los rivales que intentaban detenerlo, y él, con más coraje, volvía y se paraba. “Fue guapo como pocos; ese día supe que iba a ser el mejor jugador de este país, por lejos”, comenta uno de sus compañeros de esa época.

En Millonarios jugó siete años, marcó 96 goles y se ganó el apodo del Viejo Willy, con el que lo conocerían por el resto de su carrera, porque solía decirles a sus compañeros “viejo Carlos, viejo Jaime, viejo tal”. Después pasó al Deportivo Cali y, posteriormente, al América de Cali, con el que alcanzó tres subcampeonatos de la Copa Libertadores. En la liga colombiana jugó 587 partidos y anotó 184 goles.

Con la Selección Colombia obtuvo el subcampeonato de la Copa América de 1975 y disputó cuatro Eliminatorias al Mundial, pero en ninguna lograron la

clasificación. “Es una lástima. Quizás no estábamos listos, el fútbol se juega en equipo”, reconoce el Viejo Willy. En 1989, cuando ya se estaba retirando, Francisco Maturana consideró llevarlo al Mundial de Italia, pero él mismo le dijo que no. Ya no estaba en condiciones físicas y no sentía motivación para entrenar. “Cuando eso pasa, es mejor irse”.

Y aunque se retiró del profesionalismo, no colgó los guayos. Hizo un curso para ser director técnico, estuvo al frente de equipos juveniles y fundó su propia academia en Bogotá, donde también tiene un restaurante de comida típica del Pacífico. En las paredes del lugar cuelgan las fotografías que evidencian la leyenda de este talentoso y aguerrido futbolista, un hombre alegre y de cálida sonrisa, que sigue intacta a sus 70 años.

“¿Y ese de dónde salió?”, decían los rivales en los primeros partidos; después tuvieron que cambiar la pregunta: ¿qué hacemos para detenerlo?”



Goyo Martínez

La emisaria del Pacífico

(Condoto, Chocó, 1982)

*“Si uno mismo no enciende su propia luz,
nadie se la va a encender”.*

Para Gloria Emilse “Goyo” Martínez, la música es tan natural como respirar. En Condoto, Chocó, el pueblo donde nació, la vida no se concibe sin ritmos, melodías y canciones. Tampoco en el resto de la costa pacífica colombiana, una región selvática y olvidada que, en palabras suyas, “tiene magia”.

De su infancia en el pueblo recuerda las comparsas y verbenas, las fiestas patronales, los carnavales, la voz de su madre, entonada desde que amanecía, y la inmensa colección de discos de su padre, que encargaba por catálogo a Medellín. También se acuerda de su hermano Miguel Andrés probando ritmos y tonadas con las tapas de las ollas y los cubiertos. Cuando se iba la luz, algo que ocurría con frecuencia, las mujeres cantaban para alegrar la noche; sus tías hacían los coros y su madre la voz principal.

De pequeña no soñó con ser cantante, quizá porque era algo que todos los días hacía. A los nueve años su familia se mudó a Quibdó, la capital del departamento, pues su padre consiguió trabajo en una emisora. La ciudad, comparada con Condoto, le pareció enorme. Después de clases, salía a la calle a jugar baloncesto, a escuchar música, a estar con los amigos. Allí conoció a Carlos Valencia, un joven al que le gustaba la percusión, y con el que se identificó en los intereses musicales. Él se fue a vivir a Cali, donde luego se encontrarían.





Goyo hizo el bachillerato en Buenaventura, Valle del Cauca, el puerto más grande de Colombia y un lugar rico en expresiones culturales diversas. Allí tuvo la posibilidad de conocer el rap y el *hip hop*, que le llamaron la atención porque se identificaba con los intérpretes afroamericanos, pero desconocía los temas que desarrollaban. Al ser géneros urbanos, originados en Norteamérica, abordan la vida en la ciudad, la violencia de las barras, el dinero como símbolo de estatus, preocupaciones inexistentes en la infancia tranquila de Goyo. Sin embargo, le gustaron los *beats*, es decir, los ritmos muy marcados, los cuales incorporó al conocimiento musical que ya tenía.

La intención de formar un grupo musical nació en Cali, a donde se mudó para estudiar Psicología. En la universidad también aprendió sobre instrumentos folclóricos como la marimba, el bombo y el guasá, de herencia africana, los cuales reafirmaron sus raíces. Cuando se reencontró con Carlos Valencia, a quien hoy le dicen Tostao, “hicieron clic”, dice Goyo, para explicar no solo la afinidad por la música, sino lo que esperaban hacer con ella: hablar del lugar de donde venían. “Queríamos poner el mapa del Chocó en el mapa de Colombia”, explica Goyo. Ambos, en compañía del hermano de Goyo, a quien hoy le dicen Slow, conformaron ChocQuibTown en el año 2000, y son, además, una familia, ya que Goyo y Tostao se casaron y hoy tienen una hija, Saba.

Su canción *Somos Pacífico* es la carta de presentación de la banda, pero también de la gente del Pacífico. En ella hablan de aquello que los une como región, y no de lo que los separa, una filosofía que ha sido clave en el éxito que tienen. “Nos une la región, la pinta, la raza y el don del sabor”, dice su letra, mas la fusión no para ahí. También hay mezcla de ritmos urbanos con otros tradicionales como la cumbia, el bunde y el currulao. Con ellos conquistaron el panorama nacional y luego el internacional.

**“Somos Pacífico, estamos unidos, nos une la región, la pinta, la raza y el don del sabor”
(Coro de la canción *Somos Pacífico* de ChocQuibTown).**

A su regreso de la primera gira por fuera del país, se dieron cuenta de que la gente los reconocía en la calle y los admiraba. “No teníamos el afán de la fama, sino de hacer música”, dice Goyo, cuya emoción fue inmensa cuando, en una visita a Quibdó, la gente se amontonó a recibirlos en el malecón. Más de

8000 personas celebraron el grupo que los representaba. Los integrantes de ChocQuibTown consideran que no son nada sin su pueblo.

“Cada que se me ha presentado una oportunidad en la vida, no la desaprovecho porque creo que son muy pocas para dejarlas pasar”, dice Goyo, quien quisiera que en su tierra las posibilidades fueran mayores. Sabe que son muy pocos los recursos económicos que se destinan para motivar a los jóvenes a dedicarse a la cultura. Por ello, se siente orgullosa de ser ejemplo para cientos de ellos que sueñan con hacer música profesionalmente, pues su labor ha puesto a su región y a su gente, llena de talento, en el panorama musical.

A su madre, Nelfa Perea, le debe la disciplina que la caracteriza. Desde pequeña tuvo responsabilidades en su casa, pero su madre, además, le exigía rendimiento académico y estaba atenta a las amistades y la manera como Goyo pasaba el tiempo libre. Hoy agradece el ejemplo y aplica muchas de sus enseñanzas en la educación de su hija.

Vivir lejos de su tierra le ha dado perspectiva para reflexionar. El racismo, los estereotipos y los prejuicios son una realidad a la que ha tenido que enfrentarse. Recuerda el dolor que sintió cuando a ella y a una amiga las obligaron a bajarse de un bus en Bogotá por ser negras, o lo extraño que le parecía cuando alguien se pasaba de acera para evitar topársela de frente. Sin embargo, ha evitado llenarse de rabia. Por el contrario, experiencias como

estas le han servido para crecer como artista y como persona. Por eso sus versos denuncian el racismo y buscan resaltar las condiciones luchadoras de su gente. En una de sus canciones más conocidas, lo dice con claridad: “De donde vengo yo, la cosa no es fácil, pero siempre igual sobrevivimos”.

A pesar de sus muchos logros, Goyo todavía tiene infinidad de aspiraciones. Convertirse en mamá la ha hecho más consciente de la inequidad de género. Por eso, sueña con hacer un disco sola, en el que cuente su historia y la de las mujeres. Como compositora y cantante, quiere darles voz a todas aquellas que no pueden expresar las injusticias que contra ellas se cometen. Considera que su principal logro es haber creado todo un movimiento en torno a la afrocolombianidad que impulsa a amar y valorar su cultura. Espera poder hacer lo mismo por las mujeres.

Considera que su principal logro es haber creado todo un movimiento en torno a la afrocolombianidad que impulsa a amar y valorar su cultura.



Manuel Uribe Ángel

El padre de la medicina en Antioquia

(Envigado, Antioquia, 1822 – Medellín, 1904)

“Las ideas, como impalpables que son, no deben ser extirpadas ni con balas ni con bayonetas ni con espadas. Deben serlo con ideas más sanas”.

“Mijo, vaya rápido a donde don Nicolás para que le recete un remedio a su hermano que sigue muy enfermo”. Con esta petición de su padre empezó la formación médica de Manuel Uribe Ángel, un hombre cuyos aportes a la medicina, la geografía, la historia y la cultura de Antioquia lo convirtieron en uno de los intelectuales más reconocidos del departamento en los siglos XIX y XX.

Llegó a la casa de don Nicolás de Villa Tirado, un médico empírico que curaba a sus pacientes gracias a las propiedades sanadoras de las plantas de la región, y le entregó la nota que le había enviado su padre con los síntomas de su hermano. “¿Sabe escribir?”, le preguntó el doctor. “Sí”, respondió él y empezó a copiar lo que le dictaba. Al ver lo bien que lo hacía, le propuso ser su asistente; en adelante, sería el encargado de transcribir las recetas para los pacientes.

Camino a su nuevo trabajo, solía detenerse a observar las raíces, las ramas, las hojas y las frutas de los árboles que iba encontrando en el recorrido; además, no perdía oportunidad de treparse a uno o de recoger una piedra con forma llamativa, pues tenía la manía de curiosear todo cuanto fuera posible.

Con apenas 10 años aprendió cómo se hacía un diagnóstico, cuáles eran los síntomas de las enfermedades más comunes, qué medicinas eran las adecuadas





Solía detenerse a observar las raíces, las ramas, las hojas y las frutas de los árboles que iba encontrando en el recorrido; además, no perdía oportunidad de treparse a uno o de recoger una piedra con forma llamativa.

para calmar dolores y cuáles aumentaban la fuerza o levantaban el ánimo de quienes estaban débiles. Pudo poner a prueba su conocimiento un día en que don Nicolás lo dejó cuidando su consultorio y llegó un paciente muy angustiado. Necesitaba con urgencia un remedio para su hermano.

El joven Manuel le hizo el interrogatorio acostumbrado y luego empezó a darle las instrucciones para curarlo. Justo cuando estaba terminando, apareció don Nicolás, quien lo dejó concluir la consulta. “¡Cuánto ha aprendido usted! Su inteligencia debe ser aprovechada”. Luego, les recomendó a sus padres que lo enviaran a Bogotá para continuar sus estudios. En la capital se graduó como bachiller, después estudió filosofía y latín, y finalmente recibió el diploma de la Universidad Central de la República que lo reconocía como médico profesional.

En 1853 regresó a Medellín luego de haber estado en Ecuador, Perú, Estados Unidos y Francia, viajes en los que adoptó la costumbre de documentar sus impresiones de los lugares visitados, pues creía que sería de gran provecho para futuros viajeros y para la ciencia en general; por eso eran indispensables los pedazos de papel que tenía siempre en sus bolsillos, los cuales le servían para las recetas médicas o para anotar las descripciones del entorno natural.

El doctor Uribe también dedicaba parte de su tiempo a la enseñanza de la medicina; lo hacía aprovechando las visitas que les hacía a

sus pacientes, por cuanto así podía explicarles a sus alumnos, simultáneamente, la teoría y la práctica. En los recorridos les decía: “Observen detenidamente y con paciencia. La sabiduría en la ciencia se alcanza observando y poniendo en duda lo que supuestamente sabemos”.

En las noches cambiaba de oficio y se convertía en escritor. Consignaba sus apuntes médicos de la jornada, repasaba sus textos sobre geografía e historia, o corregía el cuento recién terminado. Era común que su esposa, Magdalena, lo encontrara dormido sobre su escritorio a la mañana siguiente. Por la calidad de sus textos, en 1875 fue designado por el Gobierno colombiano para viajar a Nueva York en representación suya para el aniversario 259 de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, autor del *Quijote*. Allí pronunció un elocuente discurso que recibió aplausos y elogios.

Ese mismo año dio otro discurso con motivo de los 200 años de la fundación de Medellín. Pero no solo era invitado a actos conmemorativos; por su enorme compromiso con la ciudad y el departamento, le encargaban otras labores, algunas de carácter político como la jefatura del Estado Soberano de Antioquia, es decir, actuar como su presidente, cargo que en la actualidad se conoce con el nombre de gobernador. También fue senador de la República.

Aceptaba estos encargos a pesar de que prefería abstenerse de la actividad política porque para él nada era más importante que contribuir al progreso de la ciudad, del departamento y del país. “Abajo el egoísmo, fuera la avaricia, a un lado la desidia. A trabajar algo por nosotros, mucho por nuestros descendientes y todo por el engrandecimiento y la prosperidad de la Patria”, decía Uribe Ángel.

Fue, igualmente, uno de los fundadores de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia y el primer director del Museo y Biblioteca Zea, actual Museo de Antioquia. Para dotar este espacio, invitó a los medellinenses a donar libros y objetos de interés histórico y científico, los cuales eran explicados por él, con enorme entusiasmo, a los grupos de visitantes; lo que más disfrutaba eran las visitas de los niños, pues afirmaba que al transmitirles sus enseñanzas los animaba a seguir por su propia cuenta el camino del conocimiento.

Uno de sus últimos proyectos fue la publicación del libro *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*. El texto

incluye un inventario de 357 variedades de plantas útiles, 288 especies de animales y 74 posibilidades para aprovechar los minerales. Además, describe el clima del departamento y las costumbres de los pueblos que lo conformaban. El libro, dedicado a la juventud antioqueña, tenía, según él, un claro propósito: “Tal vez sabiendo lo que fuimos y lo que somos, podremos vaticinar lo que seremos, quizás conociendo de dónde venimos, sabremos para dónde vamos”. Esta pieza sigue siendo un referente historiográfico.

Don Manuel murió a los 81 años. Su último deseo fue escuchar, de la voz de uno de sus amigos, el relato que él mismo escribió cuando viajó de Medellín a Bogotá, el cual, a manera de premonición, decía: “Ya estamos en la posada, dispuestos a entregarnos a un sueño reparador”.

A sus alumnos les decía: “Observen detenidamente y con paciencia. La sabiduría en la ciencia se alcanza observando y poniendo en duda lo que supuestamente sabemos”.



Gloria Valencia de Castaño

La primera dama de la televisión

(Ibagué , Tolima, 1927 – Bogotá, 2011)

“Mientras más cosas hago, más tiempo tengo”.

La primera vez que Gloria Valencia estuvo frente al público tenía 12 años. Fue en el Conservatorio del Tolima, en Ibagué, donde recitó el famoso poema de Rafael Pombo, “La pobre viejecita”. El público quedó sorprendido, no tanto por su belleza, que era mucha, como por el tono de su voz, pausada y grave, su espontaneidad y su estilo elegante, que nunca la abandonaría.

Ese mismo año, su padre, Clímaco Botero, un hombre influyente en Ibagué, decidió que debía irse a estudiar interna a Bogotá. Gloria era hija por fuera de su matrimonio, y la popularidad que adquiría a medida que crecía amenazaba con revelar su origen y desprestigiar al padre. De golpe debió dejar su vida tranquila, la cual transcurría en compañía de su madre, Mercedes Valencia, su abuela Eloísa y sus tres hermanos menores, en una casa donde no había comodidades, pero donde jamás faltó el ejemplo. Mercedes trabajaba como costurera y era el sustento de la familia.

En Bogotá se enfrentó a la soledad, y el vacío que sentía por la ausencia de su familia lo llenó con la lectura. Esto le permitió adquirir un gran conocimiento que cultivaría durante el resto de su vida. De todos los géneros, prefería las biografías, en especial las de mujeres que con su valentía transformaron el mundo. Juana de Arco, Golda Meir, Policarpa Salavarrieta, entre otras, fueron su ejemplo e inspiración.

En Bogotá se enfrentó a la soledad, y el vacío que sentía por la ausencia de su familia lo llenó con la lectura. Esto le permitió adquirir un gran conocimiento que cultivaría durante el resto de su vida.



A los 17 años conoció a Álvaro Castaño, un joven abogado bogotano que se enamoró de sus enormes ojos azules y de su alegre personalidad, y quien siempre sostuvo que Gloria era mucho más culta que él. Ambos formaron equipo para toda la vida, pues eran una pareja compatible en el trato y en los sueños que aspiraban conquistar. Les gustaba la lectura, la música clásica, el arte, el teatro. Se casaron y un año después ya tenían un hijo. Esto, sin embargo, no impidió que Gloria Valencia apoyara a su esposo y un grupo de sus amigos en la fundación de la HJCK, una emisora radial cuyo propósito era promover la cultura en el país.

“El mundo en Bogotá, una emisora para la inmensa minoría” fue la consigna con la que sus fundadores buscaron que la capital fuera parte del panorama mundial de la cultura, para desde allí replicarlo al resto del país. La idea era crear un espacio para la historia, la literatura, el arte, la música y el teatro, manifestaciones poco reproducidas en la radio del momento. La aparente contradicción de palabras pretendía eliminar la mentalidad de que muy pocos pueden acceder a contenidos cultos: la emisora quería que su público fuera inmenso.

Debido a los escasos recursos con los que contaba la HJCK, Gloria se desempeñó en distintos oficios. Escribía los guiones de algunos programas, visitaba a personas que podían apoyar el proyecto, era locutora, buscaba patrocinios, hacía entrevistas, modelaba. Además, siguió trabajando para la Radio

Nacional, en la cual leía cuentos infantiles. Desde entonces su voz fue inconfundible, el sello de calidad de los programas que presentaba. En 1954 llegó al país la televisión. En ese mismo año Gloria sumó a los oficios anteriores el de actriz: representó el papel de Ofelia en una producción televisada de Hamlet, la famosa obra de Shakespeare. Así, se convirtió en la primera mujer de la pantalla.

El primer programa que condujo fue *Conozca a los autores*. Su propósito, en palabras de Gloria Valencia, era “presentarle al país a los autores de todo, a los autores de los libros, a los autores de los cuadros, a los autores de las cosas, de la ciudad y del país”. El invitado fue el poeta León de Greiff, y Gloria estaba nerviosa. En ese entonces no había lugar para los errores, pues los programas se transmitían en vivo y no había guiones ni teleprónteres, los aparatos que reflejan los textos en una pantalla para que los presentadores tengan una guía de apoyo. Al momento de comenzar, lo único que se le ocurrió decir fue “buenas noches, estoy muerta del susto, no sé cómo va a empezar el programa”. Con su espontaneidad superó el percance; a partir de ese momento fueron más de 40 años de trabajo ininterrumpido en el medio.

Gloria Valencia de Castaño a menudo repetía: “Es de mala educación no ser feliz”, una frase que revela la determinación con la que decidió forjar su rumbo.

Otra de las grandes pasiones de Gloria era la ecología. En 1972, ella y su esposo le sugirieron a la programadora RTI dedicar un espacio para mostrar a los animales en su hábitat con el propósito de crear conciencia acerca de la importancia de protegerlos. Primero se encontraron con algo de oposición porque muy pocos conocían el término, menos aún su significado.

“¿Eco qué?”, era la pregunta más frecuente. Sin embargo, con Gloria Valencia como presentadora, *Naturalia* se transmitió durante casi 20 años y acaparó un público amplio y variado, marcando un hito en toda una época y una generación. El orgullo más grande de Gloria, decía, lo sentía cuando los jóvenes se le acercaban para decirle que gracias a *Naturalia* habían elegido carreras enfocadas en el medioambiente.

Por su elegancia innata fue un referente constante de la moda. Creció entre telas, patrones y revistas, y los diseños que su mamá confeccionaba para las mujeres más distinguidas de Ibagué estimularon en ella una imaginación que

le permitió combinar atuendos y accesorios con gusto y originalidad. Por esto se convirtió en un paradigma de clase y estilo, algo que quiso transmitir a través de programas de moda hasta ese momento inexistentes.

A pesar de la fama, fue una trabajadora incansable. Quienes la conocieron no dudan en decir de manera unánime que su ética laboral era intachable. Ma-
drugaba sin quejarse y podía repetir una toma hasta que quedara perfecta. Por este motivo, consideraba injusto que su salario fuera inferior al de los hombres que hacían lo mismo que ella, realidad que constantemente denunciaba.

Gloria Valencia de Castaño a menudo repetía: “Es de mala educación no ser feliz”, una frase que revela la determinación con la que decidió forjar su rumbo. Luego de seis décadas de incansable trabajo, se alejó de la pantalla y la vida pública para dedicarse a su familia, a la pintura y la escritura. Capaz de adaptarse al cambio, fue feliz.



Tomás Carrasquilla

El novelista de la realidad antioqueña

(Santo Domingo, Antioquia, 1858 – Medellín, 1940)

“La felicidad, por más que no lo creamos, no está afuera: está dentro de nosotros mismos, está en el alma”.



Dice la expresión popular que “todo niño viene con un pan bajo el brazo”, pero en el caso de Tomás Carrasquilla lo correcto sería decir que bajo su brazo venía un libro. El hábito de la lectura apareció muy temprano en su vida gracias al ejemplo de sus padres, un par de buenos lectores; su madre, Ecilda Naranjo, procuró transmitirle devoción y respeto por las letras. La influencia de los libros y el amor por el idioma español lo encaminaron desde muy joven a la que sería su vocación, la de **ESCRITOR**, en mayúsculas. De hecho, fue uno de los primeros en hacer de la escritura su oficio.

Carrasquilla, quien nació el 17 de enero de 1858 en Santo Domingo, pasó su infancia y parte de su adolescencia entre este municipio, ubicado al nordeste de Antioquia, y Concepción, otro pueblo del departamento en el que su padre solía trabajar. Allí observaba con detenimiento la labor de los trabajadores, sus costumbres y tradiciones. También su forma de hablar y cómo se relacionaban con las demás personas del pueblo, en quienes asimismo volcaba toda su curiosidad, y los analizaba detalladamente. Estas personas de carne y hueso serían, algunos años después, la inspiración para los personajes de sus cuentos y novelas.

A los 16 años viajó a Medellín para continuar con sus estudios. Primero ingresó al colegio preparatorio de la Universidad de Antioquia, donde aumentó sus lecturas y tuvo profesores que reforzaron su vocación literaria. Luego se





matriculó en la carrera de Derecho, pero en 1877 estalló en el país una guerra civil, la cual ocasionó el cierre de la universidad y frustró sus planes de ser abogado. Sus opciones eran unirse a los liberales o a los conservadores, los dos bandos políticos que se enfrentaban, o volver a su pueblo. Prefirió lo segundo, pues la política no le interesaba.

A su regreso se empleó como sastre, como almacenista en una mina y hasta fue secretario de un juez, labores que combinaba con la escritura de textos en los que ya era evidente su singular estilo literario, el cual hacía de la vida cotidiana, aunque fuera la de un pequeño pueblo, el centro de la narración. Sus cuentos y novelas eran como él: honestos, críticos, llenos de vida; de una vida completamente real, la que lo rodeaba, aquella sobre la que no debía inventar, sino mirar en detalle, para poder captar el interior de las personas, tanto sus mejores cualidades como sus defectos más dañinos.

Afirmaba que esto debía hacerse utilizando las expresiones populares, sin importarles que sus críticos se escandalizaran por la forma de hablar de sus personajes, quienes usaban el tradicional léxico montañero. “Hablan como montañeros porque son montañeros”, decía Tomás Carrasquilla, y cambiar su manera de expresarse para darles más elegancia sería mentir. También se oponía a utilizar las tendencias europeas que se imponían como estilos literarios: “Esta mercancía con marca de fábrica extranjera no puede echar raíces en Colombia”, pensaba. Él sería el encargado de

mostrar la identidad cultural y literaria de Antioquia gracias a la franqueza de sus escritos.

Y esto fue, precisamente, lo que hizo en 1890 cuando escribió el cuento “Simón el Mago”, en el que, además de hacer referencia a las supersticiones sobre brujas, duendes y espantos, comunes en los pueblos antioqueños, introdujo el imaginario afroamericano, hasta entonces inexplorado en las letras del departamento. Este texto generó gran debate en El Casino Literario, un grupo conformado por escritores y aficionados a la literatura, quienes, en su mayoría, decían que en Antioquia no había temas dignos de novelar.

Carrasquilla quiso demostrarles que esto no era cierto y empezó la escritura de la novela *Frutos de mi tierra*, que se publicó en 1896, en la cual narra las aventuras del joven Martín Gala y de la familia Alzate en un pequeño pueblo

“Hablan como montañeros porque son montañeros”, decía Tomás Carrasquilla, y cambiar su manera de expresarse para darles más elegancia sería mentir.

lleno, como era tradicional, de envidias, chismes y recelos. El escritor logró combinar en esta obra su mirada realista y crítica, su gran poder de observación y también su humor característico.

Un año más tarde escribió el cuento “En la diestra de Dios Padre”, en el que se ocupó de otro tema que le despertaba gran interés: la religión. El protagonista de este texto es Peralta, un hombre generoso y caritativo al que Jesús le concede los poderes necesarios para vencer al diablo y a la muerte, y después sube al cielo por lo bondadoso que fue.

En 1928 publicó una novela histórica llamada *La marquesa de Yolombó*, en la que contaba la historia de doña Bárbara Caballero, una mujer que rompió con las costumbres patriarcales de la época para hacer su propio camino, trabajando incluso en una mina de oro, en la cual consiguió su fortuna. En esta también describió en detalle las diferencias entre clases sociales, etnias y creencias a finales del siglo XVIII.

Además de fomentar la literatura a través de sus escritos, Carrasquilla fundó en 1893, junto con su amigo Francisco Rendón, la biblioteca pública de Santo Domingo, a la que llamaron El Tercer Piso, y almacenaba casi 3000 libros que se podían sacar a manera de préstamo pagando un peso mensual. Allí

había ejemplares de literatura inglesa, rusa, española, francesa e italiana. Aparte de ser fundador, era uno de los usuarios más fieles, leía alrededor de una docena de libros al mes.

En 1936, la Academia Colombiana de la Lengua le otorgó el Premio Nacional de Literatura y Ciencias por su obra *Hace tiempos*, compuesta por tres volúmenes, los cuales le dictó a un asistente porque entonces estaba casi ciego. Su envidiable memoria no lo abandonó en esos momentos en que la buena salud escaseaba; no solo recordaba con exactitud en qué parte iba de la historia que dictaba, sino cuál era su puntuación exacta y su ortografía.

Carrasquilla murió en 1940 tal y como lo había pronosticado: “Leyendo el libro de los muertos”. Sin embargo, decir que murió no es completamente cierto, pues el escritor de la antioqueñidad todavía vive en las más de 20 obras en las que logró captar una esencia universal en historias encerradas entre montañas.

“He leído de cuanto hay, bueno y malo, sagrado y profano, lícito y prohibido, sin método, sin plan ni objetivos determinados, por puro pasatiempo”.





¡Coja oficio!

Por: Alberto Quiroga

Cuando alguien pregunta “¿usted quién es?”, en realidad pregunta “¿usted qué hace?”. Y hay respuestas para todos: soy veterinaria, soy diseñador, me dedico a sembrar papa.

Cuando alguien, por ejemplo, nos dice que es un camionero, podemos imaginar cómo es su vida: madrugar, revisar el camión y ajustar la carga. Mandar al ayudante a echar aire a las llantas. Ayudar a compañeros varados en la carretera. Estudiar la mejor ruta para llegar a tiempo. Conocer de mecánica y saber lo que hay que hacer si el motor empieza a echar humo. Quejarse por el alto precio de los peajes y de la gasolina. Conocer otros pueblos y otras ciudades. Ver muchos paisajes.

Pero si alguien nos dice que es una cirujana, nos la imaginamos atendiendo a sus pacientes, abriendo un pecho para hacer una operación de corazón abierto, leyendo para conocer los últimos adelantos de la ciencia médica, dictando conferencias, estudiando radiografías para comprender qué es lo que le pasa al hombre que se queja de sufrir un terrible dolor en la columna vertebral.

En ambos casos podemos imaginar cuál es la clase de vida que llevan, y a qué dedican su tiempo. Ambos oficios exigen dedicación y entrega, gran voluntad para trabajar, habilidad para entender a clientes y pacientes, aprendizaje continuo, conocimiento, disciplina, capacidad para soportar largas jornadas de trabajo y eternas noches en vela, una gran responsabilidad al tener que transportar cargas valiosas y velar por la vida de los otros, y pulso para manejar el volante y el bisturí. En suma, podemos entender y valorar lo que llamamos los gajes del oficio.

Esmeralda Arboleda

La política de la igualdad

(Palmira, Valle del Cauca, 1921 – Bogotá, 1997)

“Se requiere de valor, fortaleza y mucha determinación para ser una mujer pionera en cualquier ámbito”.

Esmeralda Arboleda Cadavid nació en una casa de mujeres, en una época en la cual se esperaba que estas aprendieran a llevar un hogar y a obedecer a sus padres o maridos. Sin embargo, su madre, Rosa Cadavid, formó a sus seis hijas con otra mentalidad. Tenía la certeza de que la educación era el camino hacia la autonomía y la felicidad, y por eso les inculcó el desarrollo de la inteligencia y el amor por el trabajo. Su esposo, Fernando Arboleda, estuvo de acuerdo con ella.

Convencida de que sus hijas debían ir a la universidad, en 1935 logró que un colegio masculino en Palmira aceptara mujeres en sus aulas, quienes hasta entonces tenían negada la posibilidad del bachillerato académico y solo podían estudiar en las Normales para formarse como maestras. Esmeralda Arboleda fue la primera mujer en graduarse como abogada en el Valle del Cauca, un hecho que transformó su vida. “El estudio del derecho hizo germinar en mí una semilla feminista con la cual nací. Era el drama de tener que estudiar las leyes de una nación que con total desvergüenza legitimaba la discriminación y la supuesta inferioridad femenina”, explicaba cuando le preguntaban de dónde había surgido su vocación de lucha por las mujeres.

Y es que se declaraba feminista, pues no concebía la desigualdad a la que veía sometidas a las mujeres y creía que era necesario cambiar los estereotipos, es decir, los modelos de conducta esperados que la sociedad, dominada por los



hombres, había creado para ellas. Los roles de madres abnegadas, esposas a la sombra del marido o figuras que cumplían un papel pasivo, casi decorativo, no estaban ajustados a la idea que tenía de que las mujeres debían compartir responsabilidades con los hombres. Además, sostenía que la historia del país había sido escrita por ellos, según sus concepciones del mundo y de la vida, excluyendo la visión femenina y, por ende, la de la mitad de la población del país.

Comprometida con ser parte del cambio, en 1953 promovió, con otro grupo de mujeres, la Unión de Mujeres de Colombia, cuyo objetivo era unirse en la lucha por sus derechos civiles y políticos, sin importar religión, inclinación política o clase social. Además del voto, pedían la igualdad en los salarios, la protección del despido por maternidad, la posibilidad de ocupar altos cargos del Estado y el desarrollo de campañas educativas que buscaran eliminar la noción de que las mujeres eran inferiores, ideas innovadoras que todavía hoy generan impacto.

Consecuente con la idea de que ellas debían acompañar a los hombres como iguales, no solo en la construcción de un hogar, sino en la formación de la patria, muy pronto Esmeralda Arboleda se convirtió en líder del movimiento sufragista, que tenía la intención de obtener el voto femenino, un derecho elemental que les permitiría participar en las elecciones y contribuir a las decisiones políticas del país. Sorprendentemente, quienes se le oponían argumentaron que las mujeres se



desviarían de su vocación natural: ser amas de casa; que las discusiones políticas dentro de los hogares amenazarían su estabilidad; y que ellas perderían su feminidad. Nada de esto ocurrió cuando, en 1957, casi dos millones de mujeres colombianas votaron por primera vez, conformando el 42 % del electorado.

Como suele ocurrir cuando se lucha por transformaciones, sus logros conllevaron sacrificios en el plano personal. Ese mismo año, 1957, debió abandonar el país inesperadamente en compañía de su hijo pequeño, tras un intento de secuestro. Sus enemigos, conscientes del poder de cambio que tenían sus propuestas y de los riesgos que esto implicaba para ellos, buscaron sacarla del panorama político. Sin embargo, desde la distancia continuó trabajando por el país y cuando creyó seguro regresar, lo hizo con valentía para continuar con su labor.

Elegante en sus modales y en el cuidado de su aspecto físico, Esmeralda Arboleda retó una vez más el concepto de feminidad que imperaba en ese entonces, al demostrar que estas cualidades no les negaban la posibilidad de ejercer

Consecuente con la idea de que las mujeres debían acompañar a los hombres como iguales, no solo en la construcción de un hogar, sino en la formación de la patria, muy pronto se convirtió en líder del movimiento sufragista, que tenía la intención de obtener el voto para las mujeres.

como ciudadanas en las mismas condiciones que los hombres. “Siempre he creído que la feminidad es de la esencia misma de la mujer y nunca hubiese pensado que pudiese dejarse en la urna con la papeleta electoral”. Quienes ponían en tela de juicio esta calidad, por el contrario, se enfrentaron a una mujer que ampliaba el radio de acción de las mujeres al ejercer cargos antes inalcanzables para estas sin abandonar los tradicionales. Y es que a pesar de sus múltiples ocupaciones, fue una madre dedicada y amorosa con Sergio Uribe Arboleda, su único hijo, demostrando así que

mientras los hombres podían descuidar su rol de padres sin ser cuestionados socialmente, las mujeres eran capaces de ser exitosas en ambas labores a la vez.

Pero Esmeralda Arboleda no se conformó con lograr el voto femenino; por el resto de su vida continuó haciendo todo lo que no hacían las mujeres de su generación. Aparte de ser miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1954, frente a la cual pronunció un discurso decisivo en el que transmitió

la noción de que la participación política de las mujeres convenía al país entero, fue columnista del periódico *El Espectador*, la primera senadora del país, ministra de Comunicaciones, embajadora ante Austria y Yugoslavia, representante de Colombia ante la Organización de las Naciones Unidas y asesora de las campañas electorales de tres presidentes de la República. Asimismo, participó en la articulación de la televisión educativa en el país y dirigió un programa televisivo de opinión llamado *Controversia*, el cual generó debates sobre temas como el divorcio, la planificación familiar, la prostitución y la pena de muerte.

Esmeralda Arboleda no dudaba acerca del logro más importante de su vida: “Haber contribuido al restablecimiento de la democracia en Colombia y al reconocimiento de la plena ciudadanía de la mujer”. Y es que sus conquistas ampliaron no solo el campo de realización femenino, también significaron un avance enorme en las expresiones de igualdad y justicia social. No es poco abrir el camino para pensar en respetar las diferencias y buscar la equidad.



Elegante en sus modales y en el cuidado de su aspecto físico, Esmeralda Arboleda retó una vez más el concepto de feminidad que imperaba en ese entonces, al demostrar que estas cualidades no les negaban la posibilidad de ejercer como ciudadanas en las mismas condiciones que los hombres.

Pedro Nel Gómez

El pintor de la patria

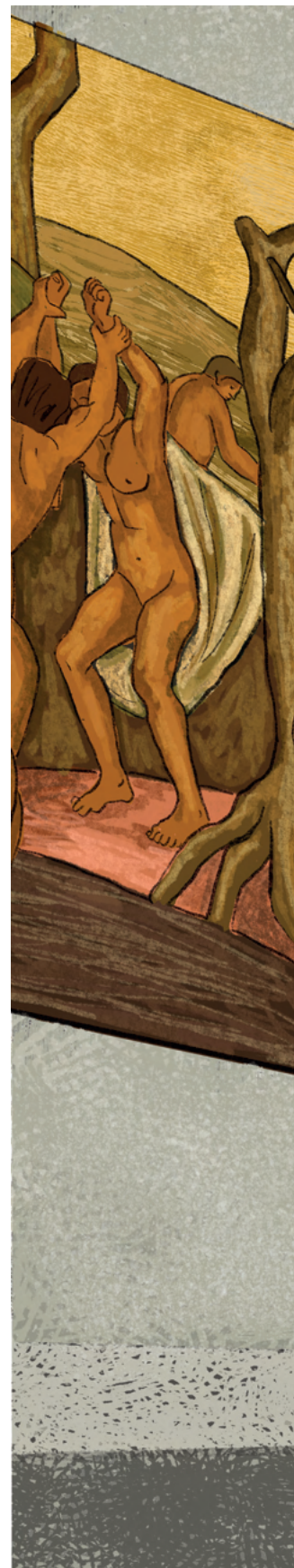
(Anorí, Antioquia, 1899 – Medellín, 1984)

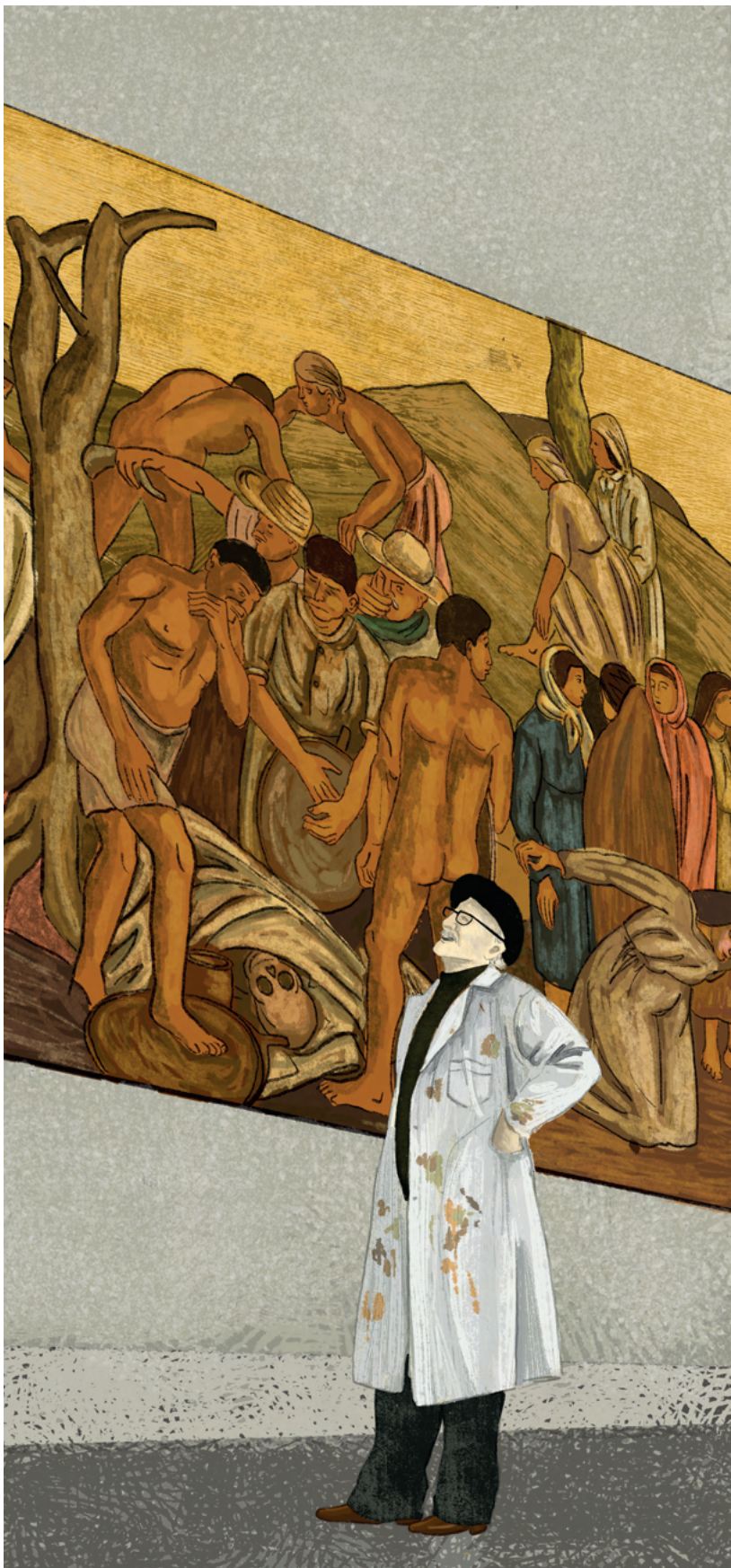
“Hay que llenar las paredes con la palpitación de la realidad colombiana...”

¿Cómo describir a un hombre que se dedicó a la pintura, el muralismo, la escultura, la ingeniería civil, la arquitectura, el urbanismo y la política? No es fácil, quizás podría decirse que fue un renacentista, es decir, alguien que tiene intereses y talentos diversos, y que considera al ser humano como el centro de reflexión. Sí, ese es el mejor calificativo para Pedro Nel Gómez, un renacentista contemporáneo nacido en Anorí, pueblo minero del nordeste de Antioquia, quien se desempeñó con éxito en variados campos.

Pedro Nel fue el sexto de los ocho hijos de Jesús Gómez y María Luisa Agudelo, quienes tuvieron que desplazarse al municipio de Itagüí a causa de las ideas políticas que defendía el padre. Este hecho marcó al artista a pesar de haber ocurrido cuando estaba muy pequeño. Así lo registró en su autobiografía: “Desde niño me inquietaron las numerosas guerras civiles de nuestra historia, comentadas por mi padre, que había sufrido en la terrible guerra de los Mil Días”.

Su vocación por el dibujo y la pintura empezó desde muy temprano, al imitar a sus hermanos mayores, que estudiaban Ingeniería y debían hacer planos. Se sentaba junto a ellos con sus lápices y dibujaba lo que veía alrededor. Le gustaban tanto que incluso le escribió una carta a su padre diciéndole que





no quería volver al colegio, pues allí le enseñaban de todo y él solo quería aprender a pintar. “Pero yo sí entro si me dan el sábado libre para pintar”, le prometió.

Los registros de sus primeras pinturas son de cuando tenía 11 años y se asemejaban a las tarjetas que los niños les hacen a sus familiares. Las suyas evidenciaban la cercanía con hermanos, tíos y abuelos; también con el campo y la minería, actividad que luego se volvería un tema principal en sus obras, porque las minas lo acercaron a los mitos populares, a los esfuerzos del trabajo manual y, en general, a las dificultades de los campesinos, obsesiones que lo acompañarían durante toda su vida artística.

Su vocación por el dibujo y la pintura empezó desde muy temprano, al imitar a sus hermanos mayores, que estudiaban Ingeniería y debían hacer planos. Se sentaba junto a ellos con sus lápices y dibujaba lo que veía alrededor.

Convencido de que la pintura era su vocación, volvió a hacer un pacto con sus padres, quienes temían por la incertidumbre económica de esa profesión. Les prometió estudiar Ingeniería Civil en la Escuela de Minas de Medellín si a la par podía recibir lecciones de pintura en el Instituto de Bellas Artes.

Terminados sus estudios, viajó a Europa, donde adquirió más conocimientos técnicos para perfeccionar su arte y se dio cuenta de

que allí la historia, la política y la cultura eran protagonistas en cuadros y esculturas, los cuales, además, tomaban una postura crítica frente a estas. Allí entendió que el arte no es un hecho aislado, sino que forma parte de todos los ámbitos del hombre.

Volvió a Colombia casado con una italiana llamada Giuliana Scalaberni, quien fue durante 40 años compañera y cómplice de sus ideas intelectuales y revolucionarias. También regresó con un propósito claro: crear un arte nuevo, un arte preocupado por lo nacional, con características universales y a la vista de todos; por eso, la pintura mural al fresco era perfecta al ofrecer la posibilidad de plasmar imágenes en grandes dimensiones y en espacios públicos emblemáticos. “El mural abre ante los ojos del pueblo una página en la que puede leer todos los días, aun sin percatarse”, decía Gómez.

En 1935 inició un conjunto de murales en el Palacio Municipal de Medellín, hoy Museo de Antioquia; fueron los primeros elaborados en Colombia y sus títulos evidencian las preocupaciones del maestro: *La mesa vacía del niño hambriento*, *El matriarcado*, *Homenaje al trabajo*, *La danza del café*, *El minero muerto*, y *Las fuerzas migratorias*. En ellos retrata las realidades sociales del país y

“El mural abre ante los ojos del pueblo una página en la que puede leer todos los días, aun sin percatarse”, decía Gómez.

propone una nueva forma de ver al hombre y sus conflictos.

La aceptación de estas obras estuvo dividida, pues rompían con una tradición en la que primaban las imágenes agradables y bonitas. Estas, en cambio, eran feas a los ojos del público

porque los cuerpos eran deformes y los colores eran planos y muy oscuros. Además, en algunos murales, como *Las fuerzas migratorias*, aparecían figuras desnudas, consideradas inmorales; tanto así que el entonces alcalde de la ciudad las mandó a cubrir inmediatamente.

Pedro Nel Gómez, sin embargo, no renunció a su propósito; consciente de que el arte necesita paciencia y resistencia, empezó otro ambicioso proyecto: la construcción, en el barrio Aranjuez, de su Casa Museo, lugar en el que se instalaría con su esposa y ocho hijos, y donde continuaría con su actividad artística y docente. Allí dio clases de acuarela a la futura artista Débora Arango, quien continuaría con su legado. Precisamente, uno de sus grandes aportes fue darle a la acuarela valor y autonomía, pues hasta entonces se la consideraba



como una simple técnica auxiliar de la ingeniería y la arquitectura.

El maestro Pedro Nel también dirigió la construcción de los edificios de la Escuela de Minas de Medellín y de la Facultad de Química de la Universidad de Antioquia; fue fundador de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, sede Medellín; elaboró los planos del Cementerio Universal y la planificación del barrio Laureles, uno de los más tradicionales de la ciudad. En su faceta como urbanista, demostró la importancia de pensar los espacios de la ciudad según sus cambiantes necesidades.

A lo largo de sus 84 años de vida recibió numerosas distinciones. Pero, sin lugar a dudas, el mayor legado que le dejó al país fue en el campo artístico: no solo logró dominar con maestría diversos oficios y técnicas, compartidos generosamente con sus alumnos, sino que abrió los ojos y se percató de la realidad que tenía en frente para luego hacerla visible a los demás con el fin de cambiarla. Algunos lo tildaron de soberbio, pero lo suyo era más bien una empeñada pasión y lealtad a sus principios. En sus palabras: “Así vine a esta vida, con una voluntad férrea ligada a una paciente confianza, herencia de padres, abuelos y más lejanas personas habitantes de estos monumentales Andes, de estas selvas tropicales, increíbles y salvajes, al ineludible mestizaje, tal vez mi razón de ser artística”.

Diana Trujillo Pomerantz

La ingeniera de la perseverancia

(Cali, Valle del Cauca, 1980)

“Depende de ti y de Dios definir en quién te vas a convertir”.

Diana Trujillo llegó a Estados Unidos cuando tenía 17 años, con 300 dólares y sin saber hablar inglés. Sus padres se estaban divorciando y ella quería tomar distancia y construir su propio camino.

Llegó a la Florida, donde trabajó en una panadería y limpiando casas para pagarse sus estudios: primero hizo cursos de inglés en la escuela comunitaria, luego la carrera de Ciencias del Espacio y, por último, estudió Ingeniería Aeroespacial en la Universidad de la Florida. Cuando era niña, le gustaba mirar el cielo, pues le traía paz en los momentos difíciles, sin saber todavía que más adelante contribuiría a resolver algunos de los misterios del espacio.

Desde muy joven sus aptitudes para las matemáticas y la química fueron evidentes. En el colegio su profesor de Química identificó el talento que tenía porque solucionaba correctamente y en muy poco tiempo ecuaciones avanzadas. Más tarde, cuando estudiaba inglés en la universidad y se sentía aburrida, se colaba en las clases de Matemáticas para resolver los problemas que los profesores planteaban, reafirmando así su gusto por los números. “Los números son iguales en todas partes, todos podemos hablar su idioma”, dice.

Buscar la perfección ha sido una de sus características, pues cree que las cosas están bien o no, sin matices. Esto lo aprendió de su profesora de ballet, una





“Los números son iguales en todas partes, todos podemos hablar su idioma”.

cubana con la que estudió durante 10 años, y quien le pedía repetir los movimientos y coreografías hasta que fueran impecables. Recuerda con una sonrisa el dolor en los pies y la fatiga en todo el cuerpo, pero también la satisfacción de un trabajo bien hecho. “Ella me enseñó a no ser mediocre”. A partir de ese momento se ha exigido al máximo, y cuando su trabajo se le hace fácil, siente que debe cambiar a otro que le presente un nuevo reto.

Además de ser una profesional íntegra, Diana Trujillo se ha convertido en una figura inspiradora. Cuestiona los roles de género que desde muy temprano la sociedad impone a las mujeres, como el de solo ser madres o amas de casa, y habla abiertamente de discriminación. En el colegio fue más amiga de los niños, pues se identificaba con ellos en el interés por lo científico. Luego notó que los hombres se inclinan por carreras que incorporan las matemáticas, como las ingenierías, mientras las mujeres prefieren las artísticas. “No es que aprendamos distinto”, dice, “sino que a las niñas les mandamos el mensaje de que las matemáticas no son para ellas”. Y lo lamenta, porque muchos talentos quedan sin materializarse.

En 2007 realizó una pasantía, es decir, una práctica profesional que un estudiante hace para aplicar sus conocimientos y explorar un área profesional que le interesa, en la NASA, la *Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio de Estados Unidos*, agencia dedicada a la exploración e investigación del espacio en ese país, reconocida en el mundo entero. Fue

la única latinoamericana seleccionada entre más de 3000 aspirantes. Esta fue una oportunidad crucial, pues le permitió demostrar que tenía las capacidades para seguir allí. En efecto, cuando terminó su práctica, recibió la oferta de un trabajo permanente.

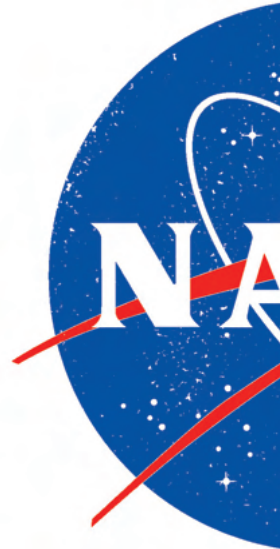
“No es que aprendamos distinto”, dice, “sino que a las niñas les mandamos el mensaje de que las matemáticas no son para ellas”. Y lo lamenta, porque muchos talentos quedan sin materializarse.

En febrero de 2021, ante una audiencia de cientos de miles de personas, Diana Trujillo exclamó con voz emocionada: “Hemos llegado, el Perseverance llegó, confirmado”. Como directora de vuelo de la Misión Marte 2020, un proyecto ambicioso que llevó a Marte al robot con la tecnología más avanzada hasta el momento para explorar su terreno en busca de indicios de vida, estuvo

encargada de transmitir para el público el aterrizaje planetario. Pero esa fue apenas una de sus labores. También diseñó, con su equipo de trabajo, el brazo robótico, que tiene más de 3000 piezas, responsable de recoger las muestras que luego serán analizadas. Como si fuera poco, lidera el grupo que debe procesar toda la información que el vehículo envía a la Tierra y, a más de 500 millones de kilómetros de distancia, supervisa que se desplace sin problemas por la superficie del planeta rojo.

“No es que yo sea especial”, reitera Diana Trujillo cuando alguien señala lo sorprendente que resulta que una mujer se desempeñe en el campo aeroespacial. Por ese motivo, apoya la organización Brooke Owens Fellowship, cuyo objetivo es descubrir el talento de las mujeres con menos oportunidades y de minorías étnicas, especialmente hispanoamericanas y afrodescendientes, para que puedan trabajar en esta industria. La organización lleva el nombre de una gran amiga de Diana y su esposo, quien murió de cáncer a los 36 años, pero que a su corta edad ya había alcanzado logros enormes en campos tradicionalmente desempeñados por hombres. “Si Brooke y yo hemos podido, hay muchas otras mujeres que también podrán. Nuestro deber es descubrirlas”, concluye.

La educación STEM, cuyas siglas en inglés significan ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas, cada vez es más importante, pues las personas formadas en estas áreas serán los profesionales más demandados en el futuro. Los





nuevos retos que el mundo plantea necesitan científicos para resolverlos. Sin embargo, en Estados Unidos menos del 2 % de estos empleos son desempeñados por mujeres latinas, algo que Diana Trujillo quiere ayudar a cambiar.

Uno de los principios por los que ha regido su vida consiste en no buscar la aprobación de lo que hace en los demás. Recuerda que los hombres de su familia la consideraban altanera, como una manera de desestimar su independencia y pedirle sumisión. “Quise tenerlo todo”, afirma, y lo ha logrado. Se casó con William Pomerantz, uno de los científicos más importantes de su generación, y con sus dos hijos conforman un hogar en el que aportan como iguales. Ha demostrado que una mujer puede tener una carrera exitosa y a la vez construir una familia estable.

Tiene 41 años y nadie cuestionaría que ha alcanzado el éxito. No obstante, a ella la motiva el crecimiento intelectual, y no concibe la realización personal sin educación y sin un propósito. Por eso, no sabe qué le espera, pero le interesaría prepararse para ser astronauta y así poder explorar el espacio desde otra perspectiva, o ser médica para retribuirle a la comunidad que tanto le ha dado. Conociendo su temple, quizá haga ambas cosas.

Uno de los principios por los que ha regido su vida consiste en no buscar la aprobación de lo que hace en los demás.

José María Acevedo

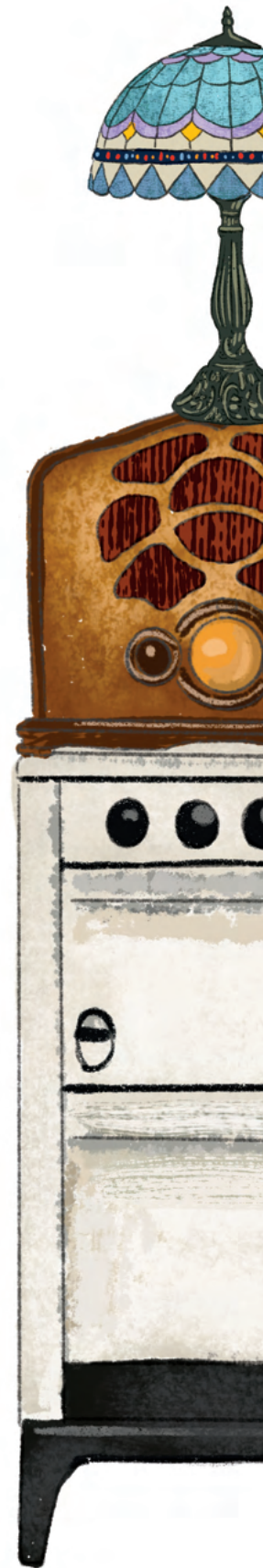
El genio de los electrodomésticos

(Medellín, Antioquia, 1919)

“Siempre debemos reconocer nuestro origen y estar orgullosos de él”.

La historia laboral de José María Acevedo empezó cuando apenas tenía 10 años, y continúa, aunque tenga más de 100, pues no se ha retirado ni piensa hacerlo. Su primer empleo lo encontró justo en el solar de su casa; allí recolectaba naranjas que luego vendía a los albañiles que trabajaban con su padre, un humilde carpintero que ganaba apenas lo suficiente para mantener a la familia. Vivían en una casa tan pequeña que don José María dice que era del tamaño de un cuadrado. La falta de espacio y las difíciles condiciones de esos días, en los que su madre debía cocinar con la leña que él y sus hermanos recogían, lo llevaron a tomar una decisión importante: buscar un trabajo para mejorar la situación familiar.

Como la venta de naranjas no dejaba tan buenas ganancias, buscó empleo como mensajero en un taller de reparaciones eléctricas, en el que, además, aprovechaba los tiempos muertos para aprender sobre este oficio que le parecía tan mágico y entretenido: le impresionaba que las lámparas, los radios, las planchas, las parrillas, las estufas, entre otros aparatos, entraran sin funcionar y salieran arreglados. Ponía cuidadosa atención al quehacer del electricista, aunque no podía hacerle muchas preguntas, porque este era celoso de su trabajo e incluso tapaba con su cuerpo lo que estaba haciendo para que Acevedo no lo viera.



Aun así, lo que podía pillar lo ponía en práctica cuando tenía oportunidad. Desarmaba los aparatos, analizaba las partes que los componían, trataba de entender las conexiones y las rutas que seguían los cables; quería saber cómo funcionaban las cosas y, más importante aún, por qué a veces dejaban de hacerlo. Quería reparar hasta lo que parecía imposible, sentía que esa era su misión en la vida.

Irónicamente, su debut en el taller ocurrió cuando el electricista se enfermó y él debió reemplazarlo. No solo pudo reparar el esterilizador que les llevaron de la Cruz Roja, el cual iba a ser desechado, sino que se volvió famoso porque sus arreglos eran definitivos: no necesitaban garantía. En ese trabajo aprendió dos lecciones que marcarían el resto de su vida. La primera, que casi todos los problemas tienen solución; y la segunda, que la calidad está por encima de todo.

El padre de José María admiraba su tenacidad y estaba convencido de que su hijo llegaría a ser un profesional; sin embargo, la crisis provocada por la Segunda Guerra Mundial le impidió retomar sus estudios. Solo cursó hasta quinto de primaria, pero la guerra, que al principio fue un obstáculo en su camino, terminó siendo una gran oportunidad, pues las parrillas eléctricas, que provenían de Europa y Estados Unidos, ya no pudieron llegar al país. Teniendo en cuenta esta escasez, y la motivación adicional de resolver las dificultades que a diario enfrentaba su madre al momento de preparar la comida, Acevedo decidió producir sus propias parrillas.

El padre de José María admiraba su tenacidad y estaba convencido de que su hijo llegaría a ser un profesional.

Lo primero que hizo fue, precisamente, seguir un consejo de su mamá, quien le decía que “la necesidad es la madre de toda industria”; lo siguiente, conseguir los 90 pesos que costaba el arriendo de un garaje. Así nació, en 1940, el Taller Eléctrico Medellín, en el que, con apenas un alicate, dos destornilladores y la ayuda de Pedro Nel Bedoya, quien sigue trabajando con él, este ingeniero empírico de 21 años creó una pequeña cocineta, la cual solucionaría muchas de las urgencias domésticas de ese entonces.

A esta revolucionaria parrilla le siguieron calentadores, estufas, neveras, hornos, lavadoras y aires acondicionados, creaciones que don José María ha supervisado hasta en el último detalle. Con el paso de los años, el pequeño negocio se convirtió en una próspera empresa llamada JACEV, nombre que resultó de la unión de la inicial de su nombre y su primer apellido. Fue un cliente el que le sugirió cambiarle el nombre, ponerla HACEB, pues con la H sonaba más internacional y eso podía ayudarles a las ventas.

Hoy en día, HACEB es reconocida, gracias a la preocupación rigurosa de su fundador por la calidad, como una gran productora de electrodomésticos en Colombia y América Latina. Hasta los norteamericanos han querido trabajar con este hombre: les parece increíble que algunos de sus aparatos funcionen

En ese trabajo aprendió dos lecciones que marcarían el resto de su vida. La primera, que casi todos los problemas tienen solución; y la segunda, que la calidad está por encima de todo.

bien por más de 50 años, es decir, ¡medio siglo! En la actualidad, los productos HACEB se venden en 14 países.

La aventura empresarial de este pionero de los electrodomésticos no solo ha beneficiado a quienes compran sus productos, también ha impactado positivamente a un municipio entero, Copacabana, donde fue instalada, en

los años 80, la planta de la empresa. El lugar en el que trabajan miles de personas mide 250.000 metros cuadrados; el cuadrito en el que vivía con su familia medía 25.

En 2020, más de un siglo después de su nacimiento, don José María seguía yendo a su oficina todos los días. El único impedimento que tenía, el de las distancias dentro de la planta, lo resolvió acondicionando su antiguo Renault 4 blanco, conocido como El Pichirilo, para hacer los recorridos. Visitar los distintos espacios de la planta le ha permitido participar de los procesos

de concepción, diseño y creación de las máquinas y ha sido, a la vez, una maravillosa oportunidad para transmitir su propio conocimiento, para ponerse el overol y entrar como cualquier operador; don José María nunca ha olvidado su origen.

Don José María no solo se ha preocupado por la calidad de los electrodomésticos que reciben sus clientes, también lo ha hecho por la calidad de vida de sus empleados, a quienes ha querido ayudar a progresar profesional y personalmente. Ha velado por que ellos, al igual que él, encuentren en HACEB su proyecto de vida. Cuando se trata de sus empleados, y de todos aquellos a quienes pueda beneficiar, don José María pone en práctica una de las enseñanzas de su padre, quien le decía: “Mijo, uno estira la mano para dar, no para recibir”.

Además de resolver acertijos eléctricos, ha dedicado su tiempo a jugar ajedrez. Lo que más le gusta de esta disciplina es que le ha permitido enseñarse a sí mismo, estar siempre dos jugadas más adelante. “¿En este tablero cuál es la mejor movida que puedo hacer?”: es la pregunta que se ha hecho en el ajedrez, en los negocios y en la vida. Su trayectoria empresarial es prueba de que este entrenamiento le ha servido. La de don José María es la exitosa historia de un visionario con mucha iniciativa.

A sus 99 años, don José María Acevedo recibió su título *honoris causa* como ingeniero de productividad y calidad, otorgado por el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid.



Teresita Gómez Arteaga

La pianista que rompió el molde

(Medellín, Antioquia, 1943)

“Yo siempre he pensado que uno debe morir de vida”.

En 1943, Valerio Gómez y María Teresa Arteaga, la pareja de celadores del Palacio de Bellas Artes, adoptaron una bebé a quien llamaron Teresita. La llevaron a vivir, junto con ellos, a su trabajo, un lugar encantado donde reinaban la música, la pintura y la danza. Entre todos los objetos que había allí, uno le fascinó a Teresita, la hipnotizó desde el momento en que lo oyó sonar por primera vez: el piano.

Todos los días miraba embelesada el instrumento de teclas blancas y negras que producía notas con el poder de hacerla soñar. Pero ese aparato que la llamaba con su voz imperiosa y vibrante, que despertaba en su interior sensaciones alegres, tristes, misteriosas y melancólicas, que la atraía de manera irresistible, como un imán, estaba vetado, ya que la sociedad del momento no aceptaba que una niña pobre, y además de raza negra, quisiera tocar un instrumento que simbolizaba ese mundo culto al cual solo unos pocos tenían acceso. Sin embargo, pronto descubrió que si en el día no podía acercársele, en la noche, a escondidas, podía poner en práctica las enseñanzas que los maestros les daban a los niños y niñas que en las tardes asistían a clases.

Sus padres eran cómplices de sus conciertos nocturnos; sabían que, a pesar de los riesgos, el amor de su hija por el piano era inmenso. Desde que tenía tres años, ella les había dicho que quería ser pianista. Una noche, la profesora

Marta Agudelo de Maya la descubrió con las manos en la masa, y asombrada con el talento de esta niña, que hasta entonces no se había conocido en la historia de Bellas Artes, propuso ayudarle con su formación de pianista.

Al principio, las clases fueron a escondidas, pero su destreza era tanta que Teresita empezó a volverse famosa. No todos estaban de acuerdo con que ella estudiara para ser una profesional, pero eso no la detuvo: al contrario, la hizo perseverar aún más. Para ese momento había comprendido una de las cosas más bonitas del arte, y es que este no discrimina; las teclas del piano no reconocen quién las está tocando, no reconocen

raza, género o clase; reconocen el respeto, la entrega y la pasión.

La formación de Teresita continuó con una maestra italiana, quien les recomendó a sus padres que la sacaran del colegio para que se dedicara, por unos años, exclusivamente al piano. Pero había una condición: todos los días debía ir a la biblioteca a leer literatura, a expandir su mundo. Se dedicó entonces a aprender, a leer y a enfrentar con tenacidad y firmeza los obstáculos que le atravesaban todos los días las personas e instituciones que creían que una mujer negra, y de origen humilde, no podía llegar a ser una profesional que cosechara éxitos en el competitivo y exclusivo mundo de la música culta.



A pesar de su edad, casi 80 años, Teresita es descrita por una de sus hijas como hiperactiva: no se puede quedar quieta. Si no está tocando o enseñando, está leyendo, cocinando, bordando o bailando; baila tango como ninguna, también salsa y cualquier ritmo caribe, pero además dice que le encanta bailar al compás de las melodías de Bach, compositor alemán considerado uno de los músicos clásicos más importantes de la historia. ¿Es posible bailar al son de Bach? Sí, dice ella, “¿cuál es el problema si también se siente en el cuerpo?”.

Con apenas 10 años, Teresita dio su primer recital y gracias a su destacada actuación consiguió una beca para estudiar en Bogotá, la capital del país. Allí recibió las enseñanzas de una pianista rusa muy reconocida y un par de años más tarde regresó a Medellín para terminar sus estudios en la Universidad de Antioquia. De esta institución se graduó, con los más altos honores, como pianista y concertista. Al verla recibir su diploma, don Valerio dijo que ya se podía morir tranquilo, cosa que al año siguiente ocurrió.

Las manos de Teresita, tan inquietas como siempre, siguieron deleitando cada vez a más espectadores, y no solo en Medellín y Antioquia, sino en Colombia y el mundo. Ha tocado en países como Polonia y Alemania; en este último trabajó como agregada cultural, es decir, ayudó a que la cultura colombiana y la alemana fueran más cercanas, a que los artistas pudieran viajar y compartir experiencias. Para la pianista, esta fue otra de las grandes oportunidades que

Desde hace muchos años, Teresita dedica varias horas a la semana a transmitir todo el conocimiento que está en sus dos manos, en su cabeza y en su corazón.

le dio la vida, porque viviendo en Europa fue a conciertos en los lugares en los que muchos años antes se presentaron Bach, Mozart y Beethoven, los compositores que más admiraba. Allí también aprendió que existen sociedades en las cuales los artistas son tan respetados como cualquier otro profesional, en las que se puede vivir muy bien haciendo

música. Saber esto es una motivación adicional para seguir realizando su segunda actividad favorita: enseñar piano a los jóvenes.

Desde hace muchos años, Teresita dedica varias horas a la semana a transmitir todo el conocimiento que está en sus dos manos, su cabeza y su corazón. Le encanta compartir con los jóvenes porque tienen ansias de aprender y porque ella, con su experiencia, los puede guiar en un proceso que tiene muchos obstáculos, pero también enormes recompensas, como expandir el

repertorio musical de su público rompiendo paradigmas a su paso. En ellos ve su reflejo, el de la niña ansiosa por poner sus dedos en el piano en cada oportunidad. Por esto, de los muchos reconocimientos que ha recibido, el que más valora es el que le dio la Universidad de Antioquia por su labor como profesora, o como dice ella, guía que ilumina a sus pupilos.

También la llena de satisfacción saber que con sus más de 60 años de carrera artística ha ayudado a promover el talento colombiano y ha acercado la música clásica a un amplio público. La suya es una historia de disciplina, perseverancia y coraje. Una historia de amor por una profesión que se convirtió en la mejor manera de combatir la discriminación.

La llena de satisfacción saber que con sus 60 años de carrera artística ha ayudado a promover el talento colombiano y ha acercado la música clásica a un amplio público.



Alberto Lleras Camargo

Un estadista al servicio de Colombia

(Bogotá, 1906 – Bogotá, 1990)

“Hay que abrir a todo colombiano una esperanza cierta, una oportunidad operante y una expectativa legítima”.

A los ocho años, Alberto Lleras Camargo aún no pensaba en ser presidente de Colombia; sí sabía, en cambio, que quería ser periodista. Todas las semanas tomaba papel y lápiz y escribía un periódico que luego le vendía a su padre, un agricultor de Sopó, municipio de Cundinamarca, donde vivía con su familia.

Desgraciadamente, el pequeño Alberto perdió muy pronto a su fiel lector, quien murió cuando este tenía nueve años, hecho que obligó a la madre a trasladarse a Bogotá con sus dos hijos. En la capital empezó la escuela primaria y conoció a dos familiares que tuvieron gran influencia en su vida: el tío Santiago, que tenía una enorme biblioteca, y el tío Fídolo, un pintor que lo impulsó a dibujar y luego a enviar uno de sus dibujos a un concurso infantil.

El dibujo, publicado en una reconocida revista de ese entonces, era, según Lleras, “definitivamente malo”; sin embargo, lo impactó ver su nombre impreso; quería volver a verlo publicado y el camino era el periodismo, por eso retomó su antiguo pasatiempo infantil. Lo hizo en el periódico de la Escuela Ricaurte, donde inició el bachillerato, pero de la que no se graduó porque, aunque era un alumno brillante en las materias que lo apasionaban, era descuidado en las que lo aburrían.



A los 15 años se retiró del colegio y de inmediato empezó a trabajar en las salas de redacción de los diarios más importantes del país: primero en *El Espectador* y después en *El Tiempo*, en las que demostró, rápidamente, que combinaba a la perfección agilidad y precisión. Disfrutaba lo que hacía, pero se sentía atrapado en la ciudad, “me resultaba estrecha, quería conocer el mundo”, decía.

Primero viajó a Argentina y luego a Europa, donde escribió para ganarse la vida. En el Viejo Continente se encontró, además, con dos personajes centrales de la política colombiana: Eduardo Santos Montejo y Alfonso López Pumarejo, quienes lo alentaron a regresar al país y a involucrarse en la actividad política, en la que, estaban seguros, tendría éxito gracias a su inteligencia y capacidades discursivas. No se equivocaron: a partir de 1929, y con solo 23 años, Lleras Camargo inició una carrera política, en el Partido Liberal, que lo llevó a ocupar múltiples cargos en los ámbitos municipal, nacional e internacional; en los que se destacó por luchar con firmeza por sus ideales, buscar soluciones pacíficas a los conflictos, respetar las leyes y pensar primero en el bien común.

Uno de sus momentos estelares se dio en 1944, cuando era ministro de Gobierno del presidente López Pumarejo, quien había sido retenido en Pasto por un grupo de militares que quería obligarlo a renunciar. Lleras se llevó los micrófonos de la Radio Nacional para el Palacio de Nariño y mantuvo al país informado durante todo el día, generando así

A partir de 1929, y con solo 23 años, Lleras Camargo inició una carrera política, en el Partido Liberal, que lo llevó a ocupar múltiples cargos en los ámbitos municipal, nacional e internacional.

confianza en que la rebelión sería derrotada. Sus intervenciones no fueron improvisadas, todo lo que los colombianos escuchaban había sido escrito antes de ser leído; pensaba, escribía rápidamente y luego leía; de esta manera se aseguraba de no decir nada imprudente.

Gracias a su actuación en tan difícil momento, Lleras fue nombrado por el Congreso para asumir la Presidencia ante la renuncia de López Pumarejo, a quien le quedaba todavía un año de gobierno. En su corto mandato propició la fundación de la Flota Mercante Grancolombiana, conformada por un conjunto de naves y buques no armados dedicados al comercio y al transporte de mercancías, como el café. También contribuyó a la creación de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC), con el fin de contrarrestar las crecientes

Alternaba el periodismo con la política, pues estaba convencido de que la gente necesitaba recibir información clara en relación con lo que sucedía en el país.

huelgas obreras en el país; y buscó la reconciliación de los partidos políticos, para lo cual se aseguró de darles idénticas garantías a sus rivales del Partido Conservador.

Una vez terminó su periodo presidencial, regresó al periodismo, actividad que alternaba con la política, pues estaba convencido de que la gente necesitaba recibir información

clara en relación con lo que sucedía en el país. “El pueblo es responsable y atiende a su responsabilidad cuando está informado, cuando puede crearse una conciencia de los problemas públicos, cuando sabe que su opinión decide, es decir, cuando gobierna”, afirmaba Lleras.

A mediados de los 50, y después de varios años de violencia política en Colombia, se estableció la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla, cuyo gobierno se caracterizó por los excesos de poder y la restricción de las libertades. Preocupado por el futuro del país, Alberto Lleras se reunió en España con Laureano Gómez, líder conservador, y firmaron un pacto conocido como el Frente Nacional, que tenía el propósito de restablecer la democracia y terminar las disputas entre ambos partidos. Se decidió establecer una alternancia en la Presidencia entre los partidos Liberal y Conservador: cada uno la ocuparía por cuatro años intercaladamente. En 1958 se dieron las primeras elecciones bajo este modelo y Lleras Camargo resultó elegido como presidente; terminado su turno, les tocaría a los conservadores.





Su programa de gobierno se enfocó principalmente en pacificar el campo, donde aún había enfrentamientos políticos, mejorar el sector agrícola, fomentar la educación primaria y fortalecer las relaciones internacionales, en especial con Estados Unidos. Al término de su mandato no quedaba duda alguna de que se había convertido en un estadista, término con el que se nombra a las personas que tienen gran saber y experiencia en los asuntos del gobierno. Por esta razón, hasta poco antes de su muerte, en 1990, seguía teniendo enorme influencia en los mandatarios del país, quienes lo consultaban porque apreciaban su visión, sabiduría y honradez.

Pasó sus últimos años en la sabana de Bogotá, cuyo paisaje era el de su infancia. Allí recibía las visitas de sus amigos, daba largas caminatas, montaba en bicicleta, pintaba, escribía y cuidaba sus rosales y sus dos vacas. Con la misma modestia que lo caracterizó siempre, les dijo a su esposa e hijos que al morir quería una ceremonia sencilla. “Por ningún motivo permitan coronas, flores ni discursos”. No los hubo, en vida él había pronunciado los mejores, los más vibrantes y elocuentes, los que parecían una clase de educación cívica. En síntesis, los que confirmaban el compromiso de un verdadero patriota siempre dispuesto a trabajar por el país.



Ningún oficio es mejor que otro

Por: Alberto Quiroga

Todos los oficios son fascinantes y necesarios: se requieren personas de todos los oficios para que el mundo continúe moviéndose.

La máquina del mundo es hartamente compleja y cada uno realiza una tarea sin la cual no podría funcionar: el capitán del barco es responsable de llevar la nave a puerto, y también el que diseña las hélices y los operarios que han soldado las láminas de acero y el marinero que revisa el aceite de los motores.

Lo importante es hacer bien nuestro trabajo, por trivial o indispensable que parezca, y sentir orgullo de hacerlo.

El carpintero se sienta ante la mesa que ha construido con esfuerzo y la siente sólida y hermosa, digna para servir los frutos de la tierra y de convocar a su alrededor el calor de la familia y las delicias de una buena conversación.

La pianista toca su instrumento y repite una frase musical hasta que siente que fluye entre sus dedos de manera armoniosa. El investigador revisa los datos que ha recopilado y busca comprender el fenómeno que se esconde tras las cifras. La atleta se lanza en veloz carrera para dar el salto que la llevará más allá de la gloria, y lo vuelve a hacer cada mañana. El jardinero siembra plantas de flores rojas y amarillas, abona la tierra, y luego se detiene a mirar el paraíso que ha creado.

Así pasa con todos los oficios. Quien afirme que un pescador disfruta más que un agricultor o que una historiadora tiene un trabajo más interesante que el de una bióloga está equivocado. Cada oficio tiene su arte, sus dificultades y placeres. Cada oficio exige disciplina, esfuerzo, tenacidad, aprendizaje y conocimientos, así como desarrollar habilidades y talentos muy especiales.

Beatriz Restrepo Gallego

La maestra de la reflexión y la enseñanza

(Barranquilla, Atlántico, 1941 – Medellín, 2019)

“Si las personas no tienen claros los principios y valores que guían su existencia, es muy posible que se extravíen”.

Pedro Restrepo y Rosario Gallego tenían una prioridad en relación con la crianza de sus ocho hijos: inculcarles el valor de la educación. Para esta pareja de antioqueños nada era tan importante como la formación educativa, que debía incluir no solo el conocimiento académico, sino también el de las artes, especialmente la música y la literatura. Esta lección fue aprendida, al pie de la letra, por Beatriz, la segunda en nacer, una mujer que hizo del aprendizaje y la enseñanza su misión.

La futura maestra nació en Barranquilla y a los siete años se trasladó con sus padres a Medellín, donde ingresó al Colegio Sagrado Corazón. A mediados del bachillerato empezó a interesarse por la filosofía, un área del conocimiento que gira en torno a preguntas tan complejas como estas: ¿qué es el ser humano? ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Dónde está la felicidad? ¿Qué hay más allá de la muerte?

Analizar estas cuestiones puede ser bastante confuso porque no tienen una respuesta única. Sin embargo, para algunas personas son tan interesantes que deciden dedicar su carrera profesional a aclararlas. Ese fue el caso de la joven Beatriz, quien ingresó a la Universidad Pontificia Bolivariana para estudiar Filosofía.





Mientras cursaba su pregrado, se interesó por la ética, un campo de la filosofía que estudia la conducta humana, lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, la moral, el buen vivir, la virtud, la felicidad y el deber.

Después de un año, no obstante, quiso retirarse de la institución, pues consideraba que los contenidos de los cursos no cumplían con sus expectativas; solo disfrutaba las clases de griego, idioma por el que sentía especial gusto, y de historia del arte. Le comentó el problema a su padre y le planteó una posible solución: irse para Estados Unidos a terminar sus estudios. Llegó a la ciudad de Nueva York, en la que estudió, durante cuatro años, en el Manhattanville College.

Mientras cursaba su pregrado, se interesó por la ética, un campo de la filosofía que estudia la conducta humana, lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, la moral, el buen vivir, la virtud, la felicidad y el deber.

Al graduarse cambió nuevamente de ciudad; se fue para Madrid, la capital de España, donde haría su maestría con énfasis en ética. Desgraciadamente, no pudo terminar sus estudios, pues el profesor encargado de dirigir su trabajo de grado fue retirado de la universidad. En esa época, España vivía bajo una dictadura política y era muy común que quienes estaban en contra del gobierno fueran despedidos de sus empleos, como le ocurrió a su profesor.

Beatriz Restrepo regresó a Medellín en 1966; la situación política española y otros hechos que acontecieron en el mundo a mediados de los años 60, como la lucha por los derechos civiles y la liberación femenina, y que demostraban importantes transformaciones sociales, la hicieron pensar en la realidad colombiana, sobre todo en la

necesidad de transformar el país desde la política, y así acabar con la injusticia y la desigualdad social.

Se vinculó como profesora de Ética en la Universidad Pontificia Bolivariana y luego ejerció como decana de la Facultad de Filosofía y Letras de esa institución, en la que hizo cambios en los programas académicos teniendo en cuenta las nuevas realidades de la sociedad.

Y es que para ella era indispensable que los centros de estudio no se quedaran repitiendo antiguas teorías, sino que fueran capaces de analizar lo que ocurría en su entorno con el fin de brindar una guía para aportar al desarrollo social. Para convencer a las directivas de la institución sobre estos cambios, recurrió a sus dotes de maestra: claridad en el lenguaje, disposición para escuchar otros puntos de vista y exposición coherente y respetuosa de sus argumentos, pues su objetivo era persuadir con la serenidad, sin atropellar a los demás.

“La educación ha de ser entendida como formación; más aún, como autoformación integral tanto individual como social para la vida”.

Así mismo eran sus clases, a las que ningún alumno faltaba; es más, asistían estudiantes de otros programas académicos, quienes también quedaban hipnotizados por esta mujer alta y delgada que los invitaba a utilizar las herramientas de la filosofía para descubrir la esencia de la vida y la manera de

realizarse como seres humanos. Para lograrlo, les explicaba Restrepo, lo primero que debían reconocer era que “no somos solos, no existimos realmente si no nos relacionamos con el otro, si no reconocemos su dignidad humana, la cual nos permite construir nuestra propia identidad”.

Su labor docente continuó en las aulas de la Universidad de Antioquia, en la que, junto con otros profesores, propuso la creación de un programa de filosofía con orientación investigativa, el cual dio origen al actual Instituto de Filosofía. Allí no solo dictó sus lecciones de ética filosófica, sino que se dedicó a pensar en el papel de la educación como factor esencial para cambiar el futuro de la sociedad. “La educación ha de ser entendida como formación; más aún, como autoformación integral tanto individual como social para la vida. Los maestros ya no son transmisores de conocimiento; nuestra tarea es acompañar a los estudiantes a descubrir el tesoro que hay en ellos”, explicaba Restrepo, quien plasmó ideas como esta en el libro *Convicciones y magisterio*.





Formó parte de la junta directiva de la Fundación Secretos para contar, a la que describió como “un auténtico proyecto de desarrollo para las familias rurales”.

Comprometida con sus palabras, que invitaban a actuar en beneficio de todos, aceptó la Secretaría de Educación de Antioquia, entre 1992 y 1994, una labor que describió como enriquecedora pero también frustrante, pues muchos de los planes que la ilusionaban no se pudieron llevar a cabo. Como buena educadora, no perdió el optimismo y buscó otras alternativas en las que pudiera contribuir, como la Fundación Secretos para contar, de cuya junta directiva formó parte desde el inicio y a la que describió como “un auténtico proyecto de desarrollo que ha ofrecido a las familias rurales oportunidades de adquirir competencias y conocimientos que les posibilitan mejorar su calidad de vida en dimensiones como salud y nutrición, vivienda, recreación y, sobre todo, autoestima, contribuyendo todo ello a ampliar sus horizontes y a dotar de nuevos sentidos su cotidianidad”. Igualmente, buscó incidir en la transformación social a partir de obras como *Reflexiones sobre educación, ética y política*, un ensayo sobre las oportunidades que tiene la sociedad para construir un mejor futuro desde la razón, la política y la ética.

Una de sus amistades más cercanas cuenta que la maestra enfrentó la enfermedad que fue apagando su vida con el sentido del humor que la caracterizaba, agudo e inteligente como ella, y que vivió hasta el último de sus días dando ejemplo de coherencia, evidenciando que siempre se puede ser una persona mejor. Su obra permanecerá como espejo de alguien digno de admiración.

José Barros Palomino

El pescador de versos y melodías

(El Banco, Magdalena, 1915 – Santa Marta, 2007)

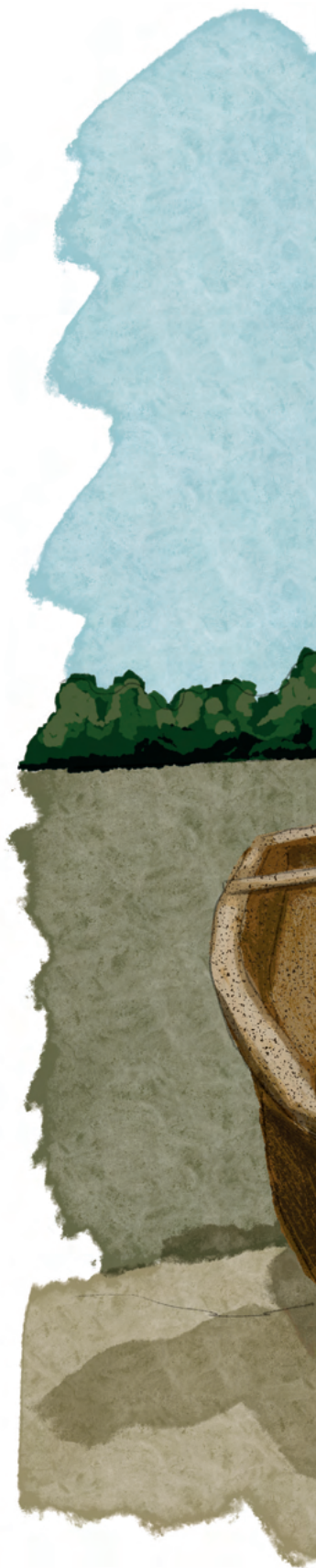
“La cumbia me da fuerzas cuando estoy vencido, hace que se me olvide que tengo hambre o sed”.

Las fiestas en honor a la Virgen de la Candelaria marcaron el destino de José Benito Barros, el niño que nació en El Banco, municipio ubicado al sur del departamento del Magdalena, días después de que la música, el bullicio y las celebraciones terminaran.

Una década más tarde, sería él, junto con Adriano, uno de sus cuatro hermanos, el que estaría animando fiestas, dando serenatas y tocando en la plaza para recoger unos pesos y ayudarle a su mamá, Eustasia Palomino, quien enviudó cuando el pequeño José, el menor de los hijos, tenía apenas tres años.

No solo cantaba, también embolaba zapatos y ayudaba a los conductores de transporte público. Su hermano, preocupado porque José Benito, quien había dejado la escuela en tercero de primaria, terminara siendo un inútil, incluso le consiguió un trabajo vendiendo gallinas criollas al restaurante de un hotel de Barranquilla.

De su época escolar recordaba que las únicas tareas que hacía eran las de gramática y que se la pasaba leyendo poesía, pues le interesaba aprender cómo era la estructura de los versos. Este conocimiento lo puso en práctica al momento de componer sus canciones, que se destacan por su exquisito estilo literario, algo poco habitual en la música popular. “Eso se debe a que he





leído mucho. Sin petulancia, le puedo decir que leí a Rulfo, Dostoievski, García Márquez, Amado Nervo; aunque no terminé la primaria, a punta de lectura aprendí mucho. Y eso se refleja en lo que escribo”, explicó el maestro en una entrevista.

En 1930 salió de su pueblo, llegó a Santa Marta en una chalupa y se alistó en el Ejército Nacional. Cuando el duro régimen disciplinario se lo permitía, hacía competencias de pulso con sus compañeros y aprendía a tocar la guitarra. Por las noches, cuando todos dormían, aprovechaba para componer boleros. Dos años después salió de la institución con el grado de sargento segundo, dispuesto a iniciar una nueva aventura fuera del país. No tenía un peso en sus bolsillos, pero sí una guitarra y un propósito; quería retomar con seriedad lo que había empezado en la infancia: componer y cantar sus propias canciones. De Santa Marta viajó a Medellín, ciudad que por esos días lloraba la muerte de Carlos Gardel, reconocido cantante de tango argentino, un género musical que le había encantado desde niño.

Es más, la primera canción que grabó fue un tango que se llamaba *Cantínero, sirva tanda*. Lo hizo en Lima, la capital del Perú, una de las ciudades que visitó después de la travesía que inició en Medellín. “Recuerdo que en Lima había mucha gente convencida de que yo era argentino, por mi facilidad con el tango. Para seguirles la corriente, empecé a dármeles de argentino, pero mi acento era terrible, no sé cómo pude lograrlo”, recordaba Barros.

También estuvo en Ecuador, México, Argentina y Brasil, donde se ganó la vida cantando boleros en bares y cantinas. No se tomaba ni un trago, pues despreciaba a los borrachos, y lo único que le interesaba era escribir las melodías y letras de sus futuras canciones. Después regresó a Bogotá, donde conoció a un empresario que le propuso componer música tropical. La primera canción que escribió fue *El gallo tuerto*, un éxito inmediato. Las emisoras la repetían incontables veces en un solo día y varias orquestas internacionales la regrabaron. Nadie podía dejar de cantar el pegajoso coro que decía: “Cocoroyó, cantaba el gallo. Cocoroyó, a la gallina. Cocoroyó, cantaba el gallo. Cocoroyó, en la cocina”.

“Sin petulancia, le puedo decir que leí a Rulfo, Dostoievski, García Márquez, Amado Nervo; aunque no terminé la primaria, a punta de lectura aprendí mucho. Y eso se refleja en lo que escribo”.

En 1954 decidió dedicarse exclusivamente a la composición. Cumbias, porros, currulaos, vallenatos, pasillos, tangos y boleros empezaron a expandir su repertorio. Sobre el proceso de creación, el maestro Barros decía que “la dificultad es siempre la primera estrofa. Hay que dejarla cuadrada y eso lleva su tiempo, porque la línea melódica debe ajustar con la letra”. Por eso, prefería hablar de capacidad

y no de inspiración, pues esta, aunque reconocía que sí existe, no le parecía definitiva. “Si no se tiene capacidad, no hay cómo aprovechar la inspiración”.

Él, por ejemplo, supo aprovechar el chispazo que le llegó una tarde en la que recordó a Guillermo Cubillos, un comerciante del interior del país que montó un negocio de transporte en El Banco. Cubillos se había enamorado de una mujer que vivía en Chimichagua, una población cercana, a donde se fue a vivir con ella una vez se casaron. Para continuar con el transporte de personas y mercancías entre ambos pueblos mandó a hacer una canoa más grande que las tradicionales, conocida como *piragua*.

Esta embarcación le dio el nombre a la cumbia que lo inmortalizó, *La piragua*, cuyos versos dicen: “Me contaron los abuelos que hace tiempo, navegaba en el Cesar una piragua, que partía desde El Banco, viejo puerto, hasta las playas de amor en Chimichagua”.

José Barros regresó a su pueblo en 1970. Allí fundó, junto a algunos amigos, el Festival Nacional de la Cumbia, que recibió la Gran Orden del Ministerio de Cultura, y el cual es considerado el certamen que festeja su vida y obra. En

En 1954 decidió dedicarse exclusivamente a la composición. Cumbias, porros, currulaos, vallenatos, pasillos, tangos y boleros empezaron a expandir su repertorio.



su casa de El Banco, amplia y bien aireada, siguió componiendo canciones día y noche; las pocas pausas que tomaba eran para sentir la frescura de la brisa y para apreciar el paso de las piraguas. Los vecinos que lo veían sentado, siempre encorbatado, en una mecedora con lápiz en mano, también lo escuchaban tararear melodías y se alegraban de que su capacidad creadora siguiera intacta.

El paso de los años, sin embargo, fue haciendo de las suyas; con más de 90, el maestro se sentía cansado y lo apenaba pensar que el final de su vida se acercaba. “Me parece triste, pero repito: queda la música, mi música”. Tenía razón: quedaron más de 700 canciones que narran las historias del Caribe, las costumbres de su gente, los romances que llegaron a buen puerto y los que naufragaron. El maestro Barros homenajeó con delicados versos a los pescadores de su tierra y con estos mismos se le puede despedir a él: “La luna espera sonriente, con su mágico esplendor, la llegada del valiente y del alegre pescador”.

Tita Maya Agudelo

Una mujer de avanzada

(Medellín, Antioquia, 1956 - Medellín, 2020)

“Somos agua, somos aire, somos viento, somos mar, somos nubes, somos seres con la Tierra como hogar”.

Tita nació en Medellín un 16 de diciembre al amanecer, en el seno de una familia grande con una profunda vocación musical. Recibió el nombre de Luz Mercedes, un nombre hermoso y sugerente que evoca luminosidad, entrega y liberación; pero tal vez un nombre demasiado largo. Por eso, todo el mundo la conocía como Tita, abreviación sonora, sencilla, inolvidable, como ella.

Estudió música desde muy temprana edad en el conservatorio de la Universidad de Antioquia y desde los 13 años le ayudaba a su mamá dando clases en el Colegio de Música, lo cual la llevó a convertirse en maestra desde tan pequeña.

Tita siempre mostró un carácter decidido e inquieto. Pasó por varios colegios y luego, en la universidad, empezó a estudiar Economía, después Literatura, hasta que viajó a Europa a estudiar Pedagogía Musical y obtuvo el título de maestra, del que siempre se sintió orgullosa. Allí estuvo varios años antes de retornar a Medellín y dedicarse a enseñar música y dar rienda suelta a su vocación.

Tita siempre fue una líder excepcional, muy hábil para guiar con fortaleza y a la vez con cariño a quienes trabajaban con ella. Su autoridad provenía no solo de su capacidad para imaginar cómo lograr los objetivos, sino también de ganarse la confianza y el aprecio de sus colaboradores. Era capaz de mover





montañas y de sacar adelante grandes y complejos proyectos, y lograr trabajos impecables, bonitos e inspiradores.

En 1984, creó la Corporación Cantoalegre y conformó un equipo maravilloso que desde entonces se ha dedicado a componer, adaptar y producir música para niños. Al inicio, las canciones las interpretaban los adultos, luego llegaron los niños a darles la magia y el sello que hoy sigue caracterizando a la corporación. La producción discográfica de Cantoalegre, al día de hoy, incluye más de 20 títulos y más de 200 canciones que inspiran a grandes y chicos de Medellín, Colombia y el mundo.

Pero la vida de Tita no solo estuvo marcada por la música, aunque esta haya sido el germen de su inspiración y le haya dado la clave de muchas de las cosas que hizo. Su mente era una fuente inagotable de ideas. Siempre estaba imaginando qué más se podía hacer y cómo hacerlo. Además, mostraba una sensibilidad muy especial hacia las otras personas y hacia el entorno que la rodeaba.

Cuando se presentaron grandes tragedias como la avalancha de Armero y el terremoto de Armenia, Tita estuvo presta para generar y apoyar proyectos de atención integral a las comunidades damnificadas y aportar, desde su saber, a la recuperación social y al registro de estas situaciones críticas. Durante un tiempo estuvo radicada en Armenia, creando escuelas musicales y coros en los albergues.

Tita fue una pionera de la conciencia ambiental en nuestro departamento, y esto quedó plasmado en uno de sus proyectos más conocidos: “La Tierra es la casa de todos”, que buscaba sensibilizar sobre la responsabilidad que tenemos los seres humanos de cuidar a la Naturaleza. Este sentido ecológico estuvo presente en todos los proyectos educativos que lideró y en su propia vida cotidiana: era consciente de la necesidad de consumir lo menos posible y de cuidar cada una de nuestras acciones, pues sabía que cada cosa que hacemos genera una repercusión que no solo nos afecta a nosotros, también a todos los seres con los que compartimos nuestra casa: el planeta Tierra. Amaba la Naturaleza y disfrutaba estar en el campo, en el mar, entre los árboles y el viento, escuchando el sonido de la quebrada, y se asombraba con la maravilla del canto de un pájaro, los colores del atardecer o las relaciones que existen entre los seres del planeta.

Tita siempre estaba dispuesta a aprender. Era curiosa por naturaleza y se la pasaba buscando respuestas. Estudió diferentes corrientes pedagógicas y filo-

Tita fue una pionera de la conciencia ambiental en nuestro departamento, y esto quedó plasmado en uno de sus proyectos más conocidos: “La Tierra es la casa de todos”.

sóficas, adoptó prácticas de diversas partes del mundo y trabajó en el rescate de tradiciones culturales colombianas; viajó, conoció, con una sed sin límites. Gracias a esto siempre pudo tener algo nuevo que decir, una luz para iluminar el camino de los otros.

Tita estuvo en el surgimiento y crecimiento de la Fundación Secretos para contar.

Durante varios años creó métodos, imaginó y editó libros, formó a muchos talleristas, soñó con una educación integral para todos, se ilusionó pensando con las familias del campo, leyendo, aprendiendo, mejorando sus vidas, y aportó para que hoy en día Secretos para contar pueda estar presente en los hogares de toda la ruralidad de Antioquia y en muchos lugares de Colombia.

En el año 2020, Tita se fue a transitar los caminos de las estrellas tras sufrir una enfermedad que la diezmó físicamente, pero que no fue capaz de detener su espíritu creativo, y que hizo más patente su fortaleza y su integridad. Murió rodeada del cariño de los suyos y dejó un importante legado que hoy llevan muchas personas: todo el equipo de la Corporación Cantoalegre continúa con las producciones musicales, educativas, editoriales y audiovisuales; Secretos para contar lleva la bandera de su espíritu curioso, justo y apasionado, que buscaba siempre el bien para todos los seres de la Tierra; y tantas y tantas personas que se cruzaron con ella en el camino, que aprendieron de su ímpetu y su coherencia, llevan un pedacito de Tita en su corazón.

Tita siempre estaba dispuesta a aprender. Era curiosa por naturaleza y se la pasaba buscando respuestas.



Cochise Rodríguez

Un héroe sobre ruedas

(Medellín, Antioquia, 1942)

“El ciclismo es cuestión de amor, ganas, sacrificio y disciplina”.

Cuando tenía 10 años, Martín Emilio vio *Flecha rota*, una película en la que se enfrentaban indios contra vaqueros; lo que más le impresionó fue la valentía del protagonista, el jefe de los indios apaches, a quien llamaban Cochise. Al regresar a su casa, les dijo a su madre y hermanos que no volvería a responder si lo llamaban por su nombre, pues en adelante él también sería Cochise.

Las condiciones económicas en el hogar de los Rodríguez Gutiérrez eran bastante difíciles, pues Victoriano, el padre, había muerto cuando Martín Emilio tenía apenas 11 días de nacido. El dinero que ganaba Gertrudis, la madre, no era suficiente para cubrir los gastos de sus cinco hijos, por lo que el joven Cochise, de 14 años, tuvo que buscar un empleo y así ayudar a la supervivencia de la familia.

Primero fue voceador de prensa, después vendió carbón, luego fue mandadero en un bar y, finalmente, consiguió el trabajo que cambiaría su vida: mensajero de una droguería. Los encargos los repartía en “la cachona sin cambios”, una bicicleta rudimentaria de 15 pesos que le había prestado su hermano. Cochise era tan veloz en la bicicleta que parecía compitiendo, pedaleaba sin descanso por las empinadas lomas del barrio Manrique en busca de una recompensa, pero no se trataba de una medalla o un trofeo, sino de las propinas que le daban los clientes si llegaba rápido con el pedido.





Un día tuvo que llevar un domicilio de afán, debía subir dos kilómetros en el menor tiempo posible. Después de entregarlo, volvió a la droguería y se sentó a esperar el próximo mandado. Al verlo tan campante, su jefe le preguntó: “Y el domicilio, ¿no lo ha llevado?”; sí, le respondió él, “y ya volví”. Increíblemente, su jefe llamó al cliente para verificar si era cierto; apenas colgó el teléfono, le dijo: “Usted hizo un récord, ahora lo que necesita es una buena bicicleta”.

En la droguería le prestaron los 70 pesos que valía el nuevo caballito de acero, le puso una parrilla para los domicilios y los domingos se la quitaba para poder correr en cuanto competencia podía inscribirse. Su primer triunfo fue en una prueba en la que debía subir dos veces desde Medellín hasta San Pedro de los Milagros, un recorrido de aproximadamente 35 kilómetros por trayecto; en esta carrera demostró que no solo era veloz, sino también un gran escalador, condición por la que siempre han sido reconocidos los ciclistas colombianos, a quienes han apodado los *escarabajos*, pues como estos, pueden escalar casi cualquier superficie sin importar la inclinación.

Antes de las carreras, su madre le daba una pócima mágica: jugo de hígado crudo con zanahoria y remolacha. “Sabía muy maluco”, dice Cochise, “pero con eso volaba”. Y así ganó una competencia cuyo premio era una bicicleta de semicarreras con la que sus triunfos aumentaron. En 1960 empezó a correr para el Club Medio Fondo y al año

siguiente participó en su primera Vuelta a Colombia; quedó de sexto en la clasificación general y fue el campeón de los novatos.

En 1963 ganó esta competencia, la más importante del país, y repitió la hazaña en 1964, 1966 y 1967. En esa época, los aficionados a este deporte, que en Colombia ha sido tan popular como el fútbol, eran tan apasionados que salían a las carreteras sin importar el clima. Bajo el sol más intenso o en temporadas de lluvia y mucho frío, bordeaban las vías por las que subían, planeaban y descendían sus ídolos en bicicleta. No se despegaban de la radio, las transmisiones eran tan emocionantes que no había persona inmune a la fiebre del ciclismo.

La leyenda de Cochise se consolidó el 7 de octubre de 1970, en Ciudad de México, cuando superó la marca mundial al recorrer 47 kilómetros y 466 metros en una hora (recorrió casi 40 metros más que el anterior ganador). La exigente competencia se llevó a cabo en el óvalo de un velódromo, lo cual requiere ritmo, cadencia y, sobre todo, mucha concentración.

Cochise, quien tenía 28 años, dice que esta prueba fue la más difícil, la más dura, y también la más bonita. Pasados 30 minutos estaba tan cansado que

Los aficionados a este deporte eran tan apasionados que salían a las carreteras sin importar el clima.

pensó en retirarse, se sentía perdido; fue entonces cuando escuchó a unos niños que estaban en las graderías, lo estaban animando, gritaban su nombre y eso le ayudó a retomar fuerza para terminar. Se bajó de la bicicleta con tres kilos menos y un dolor en las nalgas

que, según dice, no lo dejaba ni sentarse en plumas. Pero valió la pena, su récord estuvo vigente durante casi una década.

Un año después ratificó sus condiciones en Varese, una ciudad italiana en la que se coronó como campeón del mundo en la prueba de 4000 metros persecución individual. A su llegada al país, fue recibido como todo un héroe por miles de personas que lo saludaban mientras pasaba en un camión de bomberos. Un héroe de 1,80 metros, delgado, con el pelo y las patillas largas, con pinta de europeo.

Y fue precisamente a Europa a donde llegó en 1973 para correr, ahora como profesional, en el equipo Bianchi-Campagnolo, uno de los más importantes del mundo en los años 70 y 80. En el Viejo Continente siguieron los récords

de Cochise: fue el primer ciclista colombiano que corrió en el profesionalismo europeo; ganó siete etapas en pruebas como el Giro de Italia, el Clásico de Camoire y la Vuelta de la Región de Marches. Además, fue el primer latinoamericano en participar en el Tour de Francia, en 1975.

En 1980 se retiró del ciclismo de alta competencia; sin embargo, sigue montando en bicicleta todos los días. Dice que esa es la mejor EPS: ejercicio para salud. En 2021, Cochise llegó a los 80 años, pero no se siente viejo, afirma, pues siguen intactos su amor por la bicicleta, su don de gentes, las ganas de conversar y de contar chistes. Pronostica que sus días acabarán cuando tenga que

dejar definitivamente la bicicleta, a la cual le debe la vida. Ese momento aún no le preocupa; mientras tanto seguirá siendo, como el indio apache que admiró en la infancia, el Cochise luchador que dejó en alto el nombre del país.

En 2021, Cochise llegó a los 80 años, pero no se siente viejo, afirma, pues siguen intactos su amor por la bicicleta, su don de gentes, las ganas de conversar y de contar chistes.



Virginia Gutiérrez de Pineda

La intrépida observadora del país

(El Socorro, Santander, 1921 – Bogotá, 1999)

“Ha sido una constante de mi vida académica entregar mis escasos conocimientos y limitada experiencia en beneficio de los jóvenes”.

La primera maestra de Virginia Gutiérrez de Pineda fue su abuela Gertrúdiz, a quien llamaba abuela Tui. Con ella solía pasar los días en una finca ubicada en El Socorro, municipio del departamento de Santander, donde le enseñó a leer y a escribir. Gracias a ella, también desarrolló la capacidad de aprender por sí misma.

A los seis años ingresó a una escuela rural en la que, además de iniciar la primaria, empezó a evidenciar su gran capacidad observadora: aprovechaba los descansos para dedicarse a contemplar el comportamiento de algunos insectos y luego especulaba acerca de su conducta.

Esa misma curiosidad la impulsaba a revisar la biblioteca de su padre, en la que había libros llenos de historias interesantes que ella se moría por conocer, pero aquellos, según su madre, no eran adecuados para las mujeres. Y es que el hogar de los Gutiérrez Cancino, en el que había otros 11 hijos, era muy conservador; la crianza era estricta y apegada a los mandatos de la religión católica, la cual, en esa época, determinaba cuáles libros podían leerse y cuáles no.

Ella, sin embargo, logró leer varios a escondidas, y así fue creciendo su amor por la lectura y el conocimiento en general; quería aprender todo lo que pudiera,





por eso no dudó en presentarse para una beca que le permitiría terminar su bachillerato en Bogotá. Para sorpresa suya, su padre la apoyó en esta aventura que cambiaría su vida.

Al finalizar el bachillerato, se presentó a una nueva convocatoria, esta vez para convertirse en una licenciada en Ciencias Sociales y Económicas. De manera simultánea, inició estudios en el Instituto Etnológico Nacional, hoy llamado Instituto Colombiano de Antropología e Historia, pues quería ser etnógrafa, es decir, una persona dedicada al estudio y la descripción detallada de las etnias y su cultura, incluidas sus tradiciones, costumbres y comportamientos.

En este ambiente académico se sentía cómoda; le gustaba verse retada intelectualmente, debatir teorías con las que no estaba de acuerdo y encontrar los mejores argumentos para respaldar aquello que consideraba verdadero. Allí conoció a Roberto Pineda Giraldo, su compañero de investigaciones, futuro esposo y padre de sus cuatro hijos. Se reconocían como iguales, había un enorme respeto entre ambos; por eso, dice ella, alcanzaron la plenitud.

Sus primeros trabajos etnográficos fueron sobre los pueblos indígenas de los departamentos de La Guajira y el Chocó. El propósito era analizar cómo era su organización social, cuáles eran sus leyes y tradiciones familiares, qué creencias espirituales los determinaban, entre otros aspectos que los hacían, en apariencia, tan diferentes a la

cultura de la que ella provenía. Ahí estaba el asunto clave, según explicaba Gutiérrez, pues se trataba de diferencia, no de inferioridad o superioridad, sino de diversidad cultural.

La medicina también era una de sus áreas de interés y en sus recorridos por el país se percató de que sus prácticas variaban según las regiones geográficas, los pueblos e, incluso, los grupos familiares, por lo que no era extraño observar métodos de curación que combinaban magia, religión y curanderismo. Tal y como lo había hecho hasta ese momento, decidió transformar su curiosidad en conocimiento y gracias a una beca se fue para Estados Unidos, donde cursó una maestría en Antropología Social y Médica.

Regresó a Colombia con el propósito de transmitir sus aprendizajes; se integró a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional y en sus clases enseñó cuáles eran los mayores obstáculos para que el país tuviera una política de salud adecuada. En esta universidad también se sumó al pregrado de Sociología, programa dedicado al estudio de las sociedades humanas y los fenómenos que ocurren en ellas. Fue una profesora exigente, incluso con ella misma; al terminar cada semestre quemaba el material con el que había trabajado,

Virginia Gutiérrez aprovechaba los descansos para dedicarse a contemplar el comportamiento de algunos insectos y luego especulaba acerca de su conducta.

retándose a encontrar novedades para el siguiente. “Sería muy aburrido hablar siempre lo mismo, como un disco rayado”, decía. Además, siguió el ejemplo de sus profesores norteamericanos, para los que la enseñanza no era una transmisión mecánica de conocimientos, sino una forma de generar criterio para aumentar el saber.

En un congreso de sociología al que asistió en 1955, se sorprendió cuando un conferencista manifestó que Colombia era una nación católica porque las familias que la conformaban seguían los principios de esta religión. Esta afirmación, según Gutiérrez, se alejaba, por completo, de lo que había visto en sus travesías por el país. Fue así como encontró un nuevo campo de investigación: la familia, tema sobre el que escribió su obra más conocida, *Familia y cultura en Colombia*, en la que analizó sus estructuras, funciones y transformaciones. Posteriormente, y aprovechando sus estudios dirigidos a la familia, les dio un nuevo rumbo a sus exploraciones para concentrarse en las mujeres y su papel en la sociedad.



Fue una profesora exigente, incluso con ella misma; al terminar cada semestre quemaba el material con el que había trabajado, retándose a encontrar novedades para el siguiente.

Además de la curiosidad, otro de sus rasgos característicos era la tenacidad. Nada en lo que decidiera poner su atención quedaba a medias. De acuerdo con una de sus colegas: “Así como en sus investigaciones de campo se metía de lleno en el alma popular, en su relación con amigos y colegas se entregaba con sencillez; sabía captar sentimientos, estimular el trabajo científico, dirigir, sugerir, apoyar, y todo con una modestia singular”.

Y es que siempre fue sencilla y reservada. Prefería estar en salones, bibliotecas y archivos que en aquellos espacios en los que otros intelectuales se reunían para exponer sus logros y felicitarse mutuamente. Ella, por el contrario, evitaba el protagonismo y se sonrojaba con los reconocimientos, aunque fueran tan merecidos como ser elegida la mujer del año en Colombia en 1967. Por eso, quizás, muchas personas no reconocieron a la mujer que, desde 2016, aparece en el billete de 10.000 pesos, luego de que el Banco de la República decidiera homenajear a seis personalidades de la cultura, la política y la ciencia del país. Una distinción que invita a descubrir la vida y obra de esta discreta señora que revolucionó el estudio de la sociedad colombiana y abrió el camino para que otras mujeres hicieran del saber un proyecto de vida.



Fernando Botero

Un artista monumental

(Medellín, Antioquia, 1932)

“El arte es espiritual, un respiro de las dificultades de la vida”.



Fernando Botero tenía cuatro años cuando su padre David les entregó a él y a sus dos hermanos un paquete envuelto en hojas de periódico. “¿Qué creen que es?”, les preguntó. Después de varias respuestas fallidas, lo destapó: adentro había un perrito blanco, la mejor sorpresa que podían recibir.

Sin embargo, la felicidad de ese día duró poco. En la tarde, su padre se sintió mal, salió al patio de la casa y allí murió de un infarto. Su madre, Flora Angulo, quien siempre había hecho los vestidos para toda la familia, tuvo que empezar a hacerlo para otros y así mantener a sus hijos. “Mi madre se ganó la vida cosiendo, por eso la dibujé con una máquina de coser”, cuenta Botero, quien inició su acercamiento al arte desde muy joven y casi por casualidad.

“No puedo precisar el motivo por el que empecé a pintar; quizás fue porque tuve dos vecinos que estudiaban en Bellas Artes y los domingos salían a caminar y a pintar paisajes; yo iba con ellos y hacía lo mismo”, afirma el maestro, que conservó el hábito de pintar acuarelas, técnica no muy costosa, pues solo requería de hojas de papel, pinceles y una caja con pocos colores.

En sus primeras pinturas retrató la Naturaleza y a sus amigos; posteriormente copió los carteles que anunciaban las corridas de toros, otra de sus grandes



El mayor logro artístico de su vida ha sido construir un estilo personal, aquel que hace que un Botero sea inconfundible.

pasiones. Aprendía con gran facilidad por sí mismo y a los 19 años no tenía ni una duda de que quería ser pintor.

Esa misma determinación lo llevó a las oficinas del periódico *El Colombiano*, porque también había decidido que quería ilustrar la publicación dominical. Una vez sentado al frente del director, le dijo: “Mire, yo soy pintor, y quiero ser ilustrador del suplemento”. El hombre, intrigado con lo que podía hacer el joven, le dio un poema. “Tome esto y píntelo”. Botero lo ilustró, al director le gustó y le siguió haciendo encargos para complementar las páginas de los domingos.

De manera simultánea, iba preparando su primera exposición individual en Bogotá, en la que exhibió varias acuarelas y un óleo. Con el dinero que obtuvo por la venta de sus cuadros se fue para Tolú, un municipio de la costa caribe, donde se dedicó a pintar con tranquilidad durante nueve meses. Allí vivió en una choza de paja con piso de tierra; pintaba todo el día y en la noche descansaba en una hamaca. Este lugar le inspiró el cuadro *Frente al mar*, con el que obtuvo el segundo puesto en el Concurso Nacional de Pintura, cuyo premio le permitió, nuevamente, buscar otro destino.

Se fue para Europa, donde tuvo acceso a las creaciones de los artistas más reconocidos de la historia. En Madrid, París y Florencia visitó museos, contempló sus cuadros y aprendió de ellos. Poco a poco, empezó a sentir afinidad por las obras monumentales, en las que

primaba el volumen de las personas y objetos retratados. Y comprendió algo aún más importante: pintar es crear un estilo.

De hecho, no duda en afirmar que el mayor logro artístico de su vida ha sido construir un estilo personal, aquel que hace que un Botero sea inconfundible. Insistir por tantos años en una idea, la del volumen generoso, que él considera como manifestación de sensualidad y belleza, no abandonarla, y, por el contrario, trabajar más en ella para pulirla, ha dado como resultado un universo de pinturas y esculturas que hoy se pueden apreciar en muchos lugares del mundo. Hasta la China han llegado los famosos gordos y gordas del maestro, quien insiste: “Todo lo he hecho por intuición, por trabajo, por lecturas, por ver arte en muchas partes. Por pura pasión”.

Su fuente de inspiración ha sido, mayoritariamente, Colombia, de donde provienen los recuerdos de su infancia. Asimismo, las corridas de toros, el circo, la religión y la política han sido protagonistas de sus obras; y estos temas le han permitido explorar el color como a él le gusta: en grande.

El amor que siente por su tierra lo motivó a donar más de 700 obras, las cuales están repartidas entre el Museo de Antioquia y la Plaza de Botero, que podría catalogarse como la primera exposición permanente y al aire libre del mundo. Allí, en pleno corazón de Medellín, se encuentran 23 de sus esculturas de bronce.

Su fuente de inspiración ha sido, mayoritariamente, Colombia, de donde provienen los recuerdos de su infancia.

El maestro, que cumplirá 90 años en 2022, sigue trabajando más de ocho horas diarias de lunes a domingo; dice que es necesario hacerlo, “pues no se sabe si allá arriba lo dejan a uno pintar”. Y lo sigue haciendo de la misma manera, sin agacharse, ya que tiene

la teoría de que cada trazo debe estar a la altura de los ojos; por eso, ideó un sistema de poleas para poder subir el cuadro a medida que avanza.

Así como es fiel a su técnica, también lo es a sus gafas de marco redondo y, por supuesto, a la ciudad de Medellín, donde están sus raíces y a la que regresa cada que tiene oportunidad. A pesar de haber vivido en tantos lugares, sostiene que no cambia los frijoles por ningún otro plato y que pocos placeres se comparan con tomarse un aguardiente en la plaza de un pueblo antioqueño.



Este plan lo hace en compañía de su esposa, la artista griega Sophia Vari, con quien está casado desde hace más de 40 años y con la que cada salida sigue siendo como una primera cita cuya conversación no termina. El maestro es un hombre muy familiar y de pocos, pero muy buenos, amigos, quienes destacan su inmensa generosidad.

Sobre esto dice que la amistad necesita cultivarse y que él ha privilegiado el trabajo porque pintando es feliz. Es, definitivamente, lo que más le gusta hacer y, por eso, lo único que le pide a la vida es poder pintar hasta el último de sus días. “Yo quiero morir como Picasso, quien, a los 93 años, después de pintar un cuadro, fue a cepillarse los dientes y cayó muerto. Así debe ser, porque los pintores nunca nos jubilamos”.



Zapatero a tus zapatos

Por: Alberto Quiroga

El zapatero está orgulloso de los zapatos que hace. La ingeniera que maneja su carro por el puente confía en la estructura que lo sostiene, porque ella hizo los cálculos estructurales. La vendedora calcula a ojo cuál es la talla de la cliente que pregunta por el vestido exhibido en la vitrina. El pintor sabe que el rojo de las flores que está pintando contrasta y hace equilibrio con el verde del jarrón.

Cada cual conoce su oficio. Pero la ingeniera puede no estar muy segura de qué color de vestido va bien con los zapatos azules que acaba de comprar. El zapatero duda de si una tela es de poliéster o de algodón. El pintor no tiene los suficientes conocimientos como para hacer un cálculo estructural y construir un puente. Y la vendedora del almacén no sabe qué hacer cuando se le cae el tacón del zapato porque no conoce la forma de arreglarlo.

Nadie puede ejercer todos los oficios ni conoce lo suficiente como para opinar con autoridad sobre tantas materias.

Pero es muy importante que el zapatero sepa mucho de zapatos, que conozca los cueros, que sea diestro en aplicar pegantes y clavetear las suelas para que los zapatos de la vecina aguanten otro par de años. Que la ingeniera sepa de matemáticas y de cálculo, que haya estudiado en la universidad y obtenido las mejores notas. Que el pintor tenga ojo para el color, que sea hábil componiendo sus cuadros, que sus figuras se vean equilibradas o monstruosas según sea su intención. Que la vendedora sepa cómo tratar a sus clientes y los lleve a elegir el modelo, la talla y el color que les sienta mejor.

Mientras mejor el zapatero, mejores los zapatos, y esto es válido para todos los oficios.

Totó la Momposina

La diva descalza

(Talaigua Nuevo, Bolívar, 1948)

“Hay que dedicarse a lo que tienes dentro: a lo que escuchaste, a lo que viste...”

En el departamento de Bolívar, sobre el río Magdalena, está Mompós, una isla en la cual la música es una condición permanente. Cuando era niña, Sonia Bazanta Vives despertaba con el canto de los pájaros y en la noche se dormía con las gaitas que los imitaban. El ritmo de los tambores era el mismo de los remos de los pescadores rompiendo el agua. Cuando había fiestas, las cantadoras alzaban la mirada como invocando a sus ancestros y el fuego de las velas que izaban las mujeres durante el baile la atraía con fuerza. Nació el 15 de agosto de 1948 en Talaigua Nuevo, una pequeña población vecina a Mompós, en el río Magdalena, una región que quiso honrar con su nombre artístico.

Desde muy joven supo que la música era su vocación, algo que no sorprende dada la tradición musical de su familia. Su padre, zapatero de profesión, tocaba el tambor, práctica que se remonta a más de cinco generaciones, y su madre era bailarina y cantadora. Las cantadoras, explica, no solo se definen por la armonía de su voz; además, son mujeres que encarnan los saberes de su pueblo, tanto espirituales como prácticos. Llevar una casa, atender partos, conocer los mejores momentos para cultivar según las fases de la luna, identificar y usar las hierbas medicinales e interpretar las premoniciones son apenas algunos de ellos.

La violencia bipartidista, producto de la intolerancia entre liberales y conservadores, y por la cual su padre fue perseguido, obligó a su familia a mudarse,





Desde joven se dispuso a revelar la diversidad cultural del país...

cuando era niña, primero a Barrancabermeja, luego a Villavicencio y finalmente a Bogotá. Una vez en la capital, fue discriminada por su color de piel y costumbres. Por fortuna, “la música es universal y no distingue razas, partidos políticos, religiones, clases o géneros”, dice. Desde entonces, se dispuso a revelar la diversidad cultural del país a través de la música, un lenguaje que todas las personas están en capacidad de sentir y entender.

Totó, como su padre la llamaba cariñosamente, un apodo que además suena como dos golpes de tambor, continuó cantando en reuniones familiares y fiestas callejeras, hasta que decidió asumir el canto de manera profesional. Muy pronto la potencia de su voz trascendió las fronteras colombianas y dio espectáculos en Europa, Asia, Latinoamérica y Estados Unidos.

“El río Magdalena es la columna vertebral de Colombia”, dice sin dudar. No solo es una zona rica en fauna y flora; la abundancia cultural es producto de la combinación de etnias que allí habitan. Originalmente ocupada por indígenas, fue colonizada por españoles alrededor de 1540 y luego tierra de asentamientos de los negros que huyeron de la esclavitud. De esta fusión provienen los ritmos que la mueven. La cumbia, la chalupa, el porro y el mapalé son los más representativos, pero no los únicos.

Con el objetivo de rescatar la música ancestral de la zona, Totó hizo un recorrido en canoa en compañía de Gloria Triana, una

antropóloga con la que entabló una amistad que aún conserva, por los pueblos de la ribera del Magdalena. Juntas rastrearon ritmos, costumbres y letras asociadas a la música, en una labor histórica cuyo aporte al conjunto musical del país y el mundo es incalculable.

La cumbia es el resultado de estas mezclas. En ella, los ritmos africanos e indígenas se interpretan con los instrumentos propios de ambas culturas (el tambor, la gaita y la milla), y además incluyen el acordeón, de origen europeo, y las guitarras que trajeron los españoles. Cuando Totó cantó en el festival musical WOMAD, en Inglaterra, ante un público que palmeó al son de los tambores “Yo me llamo cumbia, yo soy la reina por donde voy, (...) yo nací en las bellas playas caribes de mi país, (...) yo soy colombiana, oh, tierra hermosa donde nací”, dejó claro que los ritmos locales tienen la capacidad de hacer vibrar al mundo entero. Lo mismo había ocurrido años atrás, cuando en 1982 acompañó a Gabriel García Márquez a recibir el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo. Allí, 2000 personas vestidas de gala sucumbieron a los encantos de esta mujer pequeña, pero de presencia enorme, vestida con los colores del Caribe y coronada por una flor roja.

Totó sabe que una artista verdadera le pone el alma a lo que hace, y por eso no puede tener capas oscuras: el orgullo, la mentira, los vicios y la arrogancia no caben en ella.

El rojo, en efecto, es su color favorito. Su signo es Leo y por eso considera que es una mujer de fuego. Y es que sin duda enciende pasiones. Peter Gabriel, un famoso cantante, compositor y productor musical inglés, reconoció en ella esta cualidad y la invitó a grabar el álbum *La candela viva*, con el que Totó ha podido afianzar la idea de que los ritmos

con identidad cultural pueden ser comerciales en el mundo entero: el disco fue un éxito. Además, otros artistas han reconocido su influencia incorporando en sus trabajos instrumentos y acordes nativos.

Vivió en Francia durante cuatro años, sin residencia fija. Allí siguió a los recolectores de uvas durante las vendimias, cantó en plazas y festivales, y hasta en el metro de París. Recuerda que la gente le tocaba el pelo, generoso y ensortijado, para comprobar si era real. Luego se inscribió en La Sorbona, una de las universidades más prestigiosas de Francia, y estudió Historia de la Música. Ha aprendido de la experiencia, pero también admite el valor de la formación

académica. Todavía hoy tiene dos profesoras de técnica vocal que le enseñan a cuidar y trabajar su voz de soprano.

Su madre, una matriarca que llevó las riendas de la familia, siempre le recordó la responsabilidad que tiene de honrar a sus antepasados. Asimismo, le aconsejaba: “Hay que comportarse con altura, con fundamento”. Totó sabe que una artista verdadera le pone el alma a lo que hace, y por eso no puede tener capas oscuras: el orgullo, la mentira, los vicios y la arrogancia no caben en ella. Además, la enorgullece que sus hijos perpetúen la tradición familiar. Angélica María es bailarina, Eurídice, cantadora y Marco Vinicio, percusionista y director musical.

“El día que Colombia se apropie de su cultura, habremos comenzado un proceso”, dice cuando le preguntan si le queda algo por hacer. Sabe que el camino es largo, pero la autenticidad de su recorrido lo dice todo: “A donde fueres, haz lo que eres”.



Guillermo Zuluaga “Montecristo”

Medio siglo haciendo reír a Colombia

(Medellín, Antioquia, 1924 – Medellín, 1997)

“El humor es una cosa delicada, pues uno está muy cerca de hacer el ridículo si no se lo toma en serio”.

Guillermo Zuluaga Azuero fue el sexto de los 10 hijos que tuvieron el médico Baudilio Zuluaga y Carolina Azuero. Aunque nació en Medellín, siempre se reconoció como un santuariano, pues su padre era de ese municipio del Oriente antioqueño, al que visitaban en familia con mucha frecuencia. El ambiente pueblerino fue el que lo inspiró para crear los personajes cómicos que lo volverían tan popular, por cuanto las personas reconocían en ellos rasgos y costumbres cercanas, como el caso de Montoño, el típico bobo de pueblo.

Antes de convertirse en humorista profesional, Montecristo quiso ser médico como su padre, pero le faltaba mucha disciplina para el estudio y no terminó siquiera el bachillerato. A los 16 años ingresó como voluntario al Ejército, prestó servicio en el municipio de Rionegro, cerca de su querido pueblo El Santuario, y luego formó parte de la Guardia Presidencial, gracias a que fue miembro de los Scouts, una organización mundial que promueve el aprendizaje de destrezas y conocimientos en niños y jóvenes, y donde aprendió a tocar tambor y cornetas.

En el Ejército empezó a mostrar sus dotes cómicas: imitaba con precisión a compañeros y superiores, provocando risas en el Batallón Codazzi de Palmira, Valle del Cauca, departamento en el que se quedó viviendo por un tiempo, pues consiguió trabajo en una empresa, donde siguió contando chistes a los





El público gozó, por más de 50 años, con las ocurrencias de Montecristico, Montecrisñato, Montecristeso y Montecrispucho. Todos estos personajes fueron creados e interpretados por él.

demás obreros. También les cantaba y por eso lo animaron a participar en un programa de radioaficionados de la emisora Radio Cultural de Cali. La presentación, según contaba él mismo, fue un desastre, pero no quería quedar como un fracasado y pidió permiso para contar un chiste. “Vuelva, pero a contar chistes”, le dijeron.

Así lo hizo durante algún tiempo; entonces, ganó fama y las invitaciones a presentarse en vivo en otros lugares no se hicieron esperar, por lo que tuvo que cambiar de trabajo y volverse vendedor de productos dentales para poder viajar y hacer sus *shows*. Aprovechaba las cantinas de los pueblos, donde observaba el comportamiento de los borrachos y hasta les ofrecía más licor, mientras aprendía sus gestos y la pronunciación enredada de las palabras. Igualmente, *paraba oreja* en las calles a ver con qué chistes se encontraba y luego los ensayaba ante el espejo.

En una de las presentaciones conoció a uno de los fundadores de Caracol Radio, quien lo invitó a participar en un programa de La Voz de Antioquia; fue allí donde se ganó su particular apodo: Montecristo, puesto por un amigo de la emisora, quien, al verlo llegar todas las tardes con un saco verde, lo llamó Conde de Montecristo, pues asociaba su extravagante vestimenta con la del personaje de la novela del escritor Alejandro Dumas.

Sus apariciones tuvieron tanta acogida que al poco tiempo tuvo un espacio radial propio, *El café de Montecristo*, que se transmitía

a la 1:30 de la tarde y llegaban a repetir hasta cuatro veces el mismo día por petición de la audiencia. Las transmisiones empezaban con una frase tan conocida como él mismo: “Se abren las puertas del buen humor”.

Algunos años después, el programa pasó a la cadena de radio RCN bajo el nombre *Las aventuras de Montecristo*; a las grabaciones asistían estudiantes fugados de clase, parejas de enamorados sin un peso en el bolsillo y vendedores ambulantes de los alrededores que hacían una pausa al mediodía para entregarle sus risas y aplausos a quien por entonces ya se presentaba, oficialmente, como Montecristo Santuario y Zuluaga.

El público gozó, por más de 50 años, con las ocurrencias de personajes creados e interpretados por él, como Montecristico, un niño malicioso que ponía en aprietos a los mayores con sus preguntas y comentarios; con la forma de hablar de Montecrisñato, el tartamudo de la familia; y con Montecristeso y Montecrispucho, los primos descarriados y de malas mañas. Todos estos personajes fueron creados e interpretados por él.

Pese a que su humor era costumbrista, y por lo tanto local, fue invitado a eventos internacionales. Una de las presentaciones que más recordaba fue en

1966, en la Plaza de Toros La Caletilla de Acapulco, en México, donde 35.000 personas esperaban impacientes al comediante mexicano Cantinflas, uno de los más famosos del mundo en esa época.

Montecristo era el encargado de abrir el *show*, estaba muy nervioso y se puso aún más cuando el público empezó a silbarlo; sin em-

bargo, continuó con sus chistes y poco a poco las personas fueron riendo a carcajadas, tanto así que antes de retirarse les repitió el primer chiste, el que no habían escuchado. “Si no me dejan contar este chiste, me hace daño”, les dijo emocionado. El reconocimiento no fue solo del público y de regreso al camerino Cantinflas le dijo: “¡Qué difícil es su trabajo, creo que usted es el mejor humorista de América!”.

El éxito de este comediante tuvo que ver, casi de manera irónica, con la seriedad con que asumió su trabajo, pues sabía que la posibilidad de hacer el

El éxito de este comediante tuvo que ver, casi de manera irónica, con la seriedad con que asumió su trabajo, pues sabía que la posibilidad de hacer el ridículo era inmensa.



ridículo era inmensa. Por eso era un observador atento, que combinaba con naturalidad burlas directas, ironías y expresiones con toques picantes. En los ensayos previos a las grabaciones radiales permanecía en silencio mientras sus compañeros representaban las voces de otros personajes: lo hacía para darse cuenta de los chistes que funcionaban y de los que debía reemplazar.

Quienes trabajaron con él lo recuerdan por su exigencia y su gran capacidad de trabajo. También porque al abandonar el personaje era un hombre sencillo y delicado. Además del halago de Cantinflas, recibió cerca de 200 condecoraciones y reconocimientos, los cuales entregó al museo que se construyó en su honor en El Santuario.

En sus últimos años dijo que ya no le importaba no haber sido médico, pues de cierta manera él también curaba: con la risa que provocaba desaparecían las tristezas. Su capacidad de encontrarle el lado cómico a la vida llegó incluso hasta su muerte, que lo sorprendió a los 73 años: “No es que tenga miedo a morirme, es que tengo miedo a estar ahí cuando suceda”.

En sus últimos años dijo que ya no le importaba no haber sido médico, pues de cierta manera él también curaba: con la risa que provocaba desaparecían las tristezas.



Caterine Ibargüen

La sonrisa de oro del atletismo

(Apartadó, Antioquia, 1984)

“Es mi momento, esa es mi estrella y voy pa ‘lante”.

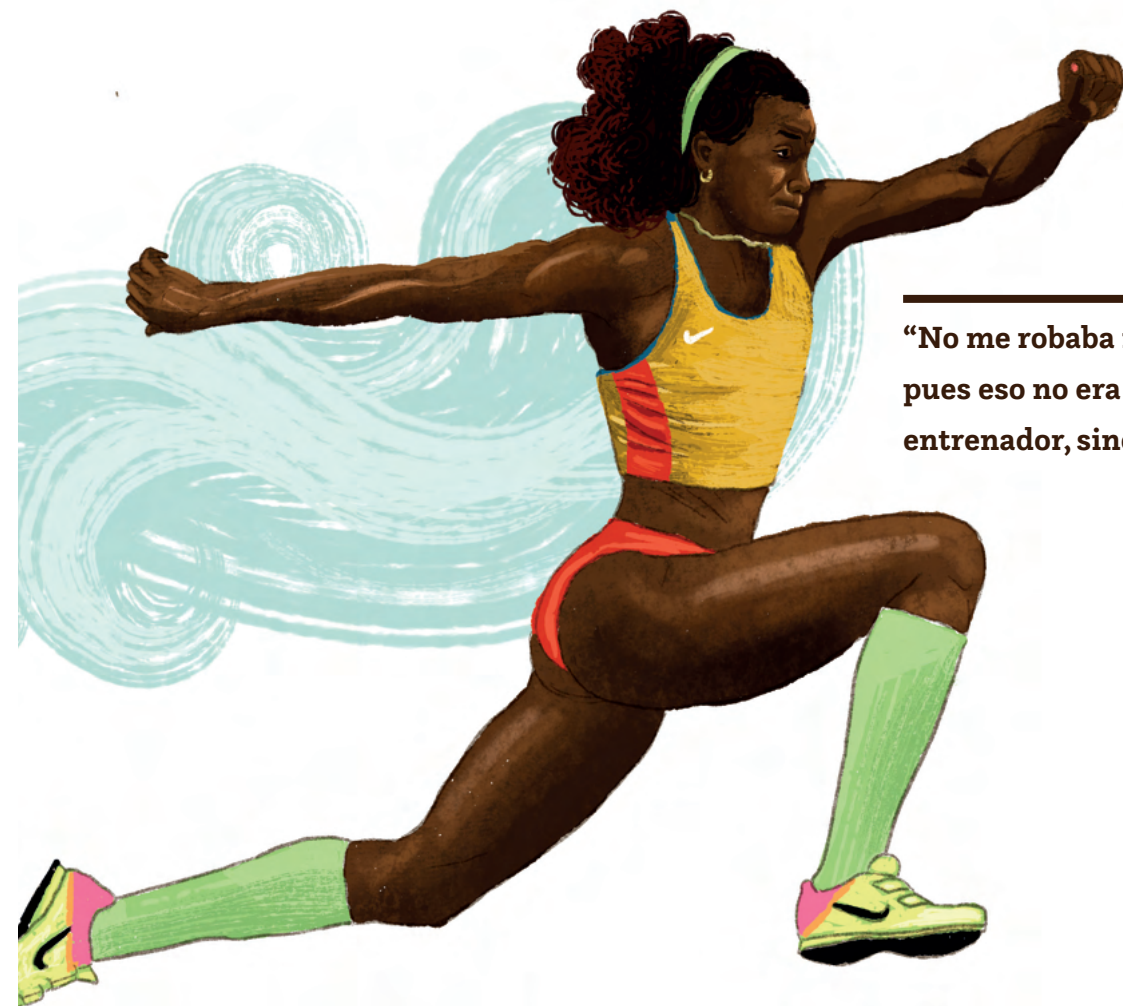
En la Escuela Heraclio Mena Padilla de Apartadó estudiaba Caterine Ibargüen, a quien todos reconocían por sus piernas kilométricas y la sonrisa explosiva que parecía revelar un fuego interior. También porque era la ganadora absoluta de las carreras de velocidad, sin importar si los contrincantes eran niñas o niños.

Esta espigada mujer competía en pruebas atléticas de 75 y 150 metros, y también en relevos por equipos. Además de correr, jugaba voleibol con las selecciones de Turbo y Apartadó. Su cuerpo, al parecer, estaba diseñado para destacarse en cualquier disciplina, lo cual llamó la atención de un entrenador de atletismo local, quien quedó sorprendido con los más de cinco metros que alcanzó a elevarse en los Juegos Intercolegiados de 1995.

El profesor le dijo que tenía todas las condiciones para ser una atleta de alto rendimiento, pero que debía irse para Medellín, donde tendría mejores espacios de entrenamiento y oportunidades de educación. Caterine, siendo apenas una adolescente, le consultó la decisión a su abuela Ayola Rivas, con quien vivían ella y su hermano desde que sus padres salieron de Urabá en busca de un trabajo para sostener, a distancia, a su familia.

Cuando le preguntan acerca de su niñez y juventud en Apartadó, Caterine es enfática: había pocas posibilidades de salir adelante y los recursos eran escasos,





“No me robaba ni una abdominal, pues eso no era hacerle trampa al entrenador, sino a mí misma”.

pero ni ella ni su hermano se acostaron un solo día sin comer, nunca pasaron hambre. Es más, según ha dicho, el tipo de alimentación que tuvo mientras crecía, a base de banano, plátano y pescado, fue lo que le dio su contextura física, esa fibra corporal especial que la hace ser tan poderosa en salto y velocidad.

En Medellín se especializó en tres modalidades del atletismo: salto alto, salto largo y salto triple. Su compromiso y sus ganas fueron evidentes desde el principio, nada se interpondría entre ella y su sueño de ser una medallista olímpica. “No me robaba ni una abdominal”, afirma Caterine, “pues eso no era hacerle trampa al entrenador, sino a mí misma, y luego, en las pruebas, no estaría tranquila pensando en esa abdominal que no hice”.

Su primer gran triunfo llegó en 2001 en los Juegos Bolivarianos de Ambato, en Ecuador, en los que ganó la medalla de oro en salto de altura, modalidad de la que sería campeona suramericana en 2004; sin embargo, esa no era la

especialidad en la que podía sacar su mejor potencial, ella estaba destinada a brillar en el salto triple. Nuevamente se desplazó de lugar, esta vez sería a Puerto Rico, a donde iría a entrenar. En esta isla caribeña aprovechó, además, para estudiar enfermería.

En 2012 llegó el momento de la verdad: los Juegos Olímpicos de Londres, la competencia para la que se había preparado desde que tenía 14 años. La suerte, sin embargo, no parecía estar a favor de Catherine, quien dos días antes de que comenzaran las pruebas de clasificación se lesionó el isquiotibial izquierdo, es decir, el músculo que está en la parte de atrás de la pierna, justo debajo del glúteo. Su entrenador era incapaz de mirarla a los ojos, sentía su mismo dolor, su misma frustración; era el final de un sueño.

Había que encontrar una solución provisional, lo que fuera, pensaba ella, lo único que importaba era correr y saltar un par de veces. El milagro por el que rogó con toda su fe llegó en forma de muslera ortopédica, una faja que le sujetó con fuerza el muslo, controlando un poco el dolor y evitando que el desgarró fuera peor. Catherine la ocultó bajo sus *shorts* lo que más pudo, pues, aunque podía utilizarla según el reglamento, no quería que sus contrincantes

Su entrenador era incapaz de mirarla a los ojos, sentía su mismo dolor, su misma frustración; era el final de un sueño.

supieran que sus condiciones no eran óptimas. Se encomendó a Dios, a la muslera y se dijo a sí misma: “Ya estoy aquí, calenté y puedo ejecutar el salto; solo necesito conseguir la marca para la final. Y ya en la final, que se me parta lo que se vaya a partir, que yo ya estoy aquí y estos son mis sueños”.

A la Pantera Negra, apodo con el que es conocida esta deportista, no se le partió nada, es más, fue la segunda mejor de la competencia: obtuvo la medalla de plata, a pesar de estar gravemente lesionada. Antes de subir al podio recorrió la pista atlética ondeando la bandera de Colombia, un gesto que ha repetido con orgullo en los Mundiales de Atletismo en Rusia y en China, en los que también quedó de campeona; y en las seis oportunidades en que ha ganado la Liga de Diamante, un evento de atletismo anual cuyo ganador, por disciplina, es quien más puntos acumule en todo el año.

No obstante, el salto de oro lo daría en 2016, en la ciudad brasileña de Río de Janeiro, donde Catherine logró el salto triple de 15,17 metros que le otorgaría la

tan anhelada medalla de oro en unos Juegos Olímpicos. Ese día, como de costumbre, se puso los aretes que le regaló su mamá cuando tenía 16 años, los mismos que, según dice, son su amuleto de la buena suerte, “tan importantes como los zapatos de competencia”.

También escuchó, como siempre antes de salir a la pista, un vallenato que le dedicó su mamá, y que ella asocia con su propia historia, una canción que dice: “Ay, cada quien tiene en la vida su cuarto de hora, que lo motiva, que lo entusiasma a ser triunfante. Es un momento de buena suerte que uno adora. Es mi momento, esa es mi estrella y voy pa’lante”.

Y así ha sido la trayectoria profesional de esta afrocolombiana de 1,81 metros de estatura, quien en 2021 cumplió 37 años; siempre para adelante con una sonrisa enorme, con una determinación inquebrantable. Su fortaleza, afirma, consiste en visualizar lo que quiere alcanzar y no rendirse hasta lograrlo; gracias a esto, es nada más y nada menos que la atleta más importante en la historia del deporte colombiano.



Rogelio Salmona

El transformador de ciudades

(París, 1929 – Bogotá, 2007)

“Las ciudades hay que pensarlas para ofrecer mejor calidad de vida, de goce y placer”.



A pesar de ser hijo de padre español y madre francesa, y de haber nacido en París, desde muy joven Rogelio Salmona se consideró colombiano. Más que por la nacionalidad que adoptó, se sentía colombiano por el hecho de dedicar su vida a repensar la arquitectura del país.

“Yo tuve una infancia feliz. Viví una niñez de comunidad, de amigos, de vecinos”, decía Salmona, y gran parte de esa felicidad tuvo que ver con la vida de su barrio, Teusaquillo, donde se instalaron sus padres cuando llegaron a vivir a Bogotá en 1931 huyendo de la complicada situación política en Europa. Fue en la tienda de la esquina, en el parque donde se encontraba con sus amigos, en las calles que recorría en bicicleta y en los jardines abiertos de las casas vecinas donde construyó el sentido de ciudad que sería fundamental en su desarrollo como arquitecto. Más que diseñar y dirigir la construcción de edificios, Salmona consideraba que creaba y unía espacios en las ciudades.

Desde muy joven entendió que adecuar los lugares a las necesidades de las personas mejoraba su calidad de vida. Por esto, una vez graduado como bachiller, comenzó a estudiar Arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia. En 1948, luego de tres semestres, la situación de orden público, generada por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, lo obligó a interrumpir sus estudios, mas no su formación. Aprovechando los vínculos con Francia, que le habían



permitido conocer al famoso arquitecto Le Corbusier, viajó a París con una oferta de trabajo como dibujante y aprendiz en su estudio.

Fueron casi 10 años los que pasó por fuera del país, durante los cuales amplió su visión de mundo, conoció elementos de distintas arquitecturas y se formó una identidad a partir de las culturas mediterráneas, el mundo prehispánico y la civilización árabe. En 1959 regresó a Bogotá y terminó sus estudios en la Universidad de los Andes, de donde se graduó en 1962.

A partir de ese momento dio a conocer sus ideas polémicas. Alguna vez dijo que en los parques había que dejar unas zonas en penumbra, para que los

“Hacer arquitectura en Latinoamérica es un acto político, además de ser estético y cultural”.

novios se pudieran besar, y el funcionario encargado de la iluminación pública lo miró sorprendido. Participó en varios proyectos, pero su condición de arquitecto progresista se consolidó en 1970 con el diseño del conjunto residencial Torres del Parque, en el

centro de Bogotá. El diseño curvado de los tres edificios hace que se acoplen a la Plaza de Toros La Santa María; pero lo más innovador fue que destinó dos terceras partes del terreno a jardines, senderos y plazoletas que, ante la ausencia de cerramientos, se incorporan al Parque de La Independencia, con-

formando una gran zona verde pública en medio de la ciudad, de la cual no solo los residentes se benefician.

En efecto, la defensa del espacio público, esas zonas de la ciudad donde cualquier persona puede estar, como parques, plazas, centros comunitarios y bibliotecas, es un distintivo suyo; él insistió en un modelo de ciudad abierta. En una sociedad llena de carencias, decía, el compromiso ético del arquitecto radica en posibilitar una vida digna y un sentido de comunidad a través de edificios entendidos como espacios abiertos y democráticos. “Las ciudades hay que coserlas”, sostenía Salmons, enemigo de los cercos que las dividen e impiden su desarrollo. El Centro Cultural Gabriel García Márquez, en el centro de Bogotá, le rinde tributo a esta idea: un edificio que se integra a la ciudad con amplios ventanales y múltiples patios circulares que fusionan a su esencia el paisaje urbano y el entorno natural, donde los conciertos, conferencias, representaciones, lecturas y debates han auspiciado la participación de muchos.

En una sociedad llena de carencias, decía, el compromiso ético del arquitecto radica en posibilitar una vida digna y un sentido de comunidad, a través de edificios entendidos como espacios abiertos y democráticos.

La selección de materiales locales es otra característica de su obra. El ladrillo, la madera y la piedra usados en sus diseños forman parte de la idea de arquitectura que tenía, en la cual el edificio no puede separarse del lugar en el que se halla. También incluyó el agua como elemento de conexión con el entorno, valiéndose de estanques, piscinas y canales, y entendió el paisajismo y el manejo de la luz como parte de su profesión. “El ladrillo

se hace con la mano, es tierra y da trabajo a mucha gente”, afirmaba Salmons, cuyos edificios construidos con este material se convirtieron en su sello inconfundible. Además, “su color es variable de acuerdo con la luz, y crea destellos y sombras muy bellos”.

Tenía fama de huraño y de exigente, y cuando daba entrevistas prefería hablar de su trabajo y no de su vida personal. “Lo que cuenta es la obra”, repetía. La excelencia que pedía a los demás también la esperaba de sí mismo. Cuando le preguntaban qué pensaba de sus edificios más importantes, contestaba: “Pienso que pude haberlos hecho mejor. Con el tiempo veo los errores”. Y fue generoso con su conocimiento, como revela su faceta de profesor universitario, y humilde frente a la enseñanza: “Yo no soy maestro”, corregía a quienes



se dirigían a él con ese título. Los muchos reconocimientos que recibió demuestran lo contrario.

Ocho años antes de morir le diagnosticaron un cáncer que no detuvo la disciplina con la que supervisaba sus construcciones. Sabía que los planos solo son una indicación y que los problemas se resuelven en la obra, hablando, explicando. “No pienso parar”, afirmaba cuando le sugerían retirarse, apoyado en el bastón que le ayudaba a objetar la derrota, que ni siquiera la muerte, en 2007, trajo consigo. Son muchas las obras póstumas suyas que se construyeron.

Rogelio Salmona consideraba que solo el tiempo podría calificar la relevancia de su trabajo, pues sostenía que únicamente la buena arquitectura perdura, mientras la mala desaparece. Sin embargo, desde ya es posible afirmar que su legado de espacios para la vida y lugares de encuentro cambió la manera de imaginar las ciudades, incentivando en ellas el sentido de comunidad. Quizá sea tan sencillo como esto: pensó la arquitectura para la gente.

Ángela Restrepo Moreno

La curiosa incansable

(Medellín, Antioquia, 1931 – Medellín, 2022)

“Con disposición y entusiasmo se alcanzan metas altas, metas que pueden cambiar el mundo”.

“¿Esto qué es? ¿Aquello para qué sirve? ¿Eso cómo funciona?”. Esas eran algunas de las preguntas que les hacía Ángela Restrepo Moreno a sus tías cuando iba de visita a donde su abuelo Julio Restrepo Arango, uno de los primeros médicos que se graduó en Colombia, y quien tenía su propia farmacia en casa.

Ese lugar le fascinaba. Con apenas seis años soñaba con utilizar los frascos y el microscopio que el abuelo había traído desde Francia; con él podía observar aquello que era prácticamente invisible para el ojo humano. Desde ese momento, y aunque todavía no lo podía dimensionar, el bichito de la microbiología la picó para siempre.

Luego continuó haciendo preguntas en La Presentación, el colegio de monjas donde hizo la primaria y el bachillerato. Era una estudiante excelente y sus padres apoyaban sus ansias de conocimiento; le permitían acceder a todas las lecturas y clases adicionales que quisiera, incluidas las de inglés, a las que asistía en las tardes. Su madre, sin embargo, tenía sentimientos encontrados frente a las preferencias de su única hija, pues le daba un poco de tristeza que no quisiera ir a bailar con otros jóvenes y que no le interesara ponerse bonitos vestidos. Pero respetaba sus deseos y era consciente de las capacidades intelectuales que tenía; por eso la dejaba tranquila con sus libros.





De su época escolar destacaba la influencia de una de las monjas, que motivaba a sus alumnas a seguir sus instintos, abrir los ojos y despertar antes de salir al mundo que las estaba esperando, un mundo en el que no debían pedir permiso, sino labrarse su propio camino. También recordaba al profesor de Fisiología, que les enseñó las funciones de los órganos del cuerpo y las enfermedades que los podían afectar, como aquellas producidas por los microbios. Con esta clase reapareció su interés por el universo de lo pequeño, el cual reafirmó con la lectura del libro *Cazadores de microbios* de Paul de Kruif, un científico estadounidense que se dedicó a encontrar organismos diminutos capaces de enfermar a las personas.

Estaba decidida: quería ser microbióloga, no ama de casa, como la mayoría de sus compañeras, ni entrar al convento como querían otras. Ella prefería vestirse con bata de laboratorio y estar detrás de los lentes de los microscopios. Pero había un gran problema: en Colombia no había donde estudiar Microbiología, lo más cercano era Medicina y su familia rechazaba esa opción, pues vería mucha sangre, cuerpos desnudos y otras cosas que, según ellos, podían impresionar a una mujer tan joven.

Era una estudiante excelente y sus padres apoyaban sus ansias de conocimiento; le permitían acceder a todas las lecturas y clases adicionales que quisiera.

Para fortuna suya, una de las compañeras del colegio también estaba interesada en seguir una carrera similar y como su padre era un médico respetado, sabía quién podía ayudarlas: Teresa Santa María de González, fundadora del Colegio Mayor de Antioquia, primera institución de educación superior para mujeres, donde tenían guardados los equipos necesarios para montar una técnica de laboratorio.

Ante la petición del médico, quien se comprometió a ayudar con la iniciativa, se abrió en 1950, con 25 alumnas, el programa Técnicas de Laboratorio. Uno de los requisitos para graduarse era cumplir con 1000 horas de práctica, las cuales realizó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. “Era dichosa en ese lugar, para mí no era trabajo, sino puro gozo”, contaba la doctora Ángela, quien era la encargada, entre otras cosas, de organizar todas las placas con muestras de microorganismos que los alumnos de Medicina debían analizar a través de los microscopios.

Después de tres años empezó a sentirse estancada en su labor, había un vacío en ella y la única manera de llenarlo era con más ciencia e investigación. De nuevo apareció la suerte en su vida, aunque, como bien decía, “no es porque fuera especial, sino porque sabía aprovechar oportunidades”. A la Universidad de Antioquia llegó un grupo de la Universidad de Tulane, ubicada en New Orleans, Estados Unidos, con el propósito de revisar el programa de Medicina de la facultad antioqueña y hacer recomendaciones; entre los visitantes estaba el jefe del Departamento de Microbiología de esa institución norteamericana, a quien Restrepo Moreno, gracias al inglés que había aprendido, pudo guiar durante los cinco días que duró su estadía.

Meses más tarde llegó el informe y una de las sugerencias era enviar a esa joven tan despierta, que además hablaba inglés, para que terminara de formarse en Tulane. A pesar de que ese era su sueño, lo pospuso dos años, pues se sentía incapaz de dejar solos a sus padres; pero cuando su papá supo de esta oferta le dijo que “estaba liberada de toda obligación de cuidadora, que debía continuar su camino y volver con muchos aprendizajes para luego transmitirlos a otros”.

Eso hizo. Y no solo obtuvo su grado de maestría, sino también de doctorado, para el que realizó un trabajo de investigación sobre un hongo llamado *Paracoccidioides brasiliensis*, porque la enfermedad que produce fue descubierta en Brasil. Este hongo, al que le dedicó gran parte de su carrera profesional, solo



Ángela Restrepo Moreno fue la única mujer invitada a la Misión de Sabios de 1993, que tenía el objetivo de analizar el potencial científico del país.

se encuentra en Latinoamérica, mas aún no se ha podido determinar su hábitat, lo que impide advertir a las personas para que eviten el contacto.

Sobre este hongo misterioso enseñó a sus alumnos de la Universidad de Antioquia durante varios años, y luego continuó investigándolo, por más de 25, desde la Corporación para Investigaciones Biológicas de Medellín, de la que fue fundadora y posteriormente directora científica.

En 1993 fue invitada a participar de la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo, conocida como la Misión de Sabios, que tenía el objetivo de analizar el potencial científico del país. El grupo estaba conformado por 10 de las mentes más brillantes de Colombia y Ángela Restrepo Moreno era la única mujer. Cuando le preguntaban por el motivo de su convocatoria a este destacado grupo, contestaba que no estaba segura, pero que, quizás, fue por tanto preguntar “¿por qué?”, algo que siguió haciendo hasta sus 91 años, edad en la que aseguraba tener “el tren del equipaje listo”.

Hasta el último día de su vida aprovechó su tiempo para aprender algo nuevo. Incluso leyó libros en alemán con ayuda de un diccionario; libros que le sirvieron para estimular las neuronas que, según ella, se estaban volviendo perezosas.



Abel Rodríguez Muinane

Los ojos de la selva

(La Chorrera, Amazonas, 1941)

“El hombre blanco no entiende que lo que le quita a la Naturaleza tiene que devolvérselo”.

Cuando a Abel Rodríguez le piden que describa el lugar donde transcurrió su infancia, señala sus dibujos y dice “era así como eso”. En ellos prima el verde, cuya abundancia de tonos usa para detallar los árboles y plantas que dominan el paisaje de la selva amazónica. El artista pertenece a la etnia de los nonuyas, uno de los muchos pueblos indígenas de Colombia en riesgo de desaparecer, y aunque hace más de 30 años se vio obligado a abandonar la comunidad, ahora le rinde tributo con sus dibujos.

Recuerda que de niño vivía “con las orejas paradas y la mente abierta”. Entre su gente, el conocimiento se transmite de generación en generación, y los mitos explican el origen de la vida. El cultivo de los alimentos se realiza a partir de la chagra, una práctica de agricultura sostenible que consiste en seleccionar un terreno para rozarlo de manera selectiva, sembrarlo, cosecharlo y luego abandonarlo, en un ciclo que permite la regeneración de la selva y evita el daño ecológico. Alrededor de la chagra, además, se construye un espacio de socialización y transmisión de conocimientos y saberes recopilados desde tiempos remotos, y que hoy se encuentran en peligro.

En la década del 90 Abel Rodríguez y su familia debieron marcharse a la ciudad. Las amenazas y extorsiones producto del conflicto armado eran el último capítulo de una larga historia de abusos a los que su pueblo se ha



visto sometido. Desde la Conquista, pasando por la Colonia y la explotación cauchera, las comunidades indígenas amazónicas han sido víctimas de atropellos que atentan contra su existencia. Sin embargo, él prefiere concentrarse en su arte. “La mejor vida es la que nace de uno mismo”, sostiene.

En el barrio de Bosa, en Bogotá, Abel Rodríguez comenzó a dibujar. Está lejos de su tierra, pero dice que aún puede cultivarla en la mente y en el papel. En tinta china representa la fauna y flora que recuerda, un paisaje que ayuda a conocer los ciclos de maduración de las frutas, de crecimiento de los cultivos, de las creencias de su pueblo, de la multiplicación de los animales. Sin formación académica, su talento se alimenta de la memoria visual y de la habilidad para documentar, a través de las imágenes, el conocimiento de su comunidad.

Las más de 400 láminas que ha realizado sirven como transmisoras de su cultura, pues sustituyen el lenguaje nonuya, que muy pocas personas todavía conocen. Las imágenes hablan, son narraciones visuales que mantienen viva una manera de entender el mundo y en ese sentido fomentan la diversidad. *Territorio de mito*, *Monte firme*, *Árbol de la abundancia* y *Ciclo anual del bosque de Vega*, los títulos de algunas de sus obras, representan esta mirada.

Además de dibujante, Abel Rodríguez es un experto en cestería. A partir de diferentes fibras, obtenidas de bejucos, hojas, raíces y cortezas, teje canastos, chinchorros, cedazos

En tinta china representa la fauna y flora que recuerda, un paisaje que ayuda a conocer los ciclos de maduración de las frutas, de crecimiento de los cultivos, de las creencias de su pueblo, de la multiplicación de los animales.

y balayes. Estos últimos son unas cestas de poca profundidad que se emplean para llevar, guardar o filtrar los alimentos. Los canastos, en su cultura, son símbolo de abundancia. Según él, llegaron a su pueblo a través de relatos mitológicos, a partir de los cuales aprendieron a entrelazar los tejidos para crear diferentes tramas, cada una con un propósito específico y un significado.

La Fundación Tropenbos, cuyo objetivo es fortalecer, promover y divulgar los saberes tradicionales con el fin de conservar la diversidad cultural y biológica del planeta, identificó en los dibujos de Abel un gran potencial. Por eso, conformó con él un equipo de trabajo para rastrear la fauna y flora del bosque amazónico, que cada año pierde miles de hectáreas debido a la deforestación producto de la minería ilegal, los cultivos ilícitos, la ganadería y la tala indiscriminada, y con ellas cientos de especies irrecuperables. De la mano de los investigadores aprendió a detallar las partes de las plantas que luego dibuja, en una labor que combina arte con botánica, y a transmitir los nombres comunes en contraste con los científicos: mano de tigre, plátano enano, cangrejo y guamo boa son apenas algunos de ellos.

La valoración de sus dibujos es también la valoración de su cultura, durante siglos menospreciada.

A Abel Rodríguez le dicen “el sabedor”, pero esto no impide que abra su mente a nuevos aprendizajes. Es consciente de que los tiempos han cambiado, pero con su labor propone sumar a los nuevos conocimientos los conocimientos anteriores.

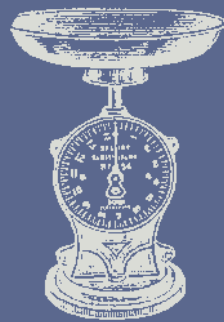
El éxito de sus obras en el mundo del arte, al cual llegó accidentalmente, es una reivindicación, pues desmiente la idea de que el arte lo hacen las culturas dominantes y demuestra que también les pertenece a culturas pequeñas, como las etnias indígenas, y que es uno de los pilares para la preservación de su conocimiento. Además, es el testimonio de un pueblo históricamente explotado y marginado, por lo que han recibido de manera injusta los apelativos de “salvajes” y “bárbaros”. La valoración de sus dibujos es también la valoración de su cultura, durante siglos menospreciada.

Y es que la obra de Abel Rodríguez no solo ha circulado en el circuito del arte colombiano: también es reconocida en el ámbito internacional. En 2020 presentó sus ilustraciones en la Bienal de Toronto, Canadá, y en 2022 expone en la Bienal de Sydney, Australia. Como si fuera poco, en 2014, el sabedor

nonuya recibió el Premio Príncipe Claus, que el Gobierno de Holanda entrega a artistas excepcionales. En palabras del jurado, su obra “da a conocer la visión del mundo del indígena como fuente de conocimiento para el bien común, llamando la atención sobre las habilidades, talentos, legados y derechos de las comunidades indígenas; y por estimular el intercambio intercultural, dentro de un contexto de violencia y discriminación”.

Lo más maravilloso de la expedición botánica que Abel Rodríguez realiza a través de sus dibujos es que ocurre desde un sencillo butaco, en el que se sienta por horas a dibujar. Desde allí explora el pasado de su etnia y los territorios que le pertenecen; incursiona en sus recuerdos, a partir de los cuales reconstruye un lugar que abandonó hace más de 30 años; se aventura en el ámbito artístico que conquista con candidez. “No me falta nada”, dice, mientras propaga en el papel la exuberancia del Amazonas.





Hacer destino

Por: Alberto Quiroga

En la vida todos tenemos un oficio. Algunos lo heredamos de nuestros padres, como el de ser agricultor, deportista, médico, pianista, pastor o costurera.

Otros soñamos desde niños con ser bomberos, maestros o ingenieros, y no falta quien se ve a sí mismo viajando por el espacio en traje de astronauta, haciendo reír a los demás como comediante o con el ojo pegado a un telescopio como un científico espacial.

Muchas veces, casi sin darnos cuenta, la vida decide por nosotros. Y una mañana, sin querer queriendo, muchos descubren que son cantores, cu-lebreros, zapateros, pianistas, artistas de circo, pilotos de avión o especialistas en enfermedades tropicales de la piel.

Para que nos entendamos, digamos que un oficio y una profesión son más o menos la misma cosa. En ambas estamos hablando de habilidades, de trabajo, de dedicación, de disciplina y del tiempo que cada persona dedica a forjar su destino, a ganarse la vida. Tiempo que bien contado, sumado día tras día, semana tras semana, año tras año, puede llegar a ser casi todo el tiempo de nuestra vida.

Como pasamos tanto tiempo trabajando, lo ideal es que nos guste el oficio que tenemos. Un marinero al que no le gusta el agua, un vaquero que les tiene miedo a las vacas, un carpintero alérgico a la madera, un pintor que odia los colores o un científico que no soporta tener alguna duda, pueden llevar una vida muy triste.

El que ama su oficio y lo hace bien disfrutará de lo mejor de la vida.

Gabriel García Márquez

El Nobel del Caribe

(Aracataca, Magdalena, 1927 – Ciudad de México, 2014)

“La ficción es más fácil de hacer creer que la realidad”.



Gabriel García Márquez solo pasó los primeros ocho años de su vida en Aracataca, Magdalena, un pueblo del Caribe colombiano en el que vivió con sus abuelos, pero allí se formó una idea del mundo sobre el que escribiría por el resto de su existencia. “Es difícil que haya una línea, en alguno de mis libros, que no se haya originado en mi infancia”, sostenía. Cuando abandonó su pueblo natal para regresar con sus padres, ya la suerte estaba echada: sería uno de los escritores más reconocidos de la literatura universal.

El primer libro con el que tuvo contacto en su infancia estaba en el estudio de su abuelo Nicolás Márquez, un veterano de la guerra de los Mil Días: era un enorme diccionario en el que tenía una fe ciega. “Lo sabe todo y nunca se equivoca”, decía el coronel. Más tarde García Márquez llegaría a la conclusión de que el lenguaje está vivo, pues son las personas en su día a día quienes lo transforman.

Por el contrario, su abuela, Tranquilina Iguarán, era una mujer de relatos orales en los que vivos y muertos componían una misma realidad. En sus historias, trataba lo irreal y extraño como algo cotidiano y común. Cuando leyó *Las mil y una noches*, la recopilación de cuentos orientales narrados de la misma manera, García Márquez confirmó que podía escribir empleando ese tono. De aquí surge el término *realismo mágico* por el cual su obra es reconocida.



García Márquez llegó a la conclusión de que el lenguaje está vivo, pues son las personas en su día a día quienes lo transforman.



A los 14 años obtuvo una beca para estudiar en el Liceo Nacional de Zipaquirá, cerca de Bogotá y lejos de su familia, y a partir de entonces debió recorrer el río Magdalena con frecuencia. Siempre le impresionó la belleza del trayecto en un barco de vapor y luego en un tren que escalaba la cordillera; en contraste con Bogotá, una ciudad fría, donde todo el mundo vestía de negro. Durante los cuatro años que pasó en el colegio y los años posteriores en la capital, donde cursó algunos semestres de Derecho y trabajó para el periódico *El Espectador*, pudo conocer las diferencias del país y afirmar sin duda: “En Bogotá creen que Colombia es Bogotá”. Su escritura se encargaría de desmentir esa idea mostrando realidades de la costa caribe.

La violencia desatada en la capital tras el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán lo obligó a trasladarse a Cartagena. Para entonces era un lector incansable y agudo, y sabía que quería dedicar su vida a la escritura. Primero trabajó en el periódico *El Universal*, de Cartagena, y luego como columnista para *El Herald*, un periódico de Barranquilla. Aseguraba que el periodismo era la mejor profesión del mundo, pues exige leer mucho para formarse una amplia base cultural. Hoy, sus textos periodísticos son considerados tan notables como los ficcionales.

En Barranquilla vivió unos años de gran estímulo intelectual. Allí se vinculó a un grupo de jóvenes con los que leyó a autores clásicos y contemporáneos, a quienes estudiaban.

También discutían sobre cine, periodismo, política y arte. Los miembros del Grupo de Barranquilla, como se les conocía, fueron responsables de un movimiento que transformó la cultura del país.

En 1954 retornó a la redacción de *El Espectador*, donde publicó *Relato de un naufrago*, una crónica que demuestra su habilidad para narrar los acontecimientos. Un tiempo después viajó a Europa como su corresponsal. Allí obtuvo una nueva perspectiva de América Latina, un continente que, en comparación con Europa, consideró lleno de vida. En 1956 el periódico fue clausurado por orden de la dictadura de Rojas Pinilla, y García Márquez se encontró solo en París, desempleado y sin dinero. Lo que pudo ser una desgracia, en realidad se convirtió en la oportunidad perfecta para escribir *El coronel no tiene quien le escriba*, la cual consideró su obra maestra, en parte porque la situación de precariedad del personaje, un coronel jubilado de la guerra de los Mil Días que espera una pensión de jubilación que nunca llega, era la misma suya mientras escribía; esto le permitió fundir la ficción y la realidad, un tema recurrente en su escritura.

En 1958 se casó con Mercedes Barcha, a quien había conocido cuando él tenía 13 años y ella nueve, y por el resto de su vida conformaron un matrimonio sólido. Mercedes lo apoyó en la empresa más difícil: la escritura de *Cien años de soledad*, la novela que pensó durante 18 años y en la que trabajó sin descanso durante 18 meses. En aquel tiempo, ella se encargó de hacer rendir el poco dinero que tenían.

En *Cien años de soledad* retrató la realidad exuberante, fértil y diversa de América Latina a través de Macondo, una aldea perdida en la zona bananera del Caribe, símbolo de todo un continente.

La consagración como uno de los mejores escritores de su tiempo no se hizo esperar. El libro no solo fue un éxito en ventas, sino que recibió de la crítica, en la que García Márquez no creía, los mejores comentarios. En *Cien años de soledad* retrató la realidad exuberante, fértil y diversa de América Latina a través de Macondo, una aldea perdida en la zona bananera del Caribe, símbolo de todo un

continente. “Por fortuna”, aseguraba García Márquez, “Macondo no es un lugar, sino un estado de ánimo que le permite a uno ver lo que quiere ver, y verlo como quiere”.

En 1982 recibió el Premio Nobel de Literatura, el máximo honor que puede concederse a un escritor y que tiene en cuenta toda su obra. A la ceremonia de entrega se presentó vestido con un liqui liqui blanco, el traje de gala de la región caribe que usaron sus antepasados, y dio un discurso que es por sí solo una notable pieza literaria. En él denuncia la incompreensión a la que históricamente se ha visto sometida América Latina e invita a encontrar nuevos recursos para expresar su identidad.

Si fuera necesario precisar solo una característica de su personalidad, sería la lealtad. Fue leal a sus amigos, por los que renunció a trabajos a pesar de necesitarlos; a sus convicciones políticas, por las que debió abandonar su país para radicarse en México; a su tierra, que llevaba puesta en estridentes camisas de flores; a su familia, que consideraba su norte, y a su obra, por la que, después de su muerte en 2014 y hasta el fin de los tiempos, será recordado.



Débora Arango Pérez

Una artista provocadora

(Medellín, Antioquia, 1907 – Envigado, 2005)

*“Me gusta la Naturaleza en todo su esplendor:
por eso pinto paisajes y desnudos”.*

Desde 2016 un gran número de colombianos ha tenido a Débora Arango Pérez en sus manos y, quizás, no se ha dado cuenta. ¿Cómo es posible? La respuesta está en el nuevo billete de 2000 pesos, en el que aparecen dos imágenes de la pintora antioqueña, perteneciente al movimiento de arte expresionista, el cual se caracteriza por que en las obras priman los sentimientos del artista y no la descripción objetiva de la realidad.

Este homenaje se lo hizo el Banco de la República por ser una de las protagonistas de la historia del país, y no solo en el ámbito cultural, sino también en el político y el social, ya que utilizó su pintura como voz de protesta en contra de la violencia, la pobreza y la doble moral. Ella quiso, igualmente, reivindicar el papel de la mujer y movilizar a la sociedad. “Está en nuestras manos aportar al cambio del país”, decía ella, “lo cual es posible desde nuestro quehacer”.

Su sensibilidad artística se manifestó desde muy joven en las clases de confección y costura del colegio, lo que la motivó a continuar su formación en el Instituto de Bellas Artes de Medellín, al que ingresó con una carta de recomendación del escritor y filósofo envigadeño Fernando González. También recibió el apoyo de su familia, especialmente de sus padres, quienes anteriormente le habían permitido romper otras reglas de la época: la dejaron ponerse pantalones. Además, fueron cómplices la tía Francisca, que le dio acceso a una biblioteca





“Está en nuestras manos aportar al cambio del país”, decía ella, “lo cual es posible desde nuestro quehacer”.

en la que encontró escritores de todas las tendencias; sus hermanos estudiantes de Medicina, en cuyos libros estudió el cuerpo humano; y Elvira, la hermana que le sirvió de modelo para sus pinturas de desnudos.

En Bellas Artes fue alumna del maestro Eladio Vélez; con él aprendió a dibujar figuras y naturalezas muertas, y practicó el retrato. Pero la rutina académica la aburría y la institución le parecía muy convencional. Allí no eran bien recibidos sus retratos desafiantes protagonizados por personajes tradicionalmente rechazados, como las prostitutas, a quienes pintó como ella consideraba debido: desnudas. Así lo hizo en la acuarela *Friné* o *Trata de blancas*, en cuyo centro aparece la figura de una mujer blanca, con el torso descubierto, intimidada por la mirada de los hombres que la rodean.

Su aprendizaje continuó, más informalmente, con otro gran maestro: Pedro Nel Gómez, quien acababa de regresar de Italia y tenía por encargo decorar con murales el Palacio Municipal. Su estilo descarnado y el uso de colores fuertes, casi agresivos, suscitaron en Arango gran admiración. Así quería pintar ella: “Sus frescos me revelaron algo que hasta entonces desconocía, algo que no había tenido ocasión de comprender. Gómez abrió ante mí un nuevo e inmenso campo de realización”.

A partir de entonces no solo pintó desnudos femeninos, sino que se atrevió a satirizar a reconocidos políticos, a los que representó

con figuras de animales. En el óleo *La salida de Laureano* está, precisamente, Laureano Gómez, expresidente conservador, retratado como un gran sapo cargado en una litera por cuatro gallinazos. De la política nacional también dio cuenta en *La República*, una acuarela en cuya base está la imagen de una mujer desnuda a punto de ser devorada por dos aves de rapiña; la mujer representa a Colombia y las aves, a la clase dirigente. Estos son apenas dos ejemplos de lo que Arango hacía con su arte: evidenciar lo que muchos pensaban, pero no se atrevían a decir.

Las voces críticas, sin embargo, no tardaron en llegar, y sus obras fueron calificadas como obscenas e inmorales. De hecho, la Liga de la Decencia, un grupo de mujeres de la sociedad de Medellín, denunció a la artista ante la Iglesia católica y por poco logran que fuera excomulgada. El sacerdote de su parroquia, quien conocía su fe, evitó el castigo de la excomuni3n, un gran alivio para la

No fue una rebelde, fue una revolucionaria, pues no iba en contra de las normas establecidas porque sí, por simple desobediencia, sino porque tenía un mensaje que entregar con sus pinturas.

pintora que siempre le pedía a Dios que bendijera su trabajo. Ella solía decir que no se separaba de Dios ni un instante, y en defensa de sus pinturas decía que aquello que estaba en sus lienzos era, simplemente, lo que le hacía sentir aquello que la rodeaba.

A pesar de su determinación y de ignorar a sus detractores, no pudo hacer nada en contra de las acciones que algunos de estos em-

prendieron con el propósito de invisibilizar su obra, tal como ocurrió con su primera exposición individual en Bogotá, en 1940, la cual fue cerrada por orden de un político. Lo mismo le ocurrió años después en una muestra en España, donde sus cuadros fueron descolgados sin ninguna explicación.

Los malos tratos, los insultos e incluso las amenazas que recibieron tanto ella como su familia la llevaron a aislarse en Casablanca, su casa-taller en Envigado. Allí siguió pintando óleos y acuarelas, y también elaboró zócalos, baldosines y murales en cerámica cocida.

En los años 80 empezó su reivindicación artística gracias a que los historiadores y críticos de arte reconocieron su obra como un testimonio único, radical y femenino de los momentos más importantes de la historia moderna de Colombia. En la Biblioteca Pública Piloto y el Museo de Arte





Moderno, ambos en Medellín, se exhibieron sus acuarelas, óleos y cerámicas. Posteriormente, muchas de las piezas fueron donadas por la artista a este museo y ahora pueden verse allí de manera permanente.

Débora Arango solo dejó de trabajar unos años antes de su muerte, cuando las limitaciones naturales de un cuerpo que se aproximaba a los 100 años le impidieron usar con precisión sus queridos pinceles. El paso de los años, como ha ocurrido con otros artistas, se ha encargado de darle el lugar que se merece en la historia de Colombia porque ha contribuido con un inmenso legado cultural y con su ejemplo, el de una mujer que nunca se apartó de sus ideas.

Quienes han estudiado su vida coinciden en que no fue una rebelde, fue una revolucionaria, pues no iba en contra de las normas establecidas porque sí, por simple desobediencia, sino porque tenía un mensaje que entregar con sus pinturas, un mensaje en favor de los oprimidos. Un mensaje en contra de todo aquello que fuera señal de injusticia.

Francisco Lopera

El guardián de la memoria

(Santa Rosa de Osos, Antioquia, 1951)

“La memoria es la función mental que nos ubica en la historia. Sin memoria no tenemos historia, y sin historia estamos perdidos como sujetos”.

Francisco Lopera Restrepo envidiaba a sus tres hermanas mayores porque ya sabían leer; él no podía hacerlo, pues aún no había cumplido ocho años, edad requerida para ingresar a la escuela de Aragón, un corregimiento de Santa Rosa de Osos. Sus ansias se debían a que estaba convencido de que la lectura le permitiría conocer todo el universo y por eso les insistió a sus padres para que encontraran una solución. Fue así como llegó a la guardería de la señorita Inés, donde, por fin, aprendió a leer.

Su familia era numerosa, compuesta por 13 hijos, la madre y el padre, un campesino que tenía una tienda de alimentos en este territorio lechero del norte de Antioquia. De allí tuvieron que mudarse porque la escuela no tenía bachillerato; se trasladaron a Yarumal, un municipio cercano, donde él y varios de sus hermanos ingresaron a la iglesia como monaguillos, labor por la que les pagaban 30 pesos al mes; “¡una fortuna que nos permitía estrenar tenis cada año!”, recuerda Lopera, a quien el cura le propuso que continuara con su formación religiosa en el Seminario de Santa Rosa de Osos. Al principio dudó de la propuesta, pues quería ser un misionero, no un párroco, pero el cura, convencido de que tenía vocación, le dijo que ensayara y que, a cambio, le seguiría dando su sueldo de monaguillo. “Ante semejante oferta tuve que aceptar, pero como no era lo mío, al poco tiempo regresé a Yarumal a terminar mis estudios”.



En la época escolar empezó a leer el suplemento literario, cada domingo, en el periódico *El Espectador*; sus relatos favoritos eran sobre ovnis y otros enigmas espaciales; quería saber todo cuanto pudiera sobre esto, por lo que estudiar astronomía se convirtió en el plan a seguir. Sin embargo, otro artículo de prensa cambió su rumbo: leyó que los ovnis no existían en realidad, sino que eran producto de lo que pasaba en la mente de las personas, lo cual le pareció aún más intrigante. Para comprenderlo, sería médico, pero antes debía convencer a su papá.

“En ese entonces pensar en la universidad era un imposible, más para un muchacho de pueblo. En Yarumal había apenas un par de universitarios, los admirábamos, queríamos ser como ellos”, cuenta Lopera, quien tuvo que pedirle a una tía que intercediera ante su padre. Ella le escribió una carta diciéndole que su sobrino era inteligente y que, además, el estudio en Medellín no sería tan costoso como él imaginaba. Su padre, finalmente, aceptó y lo apoyó en la decisión de irse para la ciudad a terminar el último año de bachillerato, pues así tendría más posibilidades de ingresar a la Universidad de Antioquia.

“El premio más significativo que he recibido en mi vida fue el día que abrí la carta de la Oficina de Admisiones de la universidad, en la que me informaban que había sido aceptado como estudiante de Medicina. Ese día me sentí médico porque sabía que en adelante todo dependía de mí. Solo necesitaba una oportunidad y la tuve”, afirma el doctor

Lopera, quien luego de graduarse se especializó en Neurología para poder estudiar más detalladamente el funcionamiento del cerebro.

En 1984, cuando hacía sus prácticas en neurología clínica, conoció a un paciente que, con apenas 47 años, había perdido la memoria y las capacidades mentales a tal punto que ya no podía trabajar y necesitaba de alguien que lo cuidara todo el tiempo. El diagnóstico fue demencia tipo alzhéimer, sufría de una enfermedad que hace que las conexiones de las células del cerebro se degeneren y mueran.

Este paciente le recordó a su abuela paterna, a quien hacía unos años había visitado con su padre. Fue una de las pocas ocasiones en las que lo vio llorar, estaba desconsolado porque ella no podía caminar ni hablar, y tampoco lo reconocía a él ni a su nieto. Lopera sintió mucha impotencia, no podía creer que no hubiera cura para una enfermedad tan cruel que hacía que al cuerpo se le olvidara vivir. Y es que a quienes sufren de esta *peste de la memoria*, como él la llama, les es imposible precisar el tiempo y el espacio en el que se encuentran, no pueden construir nuevos recuerdos y van perdiendo los que ya tienen almacenados. Es una tragedia que no solo afecta al paciente, sino

Cuando Lopera supo que los ovnis eran producto de la mente de las personas, decidió estudiar medicina; así comprendería lo que pasaba por sus cabezas.

a todos a su alrededor. “Solo cuando se hace evidente el derrumbe de la mente, es posible valorar lo maravilloso que es ser consciente de ser parte del milagro de la vida”, asegura Lopera, quien lleva más de 30 años investigando cuál es la causa de esta enfermedad y si es posible curarla, prevenirla, o, por lo menos, retrasar su aparición.

Sus investigaciones, llevadas a cabo con el grupo de Neurociencias de la Universidad de Antioquia, han permitido descubrir que en Yarumal, y otros municipios cercanos, está la población más grande del mundo que sufre de alzhéimer hereditario con inicio precoz, un tipo específico de esta condición que ahora se conoce como mutación paísa y cuyos pacientes empiezan a desarrollar síntomas alrededor de los 44 años. En este proyecto conocieron a Aliria, una mujer humilde que mostró una pista de la posible cura para este mal que afecta a más de 50 millones de personas en el mundo. La importancia de haberla encontrado tiene que ver con que ella no solo era portadora de la mutación del alzhéimer precoz, o sea, de aparición temprana, sino de otra mutación que



retrasaba sus consecuencias, razón por la que su enfermedad comenzó a los 72 años, y no a los 44. Ella portaba, al mismo tiempo, la enfermedad y la cura.

Tras la muerte de Aliria, su familia le donó el cerebro a la ciencia. Gracias a esto, se podrá conocer cómo estaba protegido, lo que ayudaría a fabricar un medicamento que actúe de la misma manera que lo hacía su mutación protectora demorando la aparición de los síntomas. “El mensaje que nos deja esta mujer es sencillo: leer e imitar la Naturaleza; si leemos bien cómo la mutación defendió al cerebro de Aliria del alzhéimer, podremos replicarlo y cambiar el curso de esta enfermedad”, explica el doctor, quien una vez más pudo comprobar por qué era tan importante aprender a leer lo antes posible.

El alzhéimer sufrido por su abuela paterna le produjo tanta tristeza que decidió encontrar la cura para esta enfermedad que acaba con la memoria.

Petrona Martínez

La reina del bullerengue

(San Cayetano, Bolívar, 1939)

“La música es alegría, vida y salud”.

Una mañana de agosto, como cualquier otra, Petrona Martínez salió de su casa, caminó hasta un arroyo cercano y se dispuso a hacer lo de siempre: lavar la ropa y sacar algo de arena para venderla a los constructores de Palenque, corregimiento del departamento de Bolívar, donde vivía con su esposo y siete hijos. Realizó sus labores como había hecho por más de 30 años, cantando al son de la cumbia, la puya y el porro, los ritmos que conoció desde niña en San Cayetano, pueblo en el que nació.

Un músico que pasaba cerca alcanzó a escuchar aquella voz vigorosa y se acercó a ver a quién pertenecía; descubrió que era de una negra maciza de ojos verdes, a quien de inmediato imaginó en tarima, acompañada de una tambora, una gaita, algunas maracas y el ritmo de las palmas y coros. Le comentó que en un municipio cercano estaban buscando vocalistas para un nuevo grupo folclórico y que ella sería perfecta. “Esta mujer canta más que Celia Cruz”, le dijo al organizador de *Los Soneros de Gamero* cuando le presentó a la señora Martínez. Planearon, entonces, su debut musical oficial; ella lo tomó con mucha tranquilidad, pues, como dice, “lo que conviene a casa viene”.

Además, cantaría como lo había hecho desde niña, sin pretensiones, siguiendo el ejemplo de su papá, un parrandero legendario que iba de pueblo en pueblo cantando puyas gozonas, y de su abuela y bisabuela, quienes convertían las





labores domésticas en verdaderas fiestas de bullerengue, género musical del Caribe colombiano que se caracteriza por ser un baile cantado, cuya danza realizan solamente las mujeres.

De sus mayores había aprendido que no era necesario tener una educación formal para componer, porque la música es tan natural como respirar y bastaba con observar lo que pasaba a su alrededor. Cualquier asunto, por simple que pareciera, podía convertirse en una canción para ser bailada. En la canción *La vida vale la pena*, por ejemplo, alienta a su familia a continuar con su trabajo: “Cuando vine a Palenquito yo vi la vida en un hoyo; me dediqué con mis hijos a sacar arena del arroyo. Oye, mi chale, la vida vale la pena; coge la pala en la mano, vamos a sacar la arena”.

Un par de años después, y ante la buena acogida que tuvieron sus presentaciones, formó su propio grupo: Petrona Martínez y Los Tambores de Malagana. Les decían *los vejestorios* porque todos los integrantes pasaban de los 50 años y ninguno había grabado jamás un disco. Esto hace que la historia de esta cantadora sea tan llamativa, pues no es común que una carrera musical exitosa comience a los 45 años.

Antes de llegar a los escenarios de todo Colombia y de países como Inglaterra, Canadá, Brasil, Alemania, Francia, Marruecos y Malasia, la historia de Petrona Martínez era la de una mujer humilde que desde pequeña tuvo que buscar cómo ganarse la vida. Vendía

cocadas, lavaba ropa ajena y esperaba con paciencia la temporada de mangos para salir a ofrecerlos a las calles. Cuidaba de sus hijos, de su esposo Tomás y del pedazo de tierra que tenían en Palenquito, un rincón ubicado a 10 minutos de San Basilio de Palenque, considerado el primer pueblo libre de América, el lugar al que escapaban los esclavos africanos para vivir con total independencia y donde pudieron asegurar que sus costumbres, entre ellas la música que heredó Petrona Martínez, sobrevivieran.

De allí se resiste a salir, a pesar de que ahora cuenta con los medios para vivir en una ciudad con más comodidades. “A mí nadie me echa el cuento cuando se trata de sembrar una yuca, un ñame o un maíz. No me duele el brazo para alzar el machete y cortar un palo pa’l fogón. A todos les digo, déjenme ser feliz en mi casa, en mi patio, con mi negro Tomás y con mis nietos”, afirma la

De sus mayores había aprendido que no era necesario tener una educación formal para componer, porque la música es tan natural como respirar y bastaba con observar lo que pasaba a su alrededor.

artista, nominada en dos oportunidades a los Grammy Latinos, los premios más importantes de la música en español.

En ambas ocasiones, Martínez respondió al reconocimiento con una amplia sonrisa. “Qué bonito. Es que en la vida hay tiempo y hay tiempitos. El primero es cuando nos llegan las cosas en abundancia, como los aplausos y los reconocimientos. Los tiem-

pitos son esos días en que aparecen las dificultades, pero que también hay que saber llevar”.

Sin embargo, esas distinciones, aunque las reciba con tanta naturalidad, tienen una enorme trascendencia, por cuanto fortalecen un legado musical que en estos tiempos modernos podría desaparecer ante la popularidad de otros géneros. “Gracias a ella se mantiene viva esa tradición oral de las cantadoras del Caribe. Detrás de sus composiciones siempre hay una historia que retrata la vida en esa región del país, con la que muchos se pueden sentir identificados y que seguro te hace bailar, seas de donde seas”, dice el gaitero de su grupo. Esto lo confirma la distinción que recibió en 2015, cuando ganó el Premio Nacional Vida y Obra del Ministerio de Cultura, el máximo reconocimiento a aquellos ciudadanos que a lo largo de su vida han contribuido de manera significativa al enriquecimiento de los valores artísticos y culturales de Colombia.



Con sus más de 180 canciones compuestas ha influenciado a las nuevas generaciones de músicos, con quienes ha colaborado hasta en versiones electrónicas. Gracias a esto, el bullerengue dejó de ser casi invisible y ahora se escucha en escenarios impensables, en los que se ve a esta cantadora tal como dice su canción *Tierra santa*: “Con su blusa blanca, su pollerita rizada. Petrona Martínez, caramba, bonito que canta”.

En 2019 celebró sus 80 años con su familia, que sigue creciendo: tiene más de 40 nietos y también es bisabuela de otros tantos. Algunos de sus descendientes han seguido sus pasos: tres de sus hijas cantan, dos componen y su hijo toca el tambor. “Es que lo que uno ha vivido con amor es muy difícil que se le borre”, confirma esta mujer cuya voz fue descubierta en el arroyo de Lata, al lado del cual piensa morir cuando le llegue su momento. “Eso ya lo decidí, ahí me pienso morir, cantando, feliz, mis bullerengues”.

Antes de llegar a los escenarios de todo Colombia y de países como Inglaterra, Canadá, Brasil, Alemania, Francia, Marruecos y Malasia, la historia de Petrona Martínez era la de una mujer humilde que desde pequeña tuvo que buscar cómo ganarse la vida.



Carlos Enrique Osorio

El agricultor ecológico

(La Ceja, Antioquia, 1953)

“El verdadero desarrollo se encuentra en el equilibrio del cuerpo, el alma y la mente con la Naturaleza”.

Carlos Enrique Osorio Osorio creció en la vereda La Milagrosa, ubicada en El Carmen de Viboral, en un hogar campesino rodeado de sembrados de papa, maíz y frijol. Su padre y dos hermanos mayores trabajaban como jornaleros en esos cultivos; les pagaban por arrancar las malezas, preparar la tierra, plantar las semillas, abonarlas, regarlas y cuidar su crecimiento hasta que la cosecha estuviera lista para ser vendida. Mientras tanto, Carlos asistía a la escuela rural, en la que solo había dos cursos: primero y segundo de primaria.

“La profesora tenía que poner un tablero de dos caras en medio del salón; en un lado sentaba a los de primero y, en el otro, a los de segundo. Nos tirábamos aviones de papel por encima del tablero, mientras ella hacía lo que podía”, recuerda Carlos, quien a los 10 años tuvo su primer trabajo en una finca vecina. Cargaba leña para hacer el almuerzo de los jornaleros y le pagaban dos pesos al día.

En ese entonces, la agricultura tradicional era muy natural, no se utilizaban químicos para proteger los cultivos, sino remedios caseros. Pero la forma de cultivar fue cambiando con el tiempo: el aumento de la población hacía necesario producir más alimento, por lo que era importante que ninguna plaga pusiera en peligro a los cultivos. En ese momento se creía que lo adecuado para obtener mejores cosechas era usar fungicidas e insecticidas, es decir,





A los 15 años empezó a trabajar como arriero; ensillaba su caballo y el de algún vecino y sacaba bultos de papa, frijol y maíz hasta la carretera que conducía a Rionegro.

tóxicos que, en teoría, solo les hacían mal a los hongos y a los insectos que atacaban a las plantas. Hoy sabemos que también son enemigos de la salud humana.

Carlos, un adolescente por esos días, era quien cargaba a su espalda la fumigadora; era un trabajo menos exigente que *volear azadón* y mejor pagado. Al terminar la jornada, jugaba fútbol, ajedrez o montaba en bicicleta, que sigue siendo su medio de transporte preferido.

A los 15 años empezó a trabajar como arriero; ensillaba su caballo y el de algún vecino y sacaba bultos de papa, frijol y maíz hasta la carretera que conducía a Rionegro, un municipio cercano en el que estaba la plaza de mercado más grande del Oriente antioqueño. Hizo este recorrido de ocho kilómetros durante siete años, en los que se dedicó a ahorrar para poder comprar un terreno en el que pudiera sembrar sus propios productos. Se asoció con uno de sus hermanos y compraron una hectárea, que les valió 35.000 pesos.

Algunos años después, Carlos le compró la mitad de Renacer, como llamaron la finca, a su hermano, y allí empezaron a crecer el negocio agrícola y la familia. Se casó y tuvo a Mónica, la primera de sus cuatro hijos. Sin embargo, la dicha no fue completa: empezó a sentir mareos, dolores de cabeza y náuseas. Su esposa e hija también se sentían mal, les subía fiebre regularmente y eran muy propensas a la gripa. Consultaban con médicos generales y ninguno detectaba el origen de

los síntomas; les mandaban medicamentos para disminuir el malestar, pero la cura definitiva no aparecía.

Su esposa no se rendía y decidió visitar a un médico bioenergético que había llegado recientemente a El Carmen; de hecho, vivía cerca de ellos y se dedicaba, igualmente, a la agricultura, aunque lo hacía de otra manera: no utilizaba ningún producto agroquímico, sus cultivos eran completamente agroecológicos. El médico les dijo que tenían la sangre intoxicada y que la única cura era alejarse por completo de los productos agrotóxicos.

Esta solución le creaba un problema a Carlos: ¿cómo iba a cultivar sin la ayuda de los productos que eliminaban las plagas de sus sembrados? ¿Qué tan grandes y atractivas serían sus papas, por ejemplo, sin las propiedades de los fertilizantes? El doctor comprendía sus dudas y por eso lo alentó incansablemente: les mostró que no solo era un cambio en su forma de trabajar, sino también un cambio en su forma de vivir.

Lo primero que hizo Carlos fue descontaminar su tierra para que las semillas encontraran un espacio puro en el cual germinar, proceso que coincidió con

Lo primero que hizo Carlos fue descontaminar su tierra para que las semillas encontraran un espacio puro en el cual germinar, proceso que coincidió con su propia descontaminación y la de su familia.

su propia descontaminación y la de su familia. Los retos no esperaron, pues de alguna manera había que proteger los cultivos de los animales que hacen de estos su propia despensa. “¿Qué hago, doctor?”, le preguntó a su nuevo cómplice y amigo. “Muy sencillo, don Carlos, tiene que sembrar más, así habrá productos para todos, hasta para la plaga que se alimenta de ellos”. Esa respuesta evidencia la filosofía de la agroecología: la

Naturaleza es de todos, pero hay que respetarla, no abusar de ella y comprender que funciona perfectamente a partir de la armonía que exista entre todos los que en ella viven.

Otro de los retos fue la comercialización de sus productos, ya que hace 25 años eran pocas las personas que preferían comprar frutas, verduras, granos y tubérculos agroecológicos: son más costosos y su apariencia puede ser menos atractiva. Igual que con todos los problemas que se le presentan, Carlos asumió este como una oportunidad y decidió abrir su propia legumbrería.





En septiembre de 1996 nació Hojarasca Cultura Orgánica, el espacio donde vende los productos que crecen en su finca y les enseña a sus clientes que la buena salud depende de la buena alimentación. En esta labor lo acompaña Mónica, su hija, quien los fines de semana deleita a los visitantes con los platos vegetarianos del restaurante, que forma parte de Hojarasca, los cuales muestran que la comida saludable no carece de sabor. Y para completar el ciclo de vida del proyecto, Carlos vuelve a llevar a la finca todos los residuos que generan la tienda y el restaurante; así nutre el suelo en el que germinarán las nuevas semillas.

Su experiencia ha llamado la atención de otros conocedores de la agroecología; incluso, lo han invitado a distintos países para que comparta su conocimiento. También recibe a muchos curiosos en su finca, a quienes invita a recorrer su paraíso natural. Esto le genera mucha alegría, pues su único propósito es inspirar a otras personas para que se animen a darle una oportunidad al que considera un mejor estilo de vida, uno en el que la Naturaleza y sus bondades hacen magia todos los días.

Esa respuesta evidencia la filosofía de la agroecología: la Naturaleza es de todos, pero hay que respetarla, no abusar de ella y comprender que funciona perfectamente a partir de la armonía que exista entre todos los que en ella viven.



¿Cuántos oficios hay?

Por: Alberto Quiroga

¡Hay tantos oficios en la vida! Basta mirar alrededor y contar los destinos que tiene la gente para juntar una pequeña colección: uno es maestro de escuela, otra es música, la de más allá es médica, el de acullá sabe manejar el ganado, y hay otra que investiga cómo hacer para que la tierra produzca mejores papas.

El que monta el mejor caballo es un chalán de prestigio. Este otro es pescador y conoce el agua y las costumbres de los peces. Su mujer es cocinera y entiende cómo hacer un róbalo frito y un patacón pisao. Aquella sabe cortar y coser, y una amiga de ella sabe cantar. Hay uno que es trovero y va de pueblo en pueblo y de fiesta en fiesta, y la otra es escritora y pasa las horas en silencio, leyendo, pensando y tachando. Alguien tiene una prima comerciante y un primo peluquero. También hay una mujer que se gana la vida como ciclista.

En el pueblo hay abogados, electricistas, secretarias y plomeros. Hay una historiadora, un pensador, un narrador, una cuentista, un jardinero y choferes de bus, de camión, de tractomula, de taxi y de mototaxi. Hay operarios que manejan enormes máquinas amarillas y alguien que arregla triciclos y bicicletas. Muchos son carpinteros, soldadores y torneros. Y la lista crece: mecánicos, novelistas, oficinistas, poetas, loteros, farmacéutas, floristas, carniceros y panaderos. Hay monjas, curas, políticas, blogueros, administradoras, masajistas, mayordomos, vigilantes y mensajeros, y hay quienes dedican su vida a servir a los demás.

Hay un millón de oficios más y no alcanzaríamos nunca a nombrarlos a todos. Echemos a volar la fantasía e imaginemos cuál puede ser el oficio más extraño de todos. Y el que nos acabamos de imaginar, ese es.

Elisa Mújica Velásquez

La narradora del universo femenino

(Bucaramanga, Santander, 1928 – Bogotá, 2003)

“La dignidad de las mujeres depende de la posición asumida por ellas mismas”.

A los cuatro años, en la biblioteca de su padre, Elisa Mújica aprendió a leer, y gracias a esto descubrió algo que marcaría su vida: el libro *Las mil y una noches*, en el que encontró cuentos fantásticos del Medio Oriente como “Aladino y la lámpara maravillosa”, “Simbad el Marino” y “Alí Babá y los cuarenta ladrones”.

Esta lectora precoz nació en Bucaramanga, la capital del departamento de Santander; “una pequeña ciudad en la que todos nos conocíamos y nos teníamos confianza; donde las chicharras cantaban al mediodía desde los árboles de mango y colgaban las frutas doradas de los árboles de pomarrosa a los que no nos prohibían trepar”. Allí vivió, junto a sus padres y tres hermanas, hasta los ocho años, cuando la familia se mudó a Bogotá en busca de mejores oportunidades.

Su adaptación a la capital del país fue instantánea, pues pronto descubrió varias librerías en las que siguió cultivando su gusto por la literatura; y ya no solo leía, sino que creaba sus propios textos. En el bachillerato escribió sus primeros intentos de novelas, pero al morir su padre, cuando tenía 14 años, tuvo que abandonar tanto el colegio como su pasatiempo, para trabajar y así ayudar con las obligaciones económicas del hogar.





El primer trabajo que tuvo fue en el Ministerio de Comunicaciones, para el que debió aprender mecanografía, es decir, a escribir ágilmente en máquina. Después trabajó como secretaria para un hombre muy importante, Carlos Lleras Restrepo, quien luego sería presidente de la República, y, posteriormente, viajó a Ecuador, donde se incorporó como secretaria en la Embajada de Colombia en Quito.

En Ecuador escribió su primera novela, *Los dos tiempos*, publicada en 1949, que narra la historia de una colombiana que viaja a Quito, como ella, y allí se enamora de un hombre que la hace cuestionar su vida y la realidad social y política que la rodea. Esta novela marcó un antes y un después en la literatura colombiana, ya que se ocupaba de asuntos femeninos, considerados como menores y sin mayor importancia. Mújica pensaba lo contrario, para ella era fundamental mostrar que las mujeres tenían otras posibilidades: podían ser solteras, independientes, disfrutar de la soledad y de la ausencia de esposos e hijos, tal y como le ocurría a ella, que había decidido que su lugar en el mundo estaba en la escritura. Esto, según decía, no la hacía infeliz, y era una opción tan válida como la de las mujeres que optaban por casarse. Mújica les dedicó esta novela a su madre y a su gran amiga Carolina Cárdenas, una dibujante y ceramista colombiana, a quien la escritora bumanguesa definía como “una mujer casi mítica, misteriosa e inalcanzable”.

En 1952 viajó a España como corresponsal del periódico *El Tiempo*, en el que mantuvo por varios años una sección de reseñas bibliográficas en la que comentaba libros de distintos autores y hacía recomendaciones a los lectores. En este país leyó sobre la vida de santa Teresa de Jesús: se convirtió “en uno de mis personajes entrañables, como únicamente son aquellos a quienes veneramos por su superioridad incuestionable, pero en los que a la vez presentimos una secreta e increíble afinidad”. Este descubrimiento la volvió a acercar a la Iglesia católica y la inspiró a escribir un texto titulado *La aventura demorada. Ensayo sobre Santa Teresa de Jesús*.

Al volver a Colombia se convirtió en la primera mujer en ocupar un cargo directivo en el país: fue la gerente de la Caja Agraria de Sopó, un municipio de Cundinamarca. Este hecho evidencia que no solo sus personajes femeninos demandaban un espacio central en la sociedad, sino que ella misma se encargó de dar ejemplo. Posteriormente, trabajó como bibliotecaria en dicha institución bancaria, lo que le permitió seguir en contacto con su vocación literaria.

A la par de sus ocupaciones laborales, escribió su segunda novela, titulada *Catalina*, la cual se desarrolla durante un momento histórico en el que las mujeres no eran ciudadanas y no podían votar. La narración es protagonizada por una mujer atípica para su época: independiente, solitaria, lectora y con una

Su primera novela, *Los dos tiempos*, marcó un antes y un después en la literatura colombiana, ya que se ocupaba de asuntos femeninos.

enorme pasión por los caballos. Catalina representaba a una generación de mujeres que cuestionaba el papel que la sociedad conservadora les había asignado, y quienes decidieron buscar, en contra de todo, su libertad. La escritora presentó esta novela para un premio de literatura, en el que ocupó el segundo

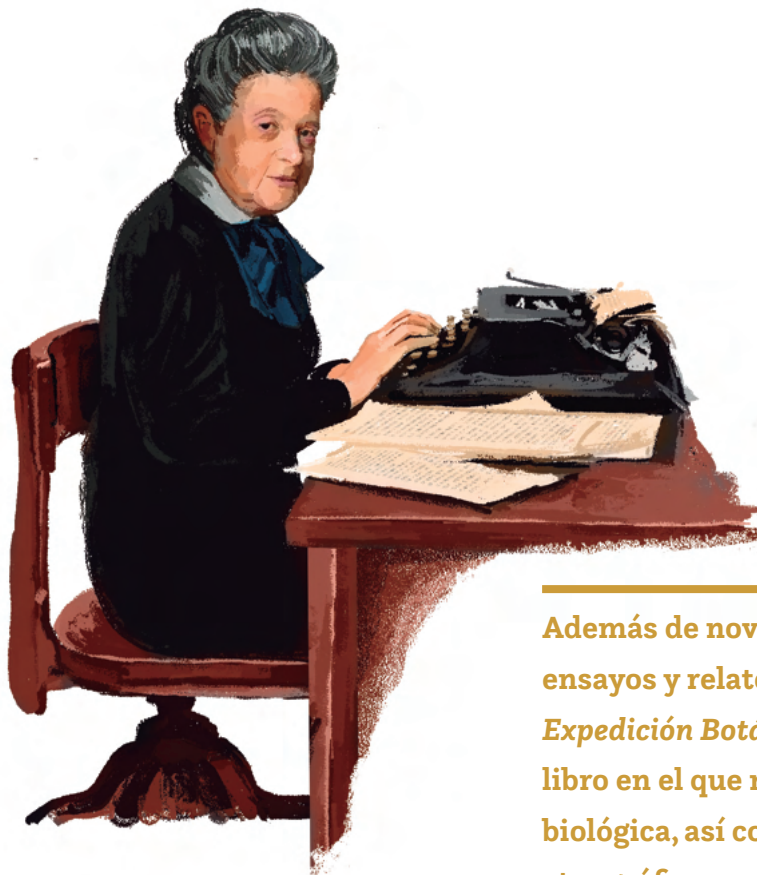
puesto. A pesar de no haber ganado, el jurado recomendó que la novela fuera publicada, ya que era pionera de la literatura femenina, rompía con las tradiciones establecidas y tenía una mirada crítica con respecto a la realidad de la mujer colombiana.

Además de novelas, escribió cuentos, ensayos y relatos infantiles como *La Expedición Botánica contada a los niños*, libro en el que muestra la diversidad biológica, así como la riqueza etnográfica y cultural de Colombia, y cuyo propósito es acercar a niños y jóvenes a una de las experiencias más apasionantes

que se han dado en América: la Expedición Botánica, dirigida por José Celestino Mutis, cuyo objetivo fue clasificar y registrar la flora y fauna del Nuevo Reino de Granada, territorio que hoy se llama Colombia.

En 1982 fue elegida como miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, en la que, hasta entonces, solo había sido admitida otra mujer, y también de la Real Academia Española. En 1998 obtuvo la Orden de Boyacá, la máxima condecoración que otorga el Gobierno de la República. Con respecto a los homenajes, la escritora se limitaba a decir, con humildad: “He hecho lo que he podido”.

Elisa Mujica hizo mucho más de lo que, quizás, dimensionó. Publicó 18 libros de géneros literarios diversos, en los que demostró que las mujeres podían ser, al mismo tiempo, creadoras de textos y su fuente de inspiración. Y aunque fue una lucha difícil, según contó en una de sus últimas entrevistas, pudo expresar su verdad, una verdad femenina con enorme valor. El último objeto que sostuvo en sus manos antes de morir fue un libro de canto: no podía leerlo, pero sentía la compañía de las letras a las que dedicó su vida.



Además de novelas, escribió cuentos, ensayos y relatos infantiles como *La Expedición Botánica contada a los niños*, libro en el que muestra la diversidad biológica, así como la riqueza etnográfica y cultural de Colombia.

Andrés Orozco Estrada

Una batuta prodigiosa

(Medellín, Antioquia, 1977)

“Quizás tengo un don, pero sin trabajo, compromiso y dedicación no habría logrado nada”.



Según Nora Estrada, madre del maestro Andrés Orozco Estrada, es casi imposible encontrar una foto de su hijo en la que no aparezca tocando un instrumento musical; de hecho, su juguete favorito era el tambor, que conoció a los tres años gracias a un tío que formaba parte de una chirimía. “Tocaba muy bien los instrumentos de percusión, y no solo tenía ritmo, lo hacía con mucha alegría”, recuerda ella. Por eso, lo llevó a presentar una prueba de ingreso en el Instituto Musical Diego Echavarría, un colegio en el que la formación musical es tan importante como la académica, y donde fue becado gracias a su talento.

Allí cambió el tambor por el violín, el cual fue, de cierta manera, su tabla de salvación. ¿La razón? Andrés Orozco nació en Manrique, uno de los barrios más violentos de Medellín en los años 80 y 90, época en que la ciudad presenciaba la guerra entre el Estado y los grupos ilegales dedicados al negocio de la droga, los cuales solían reclutar a los jóvenes de los barrios populares para peligrosas labores. Adicionalmente, el padre de Andrés los había abandonado a él y a su joven madre, lo que aumentaba las probabilidades de tomar un camino equivocado, tal como ocurrió con muchos de sus vecinos.

La práctica del violín, como él mismo explica, le fue mostrando el camino de la música clásica, un género en el cual la labor del director es fundamental para lograr la mejor interpretación de los músicos, por cuanto es quien los



Andrés empezó a sentir fascinación por lo que hacían los directores de orquesta, tanto así que le arrancó la antena al televisor e hizo de la sala de su casa un salón de conciertos imaginarios en los que guiaba a los músicos con la ayuda de su improvisada batuta, la varita con la que los directores marcan el ritmo de una obra musical.

unifica. Esta figura es muy llamativa para el público, pues se trata de una persona que está de pie sobre una plataforma, dándole la espalda, y a quien no le ven la cara, pero sí las manos que se mueven de acuerdo con los rasgos expresivos que quiera imprimirles a las piezas.

Orozco Estrada empezó a sentir fascinación por lo que hacían los directores de orquesta, tanto así que le arrancó la antena al televisor e hizo de la sala de su casa un salón de conciertos imaginarios en los que guiaba a los músicos con la ayuda de su improvisada batuta, la varita con la que los directores marcan el ritmo de una obra musical.

En el colegio dio sus primeros pasos hacia la dirección gracias a la maestra Cecilia Espinosa, quien dirigía la orquesta de la institución y le enseñó el solfeo, es decir, la forma de leer y entonar las notas musicales que aparecen en las partituras. Al notar el talento innato de su alumno y su determinación para aprender, la maestra fue dándole oportunidades de poner en práctica las enseñanzas; solía simular que tenía ocupaciones y le pedía el favor de dirigir a sus compañeros de las clases de música mientras regresaba.

Un día, sin embargo, no tuvo que fingir. Estaban en la Plaza de Bolívar de Bogotá, cuando empezó a sentirse muy enferma, no podía dirigir a los 250 niños y jóvenes escogidos para inaugurar el programa Batuta de la Presidencia de la República. Entonces miró a su pupilo de confianza, quien con apenas

15 años debió dirigir su primera orquesta sinfónica. Y no solo le dio esa gran oportunidad, también le regaló su primera batuta de verdad, de fibra de vidrio, con la que reemplazó la antena de televisor.

“Andrés siempre ha sido una persona muy dinámica, muy echada para adelante, con un carisma muy grande en la comunicación y la manera de relacionarse con los demás, con un humor muy agradable, un gran conocimiento de la música y de lo que hace”, así describe la maestra Cecilia a su alumno, quien luego de graduarse del colegio se fue para Bogotá a estudiar Música en la Pontificia Universidad Javeriana.

“Estudiar, prepararse y adquirir cada vez más conocimiento es lo único que puede convertir a un músico en un músico excelente”.

En 1997 viajó a Viena, la capital de Austria, para estudiar dirección en una de las academias más reconocidas del mundo. Fueron años duros, de mucho estudio y sacrificio, que lo convencieron de que el talento no es suficiente si no está acompañado de trabajo. “Es-

tudiar, prepararse y adquirir cada vez más conocimiento es lo único que puede convertir a un músico en un músico excelente”, afirma Orozco Estrada. En esta ciudad cumplió uno de sus grandes sueños: presenciar en vivo un concierto de la Orquesta Sinfónica de Viena. “No pude contener las lágrimas al escuchar la música. Es que no tuve ni que mirar, era como estar en el cielo; era algo que solo había visto en videos y ahora lo tenía al frente”, recuerda el maestro.

En 2004, él sería el protagonista de una escena que tampoco habría imaginado en el mundo de la música clásica: después de dirigir a la orquesta austriaca Tonkünstler, las personas del público fueron al camerino a pedirle un autógrafo como si fuera una estrella de *rock*, y no era para menos: por su actuación magistral fue calificado por los especialistas como el “milagro de Viena”.

A partir de ese momento, el maestro Andrés Orozco Estrada se convirtió en uno de los directores más importantes del mundo. Bajo su batuta han estado las orquestas más destacadas de Alemania, Francia, Estados Unidos y, por supuesto, Austria, donde terminó su formación profesional y regresó en 2021 para ocupar el prestigioso cargo de director titular de la Orquesta Sinfónica de Viena.

Aunque sus ocupaciones le impiden estar en Colombia con frecuencia, siempre que vuelve se asegura de dirigir un concierto y transmitir lo aprendido. “Me gusta que se den cuenta de que la música clásica es algo muy distinto a lo que se imaginan, no tiene nada que ver con una minoría culta y elegante, tampoco es para quedarse dormido. Es para disfrutar el momento y las sensaciones que producen las melodías”.

Y al país, aunque la mayoría no lo sepa, lo lleva puesto en todos sus conciertos. Los trajes que utiliza para dirigir fueron diseñados por él mismo y confeccionados en Colombia. En el interior tienen bordados su nombre y dos apellidos, Andrés Orozco Estrada; es el homenaje con el que honra a su madre por todos los sacrificios que hizo para sacarlo adelante.



Sindey Carolina Bernal

Crear para ayudar

(Bogotá, 1985)

“A todos mis estudiantes los quiero con todo el corazón y les doy gracias porque por ellos sigo creciendo como persona”.

Hay personas que parecen impulsadas por fuerzas misteriosas. Estas fuerzas iluminan sus pasos y las llevan a transitar por caminos que marcan rumbos y transformaciones no solo para ellas mismas, sino para aquellos con quienes comparten la vida.

Este parece ser el caso de Sindey Carolina Bernal. Nació en 1985, en Bogotá, ciudad en la que cursó sus estudios de primaria y bachillerato y donde se graduó como mejor bachiller de su colegio, un colegio público. A pesar de que quería estudiar Artes Plásticas y soñaba con convertirse en artista, por esas cosas inesperadas de la vida tuvo la oportunidad de entrar a estudiar en la Universidad Pedagógica Nacional, una institución dedicada desde hace 100 años a la formación de maestros. Allí hizo la Licenciatura en Diseño Tecnológico, una carrera que busca combinar la pedagogía con los avances tecnológicos para desarrollar nuevas herramientas que faciliten los aprendizajes. Cursando esta licenciatura, Sindey encontró un propósito y un camino de vida.

En la Universidad Pedagógica hacen grandes esfuerzos para facilitar la inclusión de personas con diferentes discapacidades en sus procesos educativos para que desarrollen todo su potencial personal y académico, más allá de las dificultades que se les pueden presentar debido a sus condiciones físicas. Un





Sindey empezó a estudiar el lenguaje de señas colombiano, pues había entendido que no todos somos iguales ni venimos al mundo con las mismas herramientas.

día, Sindey se inscribió a una materia en la que tuvo la oportunidad de estudiar junto con un compañero sordo. Normalmente, en las clases, este compañero tenía un traductor que le ayudaba a comunicarse con los otros compañeros y con el maestro, pues ninguno conocía el lenguaje de señas colombiano. Pero un día el traductor no asistió y las dificultades para comunicarse y trabajar con él plantaron en Sindey una semilla, una curiosidad, una inquietud..., y esta semilla cayó en tierra fértil.

Algún tiempo después ella tuvo la tarea de pensar y desarrollar un proyecto de grado y las palabras de uno de sus maestros serían determinantes: “Sindey, no hagas una tesis solo por graduarte. Empieza a construir tu proyecto de vida en algo que te apasione”. Estas palabras no solo le ayudaron a decidir qué hacer con su proyecto, también le ayudaron a cambiar su vida, a encontrar un camino y, de alguna forma, cambiarían la vida de otras personas. Esas palabras fueron la chispa que encendió una llama.

Sindey empezó a estudiar el lenguaje de señas colombiano, pues había entendido que no todos somos iguales ni tenemos las mismas herramientas; se había dado cuenta de lo importante que puede ser entender a otro, estar en capacidad de ayudarlo a comunicarse en cualquier contexto cotidiano. Además, sabía que pronto ella misma iba a ser docente y no quería que la presencia en sus clases de un estudiante sordo la tomara desprevenida y sin las herramientas necesarias.

Combinando sus diferentes saberes, creó un sistema inteligente que reconoce la voz y la traduce al lenguaje de señas colombiano: ese fue su proyecto de grado y, de alguna manera, el punto de partida de muchos otros logros.

Sindey se desempeña como docente desde el año 2008, tanto en colegios como en universidades. Su entusiasmo, energía y talento han sido contagiosos: como docente de colegio público en su Bogotá natal, viene impulsando hace años un semillero de investigación tecnológica con sus estudiantes de grados superiores. Este semillero lleva su sello y su espíritu: jóvenes sensibles y comprometidos, asesorados por Sindey, han estado buscando soluciones tecnológicas que puedan facilitar la vida de personas que presentan diferentes discapacidades físicas. Todo empezó cuando sus estudiantes de grados superiores la vieron

Combinando sus conocimientos, creó un sistema inteligente que reconoce la voz y la traduce al lenguaje de señas colombiano.

enseñándole el lenguaje de señas a un niño de primaria que estaba perdiendo la audición con ayuda del sistema que había creado para graduarse de la universidad. Los estudiantes le manifestaron su deseo de aprender, ellos también, esta forma de comunicación. Desde entonces, el proceso se ha tornado más y

más interesante. Los estudiantes asumen roles y crean sus propios proyectos. Algunos hacen el diseño, otros la ingeniería o la programación. Pero no solo se trata de crear artefactos: lo más importante es que son tecnologías concebidas siempre para ayudar a los demás a superar sus dificultades y para facilitarles su inclusión en las dinámicas de la vida.

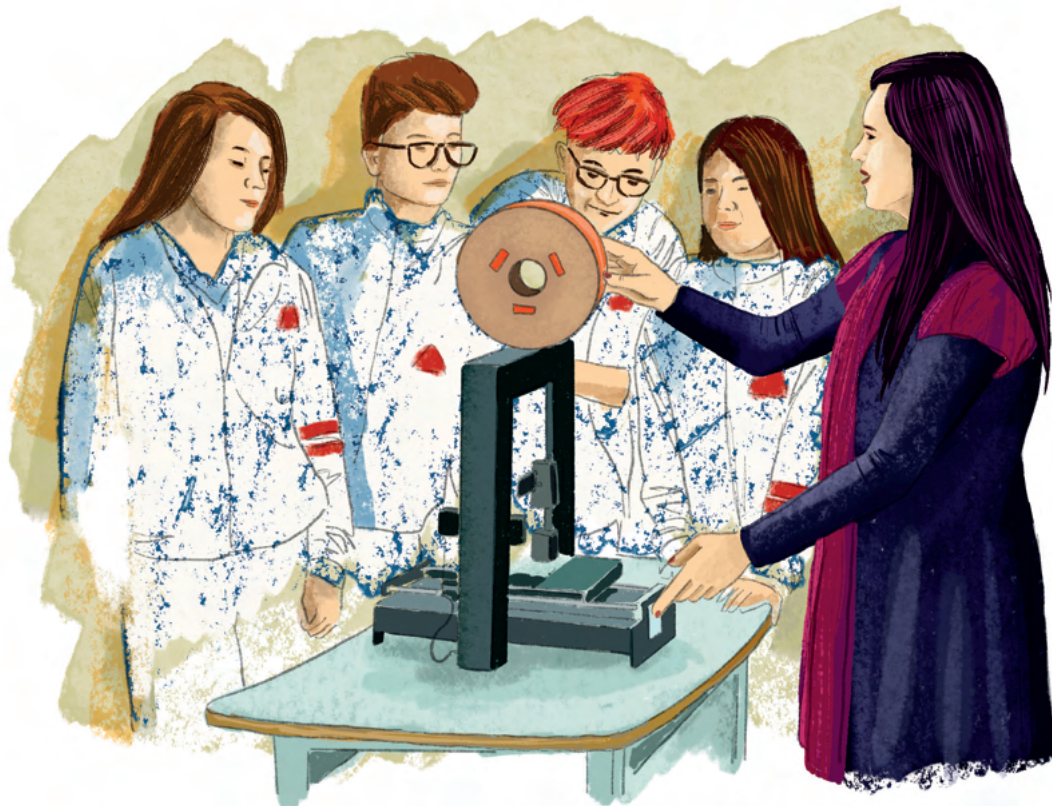
También como docente universitaria lidera procesos de investigación en los que la tecnología es vista como el camino para superar algunos de los obstáculos más difíciles con los que tropiezan las personas con discapacidades.

Sindey no ha parado de estudiar y aprender cosas nuevas, ni de crear herramientas que permitan a personas con discapacidades estudiar o vencer dificultades. Está convencida de que es necesario brindarles opciones, hacer de Colombia un país inclusivo, convertir esta en una sociedad justa que brinde a todos las mismas oportunidades. Para lograrlo es preciso ser innovador y al tiempo tener claro que formamos parte de un tejido social en el que todos estamos relacionados. “Crear para ayudar” es su lema y todo lo hace partiendo del amor, la pasión y los sueños.

Dentro de las soluciones que ha hallado Sindey con sus grupos de investigación y desarrollo tecnológico hay inventos muy variados, que apuntan a poblaciones diferentes: desde un programa que lee ondas cerebrales para escribir, pasando por el diseño de estrategias para la creación de aulas virtuales, la creación de cuentos con realidad aumentada que pueden ser disfrutados por personas sordas o ciegas, teclados *braille* para invidentes y bastones o gafas con sonidos que ayudan a detectar obstáculos. Todo esto en un ambiente cooperativo, donde unos apoyan a otros, donde el trabajo en equipo permite y potencializa el crecimiento personal.

Sindey realizó una maestría sobre cómo aplicar las tecnologías a la educación y un doctorado en Educación Inclusiva con la Universidad de California, Estados Unidos. Es una mujer sumamente preparada desde el punto de vista académico y muy comprometida con su labor desde el punto de vista social.

En el año 2020, su nombre estuvo en la selección de 50 nominados al Premio al Maestro Global 2020, considerado por muchos el Premio Nobel de la Educación. También fue ganadora de la categoría Estrella Naciente en el Premio Globant: mujeres que construyen. Estos son solo algunos de sus logros. Seguramente el futuro le deparará varios más y cada uno de ellos beneficiará a muchas personas.



Belisario Betancur

El político que navegó a través de la poesía

(Amagá, Antioquia, 1923 – Bogotá, 2018)

“A los jóvenes les queda trabajar por la construcción de este país tan promisorio”.

“Monstruo”, así le decían a Belisario Betancur en la vereda El Morro de la Paila, ubicada en el municipio de Amagá, un lugar al que solo se podía llegar, como contaba él, subiendo “a pie limpio”, pues no había ningún medio de transporte que llegara hasta allá.

La razón por la cual tenía este apodo era bastante contradictoria: se debía al hecho de que a los cuatro años sabía leer, escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir; conocimientos que no obtuvo en la escuela, sino de los arrieros que frecuentaban las fondas a las que iba con su padre, quien transportaba mercancías por las montañas antioqueñas en sus cuatro mulas.

La familia Betancur Cuartas estaba conformada por Rosendo, el padre, Ana Otilia, la madre, Belisario y cuatro hijos más. En realidad, habían nacido 22 hijos, pero 17 murieron, casi recién nacidos, debido a las precarias condiciones del campo, especialmente en cuanto a salud y alimentación, lo que dificultaba la supervivencia en los primeros meses de vida. Sin embargo, siempre dijo que “éramos muy ricos porque, como no teníamos nada, en últimas nos considerábamos dueños de todo”.

A pesar de que la edad mínima de ingreso a la escuela era de siete años, la maestra Rosario Rivera admitió al pequeño, con apenas cinco, por sus avanzados conocimientos. Fue así como dejó de ser el *monstruo* para convertirse en su asistente. A cambio de esto, misió Rosario, como la llamaban, le daba lecciones





Leía textos filosóficos, políticos y literarios, los cuales fueron convirtiéndolo en un intelectual preocupado por el bienestar de la humanidad.

particulares para que fuera adelantándose. “Era un ser bondadoso y lleno de sabiduría; la persona que me ayudó a descubrir lo más importante de la vida: el amor por el conocimiento. A ella le he dedicado todo lo bueno que me ha pasado”, solía decir él.

De la escuela rural pasó al Seminario de Misiones de Yarumal, al que ingresó gracias a la influencia de un pariente sacerdote; pero allí no pudo terminar su educación media porque los religiosos lo consideraban un joven rebelde, con una inteligencia perversa. Había fundado un periódico clandestino en el que publicó los versos que le valieron la expulsión: “Señor, señor, te rogamos, y rogaremos sin fin, que caigan rayos al profesor de latín”.

Gracias a esa misma inteligencia, logró una beca para terminar su bachillerato en Medellín, en el Colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana, institución en la que posteriormente estudió Derecho y la cual fue determinante en su formación personal y profesional. Como debía ahorrar lo que más pudiera, pues la ayuda económica que recibía solo le alcanzaba para la matrícula, se quedaba casi todo el día en la biblioteca; leía textos filosóficos, políticos y literarios, los cuales fueron convirtiéndolo en un intelectual preocupado por el bienestar de la humanidad. En este lugar empezó su contacto con la política, al ingresar a las Juventudes Conservadoras.

Además de estudiar, leer y escribir para el periódico universitario, trabajaba en lo que podía. “Trabajé en bares del sector de

Guayaquil haciendo lo que tocara. Pasé de ayudante de arriería a vitrolero, ponía los discos en una anciana vitrola, cantaba y tocaba el tiple; era algo así como el *disc jockey*, para decirlo con más elegancia”, señaló alguna vez.

Después de graduarse como doctor en Derecho y Economía, se casó, en 1945, con Rosa Helena Álvarez, con quien tuvo tres hijos. Ese mismo año fue elegido como diputado de la Asamblea Departamental de Antioquia por el Partido Conservador, al que perteneció desde entonces. Posteriormente, fue representante a la Cámara por Antioquia y senador de la República. Ocupó el Ministerio del Trabajo y el cargo de embajador en España.

En 1982, tras dos intentos fallidos por llegar a la Casa de Nariño, fue elegido como presidente de Colombia con la votación más alta de la historia hasta

El lema de su campaña, “Sí se puede”, era una invitación a los colombianos que, como él, eran optimistas frente a un mejor futuro, el cual empezaría con la pacificación del país.

ese entonces. El lema de su campaña, “Sí se puede”, era una invitación a los colombianos que, como él, eran optimistas frente a un mejor futuro, el cual empezaría con la pacificación del país.

Betancur estaba convencido de que el fin del conflicto con los distintos grupos armados al margen de la ley solo sería posible a través

del diálogo. Desafortunadamente, las negociaciones no pudieron concretarse, la situación del país era muy compleja y no había suficiente voluntad de las partes. Sin embargo, los esfuerzos no fueron en vano, pues muchas de las lecciones aprendidas abonaron el camino de los siguientes intentos por buscar una paz estable y duradera.

También buscó la pacificación de otros países en conflicto. Junto con gobiernos de la región logró restablecer la paz en Centroamérica a través del Acuerdo de Paz de Esquipulas, labor por la que recibió, en 1983, el Premio Príncipe de Asturias, que reconocía su cooperación incansable para lograr la estabilidad latinoamericana.

Su presidencia estuvo marcada por dos sucesos trágicos: la toma violenta del Palacio de Justicia por parte del grupo guerrillero M-19 y la avalancha de Armero, un municipio del departamento del Tolima que prácticamente desapareció bajo el lodo luego de que el volcán Nevado del Ruiz erupcionara en 1985.

Una vez convertido en expresidente, tomó la decisión de alejarse de la política definitivamente, y respetar a quien estuviera gobernando sin importar si estaba de acuerdo o no con sus acciones. Esta decisión, coherente con sus maneras pacíficas y actitud filosófica, sigue generando enorme admiración.

A partir de ese momento, dedicó el resto de su vida a la cultura apoyando iniciativas artísticas y poniendo él mismo manos a la obra; y escribió libros de poesía, su género favorito. Sobre esta faceta, Gabriel García Márquez afirmó que Betancur fue “un poeta que se ex-

travió en la política para bien de Colombia”. Por su gran conocimiento sobre la lengua española fue nombrado miembro de academias y otras instituciones de varios países.

En sus últimos años descubrió otro talento, la pintura, a la que también se dedicó con entusiasmo y disciplina. En una entrevista hecha poco antes de su muerte dijo no temerle a su llegada porque estaba en paz consigo mismo; “lo único que quiero es que me recuerden como un hombre que era amigo de la cultura, de los intelectuales, de los pobres; como un hombre que amó a Colombia”.



Luzmila Acosta de Ochoa

Una psiquiatra con sentido social

(Caldas, Antioquia, 1926 – Medellín, 2019)

“Lo que muchos llaman locura, muchas veces no lo es”.

En 2011, la calle 73 de Medellín cambió de nombre; dejó de ser un simple número y adoptó el de una de las mujeres más destacadas de Antioquia: Luzmila Acosta de Ochoa, la primera mujer psiquiatra de adultos del departamento.

Con motivo de dicho homenaje, con su sencillez y austeridad características, dijo que se sentía honrada, pero que ninguno de sus méritos era mayor que el trabajo realizado durante más de 50 años con sus pacientes psiquiátricos, personas a las que nunca llamó *locas*, como se solía generalizar, pues decía que su tratamiento debía empezar, precisamente, por darles el respeto que se merecían.

Esta pionera de la psiquiatría, especialidad médica que estudia las enfermedades mentales, nació en el municipio de Caldas en un hogar tradicional. Su padre era empleado del Ferrocarril de Antioquia y su madre, una ama de casa dedicada al cuidado de sus ocho hijos. Desde muy joven admiró a su primo Darío Gutiérrez, un médico general que, además de ser su mentor, financió sus estudios de Medicina en la Universidad de Antioquia.

Salía todos los días desde Caldas a las 5:00 de la mañana. El tren la dejaba en la estación de Guayaquil, una zona del centro de la ciudad en la que ejercían su oficio las prostitutas, y que debía recorrer para llegar a sus clases. Esto





Al graduarse como médica, en 1955, entró a trabajar en el Hospital Mental de Antioquia, en el que hacía consultas generales y en el que, según dice, solían encargarle los pacientes deprimidos, pues era extrovertida, afectuosa y no les tenía miedo.

pudo haber desalentado a otras jovencitas de la época, pero a ella no la incomodaba; tampoco la escandalizaba, pues siempre estuvo dispuesta a exponerse a la diversidad.

En la universidad empezó a interesarse por la complejidad de la mente humana; le llamaba la atención lo que observaba en las visitas que realizaba, en compañía de sus profesores, al manicomio de la ciudad, en el que comenzó a cuestionar los tratamientos que se les daban a los pacientes; estos incluían métodos extremos, como terapia de choques eléctricos y grandes dosis de medicamentos. Al graduarse como médica, en 1955, entró a trabajar en el Hospital Mental de Antioquia, en el que hacía consultas generales y en el que, según dice, solían encargarle los pacientes deprimidos, pues era extrovertida, afectuosa y no les tenía miedo.

Poco a poco fue dando muestras de su apertura mental y de una especie de rebeldía que puede ser descrita como “de bajo tono”, sin armar alboroto; muestra de esto fue la implementación de métodos poco corrientes en el tratamiento de los pacientes, como escucharlos para entender el porqué de su situación. Y no es que lo hiciera a escondidas; por el contrario, ella era valiente y siempre fue transparente con sus acciones, pero evitaba el protagonismo, lo suyo no era ser el foco de las miradas ni la voz que se imponía en las discusiones. Tal como la describió una de sus hijas, era como un riachuelo que fluía con fuerza tranquila, constancia y mucha naturalidad.

Su pasión por la psiquiatría aumentaba, así como el convencimiento de modernizar sus procedimientos; por eso, buscó alternativas para continuar su formación fuera del país. Logró una práctica en un hospital de la Universidad de Maryland, en Estados Unidos, en el que posteriormente se quedó haciendo su especialización en Psiquiatría.

A su regreso, retomó sus labores en el Hospital Mental, donde empezó a poner en práctica su filosofía de *descronificar* a los pacientes. *Descronificar*, de acuerdo con la doctora Acosta, significaba romper con la idea de que su condición mental no podía revertirse y, por ende, no podían reintegrarse a su cotidianidad y a su entorno familiar. Para ella, esto no solo era posible, sino deseable, y por esto insistía en que la labor de los profesionales comenzaba con la recuperación de la dignidad del paciente, quien “deja de ser el loquito del hospicio para convertirse en un ser humano; y para esto, hay que oírlo y estar en su interior para buscar sus problemas”.

A la par con su nueva labor profesional, se casó con Ernesto Ochoa, a quien había conocido en sus años universitarios, pues era el hermano de uno de sus compañeros. Ochoa se dedicaba a la contabilidad, pero los números eran

Insistía en que la formación académica no era suficiente si no iba de la mano de una condición humanista que reconociera en el paciente a una persona capaz de asimilar sus necesidades y dificultades.

apenas una faceta de su vida. Le interesaba la literatura, la música y todo aquello que alimentara el espíritu; por eso su mente era tan abierta y nunca pensó en imponerle nada a su esposa, ni siquiera cuando nacieron sus cuatro hijos.

Luzmila Acosta de Ochoa fue una mamá atípica, porque no solo trabajaba, sino que lo hacía ¡en cuatro lugares distintos! En el

Hospital Mental, en una clínica privada, en el Seguro Social y en su consultorio particular, en el que quienes no podían pagarle con dinero lo hacían en especie. Con gallinas, bultos de naranja o papa llegaba a su casa al final de una ardua jornada, sin perder la sonrisa ni las ganas de compartir con su familia.

La doctora Luzmila fue, además, cofundadora de las sociedades de Psiquiatría de Antioquia y Colombia. También fue profesora de la Universidad de Antioquia, donde se aseguró de recordarles a los estudiantes que “de nada sirve la soberbia en el ejercicio profesional y la ficción de que uno es un



sabio infalible”. De ahí su insistencia en que la formación académica no era suficiente si no iba de la mano de una condición humanista que reconociera en el paciente a una persona capaz de asimilar sus necesidades y dificultades, las mismas que podría superar con el acompañamiento del médico, la familia y la sociedad en general.

Después de cinco décadas de trabajo se jubiló; solo siguió atendiendo a los pacientes de toda la vida en su consultorio, y también recibía las visitas de sus antiguos alumnos, quienes se encontraban con la misma mujer cálida y de mente abierta que había sido su profesora. La única diferencia era su pelo, que con los años se tornó completamente blanco, iluminando su rostro y dándole un aire de sabiduría, esa que le permitió aconsejar a las nuevas generaciones, a quienes les dijo: “Si la sociedad nos ha brindado la oportunidad de asistir a la universidad, de capacitarnos y de producir, es injusto que no lo hagamos. Se trata de cumplir un deber sobre todo con nosotros mismos”.



Soñar no cuesta nada

Por: Alberto Quiroga

Mi abuelo arreaba ganado, mi papá arrea ganado, ¿y yo?, ¿voy a arrear ganado? Se pregunta una joven. ¿Qué sueña hacer? ¿Quiere trabajar la tierra? ¿Quiere comerciar entre el campo y la ciudad? ¿Se imagina piloteando un avión?

Soñar nos ayuda a convertir nuestros sueños en realidad. No sabemos si será posible, pero seguimos soñando y haciendo lo que sea necesario para que algún día seamos esa persona que soñamos.

Alguien ama las estrellas y las mira todas las noches. Le gustaría tenerlas cerca para saber cómo son, de qué materia están hechas, desde cuándo existen y cuánto durarán. Ella lee todo lo que encuentra sobre estrellas. Sabe que hay personas que las estudian y sueña ser como ellas. Y un día le cuentan que es posible estudiar astronomía y trabajar en uno de los miles de observatorios que hay en el planeta. Y paso a paso, investigando y estudiando, descubre que las estrellas con que soñaba están ahora ahí, del otro lado del telescopio a través del cual las mira.

La vida sería como un río seco si no soñáramos. Y es fácil abrir una ventanita para soñar, y de pronto la ventana se convierte en una puerta, y la puerta en un caminito, y el caminito nos lleva a encontrarnos con una oportunidad. Así la muchacha que no quería arrear ganado se convierte en alguien que estudia las estrellas.

Hay que soñar para estar preparados, aprovechar la oportunidad y volverla realidad. ¿Qué tal que se presente y no nos demos cuenta de su llegada?

¿Cuáles son nuestros sueños? ¿Cuáles sueños tendrán el poder de convertirse en realidad? ¿Qué estamos haciendo para ayudarles a nuestros sueños? Es bueno tener tiempo para soñar.

Fernando González

El filósofo de Otraparte

(Envigado, Antioquia, 1895 – Envigado, 1964)

“Lo primero es conocerse, y lo segundo, cultivarse. Nuestra individualidad es nuestro huerto, y la personalidad es nuestro fruto”.



Fernando González Ochoa fue el segundo de los siete hijos de Daniel González, maestro de escuela y negociante, y de Pastora Ochoa, ama de casa. Según su propia descripción, “era blanco, paliducho, lombriciente, silencioso, solitario. Con frecuencia me quedaba por ahí parado en los rincones, en suspenso, quieto”. Se enfadaba con sus hermanos fácilmente y cuando esto ocurría se iba a revolcar a un caño cercano a la casa, donde dejaba su rabia.

La primaria la hizo en un colegio religioso de Envigado, y luego ingresó al Colegio San Ignacio de Loyola, de donde fue expulsado porque las directivas, también religiosas, consideraban que leía textos inapropiados, como los de los filósofos Schopenhauer y Nietzsche, que fomentaban en él la rebeldía, pues cuestionaba todo lo que le enseñaban sus profesores. Para colmo, decían, quería transmitir esas ideas a sus compañeros y, como si fuera poco, faltaba a los retiros espirituales y no comulgaba en las misas.

Durante tres años no asistió a ningún colegio, tiempo que aprovechó para escribir su primera obra, *Pensamientos de un viejo*; sí, “de un viejo”, aunque él apenas tenía 21 años. “Se me ocurre que este libro no tiene finalidad alguna... Así como no he podido descubrir para qué nací yo, tampoco he podido descubrir para qué nació este libro...”, escribió González, dando muestras de un carácter filosófico que lo hacía cuestionar el porqué de las cosas, incluida su

Cuando un hombre
te perdonas, con
do por entre a
go. No consi
fueles de un
te. Salimo a
no un donob
tramos un m
alunho un gai
botarlo; ya
mes lo bol
do y voluio
esper. Era m
no parca

propia existencia. De eso se trata, precisamente, la filosofía, término que viene del griego y significa amor por la sabiduría, por el conocimiento de la esencia del hombre y el universo.

En 1917, a los 22 años, terminó, finalmente, el bachillerato en la Universidad de Antioquia, y en 1919 se graduó de la misma institución como abogado. Uno de los requisitos para recibir su título era entregar una tesis, es decir, un trabajo investigativo. González, fiel a su espíritu, tituló la suya *El derecho a no obedecer*, lo que, por supuesto, no les gustó a las directivas universitarias. Accedió a cambiarle el nombre y la llamó, simplemente, *Una tesis*.

Una vez se graduó, fue nombrado magistrado del Tribunal Superior de Manizales, cargo que ejercía simultáneamente con la escritura, a la que dedicaba mayor atención. Por esa época, conoció a Margarita Restrepo Gaviria, mencionada en sus libros como Berenguela, y quien no solo fue la madre de sus cinco hijos y su gran compañera, sino una lectora devota de sus obras. Se casaron, según él, para “filosofar y para siempre”.



En 1928 recibió una oferta laboral que, sin saberlo, fue determinante para escribir una de sus obras más reconocidas: *Viaje a pie*. Esto ocurrió cuando fue nombrado juez en Medellín y le asignaron un secretario, Benjamín Correa, un aficionado a la filosofía que se convertiría en su gran amigo. Juntos emprendieron una travesía que duró 30 días; salieron de Envigado, pasaron por varios municipios de Antioquia, Caldas, Quindío y el Valle del Cauca; luego retornaron al punto de partida.

El propósito del viaje era que la mente siguiera siendo como la de los jóvenes, quienes suelen apartarse de las ideas y reglas que les impone la sociedad, especialmente cuando consideran que van en contra de su forma de ser e impiden su autenticidad. Así lo relató: “Íbamos, pues, de cara al oriente, trepando a Las Palmas, por el camino bordeado de eucaliptos, entregados a nuestro amor a la juventud, al aire puro, a la respiración profunda, a la elasticidad muscular y cerebral”.

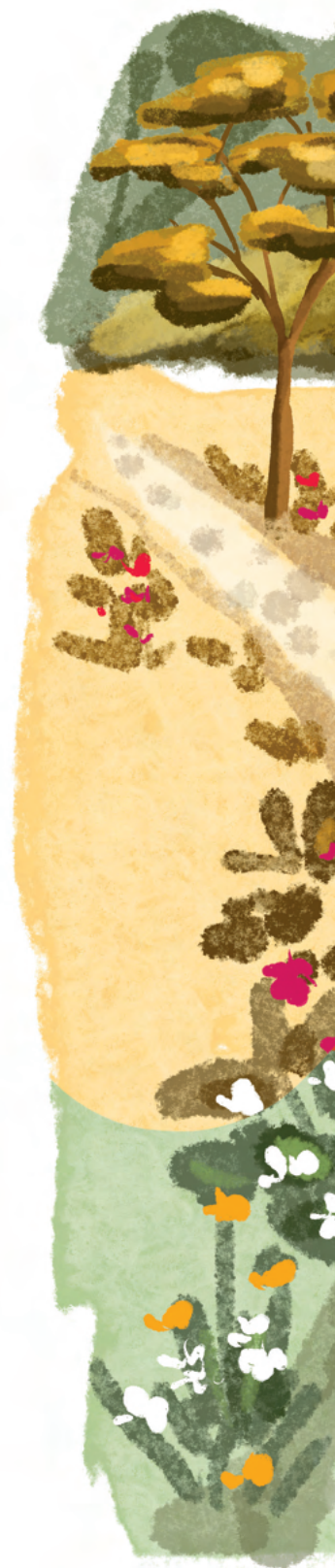
“Era blanco, paliducho, lombriciente, silencioso, solitario. Con frecuencia me quedaba por ahí parado en los rincones, en suspenso, quieto”.

El libro, publicado en Francia, fue prohibido por el arzobispo de Medellín una vez empezó a circular en la ciudad; leerlo se consideraba pecado mortal porque atacaba los fundamentos de la religión, se burlaba de la fe e incitaba a los placeres. Sin embargo, hoy es reconocido porque incorpora la realidad

colombiana a su pensamiento filosófico, el cual transmite con un lenguaje sencillo que todavía atrae lectores.

En 1957, después de vivir algunos años en Europa, donde ocupó cargos diplomáticos, regresó definitivamente a Envigado con su familia y se mudó a una casa campestre a la que llamó Otraparte. Amplia, con corredores, un pozo y un buen balcón para sentarse a ver el atardecer, este lugar fue convirtiéndose, poco a poco, en más que un hogar para los González Restrepo. Era el paso obligado de intelectuales locales y extranjeros que querían charlar con el maestro acerca de su obra, también de los jóvenes que lo admiraban y querían verlo en persona. Y, por supuesto, el espacio favorito para filosofar con sus amigos, a quienes invitaba a pasear entre la variedad de árboles frutales que había sembrado.

Sobre estas visitas escribió el poeta Gonzalo Arango, uno de sus amigos más entrañables y fundador del nadaísmo, un movimiento del que González fue





precursor, y el cual buscaba la comprensión de la realidad a partir de las propias experiencias: “Bajo un cielo de pájaros y naranjas emprendíamos el viaje a pie por los maravillosos mundos del conocimiento, guiados por la varita mágica de este filósofo”.

En este lugar encantador continuó con la escritura, cada vez más enfocada en lo espiritual, como si estuviera realizando un viaje al interior de sí mismo. En medio de estas reflexiones lo sorprendió la muerte un domingo: un infarto cardíaco se llevó su cuerpo, para siempre, a otra parte. Su espíritu, sin embargo, sigue presente en sus libros y en Otraparte, convertida en la casa museo que guarda la historia de un escritor inclasificable, de un hombre auténtico que nunca dejó de creer en Dios a pesar de cuestionar la religión católica. La originalidad de su vida y obra es una invitación a la espontaneidad, a encontrar aquello que hace único a cada ser y a defenderlo sin importar lo que piensen los demás.

A los 69 años, poco antes de morir, escribió cómo imaginaba que sería ese momento: “El fin del hombre es dormirse en el Silencio. No se dirá ‘murió’, sino ‘lo recogió el Silencio’, y no habrá duelos, sino la fiesta silenciosa, que es Silencio”. Buena noche al mago envigadeño.

El propósito del viaje era “conservar la elasticidad juvenil”, que la mente siguiera siendo como la de los jóvenes, quienes suelen apartarse de las ideas y reglas que les impone la sociedad.

María Teresa Uribe de Hincapié

Una pensadora comprometida

(Pereira, Risaralda, 1940 – Medellín, 2019)

“El conocimiento da libertad, y si no la da inmediatamente, por lo menos da las herramientas para luchar por ella”.

En 1947 María Teresa Uribe viajó con su familia desde Pereira, capital de Risaralda, hasta Uramita, en Antioquia, para asistir al entierro de su abuelo paterno, un dirigente liberal que contribuyó a la fundación y el desarrollo de este joven municipio.

El acontecimiento causó gran impresión en la pequeña, quien, con apenas siete años, no entendía por qué los indígenas y campesinos que tanto habían respetado a su abuelo ahora le decían a su padre, Eduardo Uribe, que los tenía que ayudar, pues sus vidas corrían peligro. Tampoco comprendía la razón por la que agitaban banderas rojas y gritaban ¡viva el Partido Liberal!

Su padre le explicó que el país vivía un momento difícil, de mucha incertidumbre y violencia, a causa del enfrentamiento entre dos partidos políticos con ideas distintas: liberales y conservadores, quienes, hasta ese momento, no habían encontrado una buena forma de resolver sus diferencias. “Pero, hija, las armas nunca serán la solución”, le insistía él, un médico que muy pronto tuvo que enfrentar las consecuencias de esta lucha que marcó la historia de Colombia en los años 50 y 60, especialmente.

Aunque Uribe se había especializado en el tratamiento de unas enfermedades muy específicas, el conflicto lo obligó a socorrer a los heridos que llegaban al



A María Teresa Uribe su padre le decía: “Mija, las armas nunca serán la solución”, algo que después confirmaría gracias a sus investigaciones.



Hospital de Pereira. Su hija le ayudaba, como si fuera una enfermera, y mientras tanto iba escuchando las historias de las víctimas, que terminarían influyendo en sus principales temas de investigación: la guerra, el desplazamiento forzado, la organización del Estado y las luchas por el territorio.

Su papá, a quien describía como “un médico del pueblo y para el pueblo, cuya satisfacción de curar y no atesorar lo llevó a gastar lo poco que tenía en remedios para sus pacientes pobres”, le dijo en ese entonces una frase que nunca olvidaría: “Este es el dolor de la humanidad”. Años después, cuando a sus hijos les ocurría algo, ella les decía: “Eso no es nada comparado con el dolor de la humanidad”. Y es que la influencia de su papá fue tan definitiva que no dudaba en afirmar que le había ocurrido lo mismo que a Atenea, la diosa griega, que nació de la cabeza de Zeus, su padre, y no del útero de la madre.

María Teresa Uribe estudió la primaria en Pereira y el bachillerato en un colegio de Manizales, una ciudad cercana; desde joven fue muy culta, bastante tímida y apasionada por la lectura. A los 19 años se casó con el ingeniero antioqueño Guillermo Hincapié Orozco y se fueron a Medellín, donde viviría el resto de su vida.

A medida que sus tres hijos iban creciendo, se dio cuenta de que la vida de ama de casa no la satisfacía por completo, quería estudiar, formarse como profesional. Apoyada por su padre y su esposo, ingresó, en 1968, a

la Universidad Pontificia Bolivariana a estudiar Sociología, carrera que le permitiría analizar aquellos asuntos que le preocuparon desde niña.

“Era la señora rara de la universidad, casada y con hijos; y aunque a veces era difícil cumplir con todos los roles, disfruté mucho aprendiendo”, afirmaba Uribe, quien se graduó el mismo día en que una de sus hijas hizo la primera comunión; la celebración fue doble. Continuó con sus estudios en la Universidad Nacional, en la que hizo una maestría en Planeación Urbana, y luego ingresó a trabajar a la Universidad de Antioquia, de la que se jubiló en 2007. En esta institución se desempeñó como docente e investigadora. Sobre su rol como profesora, decía que fue una experiencia enriquecedora, que le permitió relacionarse con gente joven y en la que pudo apreciar cómo sus estudiantes crecían, aprendían y desarrollaban su propio criterio. “Algo que no cambiaría por nada”.

Simultáneamente, fue convirtiéndose, igual que la diosa Atenea, en un ser lleno de sabiduría, preocupado siempre por la justicia; en su caso, la justicia social, aquella que se basa en la igualdad de oportunidades y derechos, y que busca que cada persona pueda desarrollar al máximo su potencial, lo cual, según decía ella, es una condición para alcanzar la paz.

Les recordaba a sus nietos que la sabiduría, el respeto al prójimo, la sensibilidad y la solidaridad debían guiar sus palabras, para que construyeran en vez de destruir.

También se interesó por otras ciencias sociales como la política, la filosofía y la historia, que fue aprendiendo por sí misma, y le ayudaron a construir el pensamiento propio que tanto admiraron sus alumnos y colegas, quienes la reconocían como una mujer generosa, aguda y rigurosa, como una “pensadora inclasificable”, llena de intereses. Uno de

sus grandes aportes teóricos fue la relación que señaló entre las palabras y la guerra, cómo estas inciden en los conflictos, pues lo dicho siempre tiene consecuencias. Por eso, lo suyo era la prudencia, pensar muy bien antes de hablar.

A sus nietos, que iban a almorzar fríjoles a su casa sagradamente todos los sábados, les enseñó sobre el poder de las palabras. Ese espacio es recordado por una de sus nietas como un sitio seguro en el que todos opinaban con libertad y en el que su abuela les recordaba que la sabiduría, el respeto al prójimo, la sensibilidad y la solidaridad debían guiar sus palabras, para que construyeran

en vez de destruir. A la importancia del lenguaje se refirió en el libro *Las palabras de guerra: un estudio sobre las memorias de las guerras civiles en Colombia*, en el que afirma que a pesar de que estas han sido usadas como trompetas de guerra, también pueden tener la virtud de transformar.

Por su labor intelectual recibió reconocimientos como un doctorado *honoris causa* en Ciencias Sociales otorgado, en 2015, por la Universidad de Antioquia. Con estas palabras recibió la distinción: “El destino de las personas no está marcado, se va tejiendo con materiales muy diversos, recuerdos, miedos, vivencias, esperanzas, desengaños, emociones de diverso signo, afectos e identificaciones: todos ellos van marcando sentidos en la ruta de la vida”.

Su recorrido terminó el primer día de 2019, a la edad de 78 años, seis días después de la muerte de su esposo. Poco antes de su partida había manifestado la plenitud que había alcanzado: “Se los digo ya con un pie en el otro lado: si yo volviera a nacer, no dudaría en volver a hacer lo que hice. Ese deleite tan grande que da desentrañar cosas, decir cosas, enfrentarse con otros en el campo del conocimiento. De verdad vale la pena”. Valió la pena, maestra.



Francisco Sanclemente

El hombre que venció a la adversidad

(Buga, Valle del Cauca, 1988)

“Valiente es quien es capaz de renunciar a la comodidad de lo fácil por la incomodidad de lo extraordinario”.

A los 17 años, Francisco Sanclemente creía tener un único problema: embetunar todos los días los guayos con los que jugaba fútbol y envolverles en la punta un pedazo de cinta adhesiva para que su dedo gordo no se asomara. Este inconveniente, pensaba el arquero nacido en Buga, Valle del Cauca, pronto tendría solución, pues gracias a sus destrezas y a los buenos resultados que había conseguido con la Selección de fútbol del Valle del Cauca, su futuro estaba en un equipo profesional.

De hecho, todo estaba listo para que llegara a las divisiones inferiores del Once Caldas de Manizales, lo que le producía una enorme sonrisa desde que se levantaba. ¡Iba a jugar en el equipo que acababa de ganar la Copa Libertadores de América! Y no solo eso, también estrenaría guayos y ayudaría a su familia, cuya situación económica era complicada, pero, como bien afirma él, “a pesar de las necesidades, no faltaba el amor”.

Sin embargo, de la noche a la mañana su vida cambió por completo. El viernes 14 de julio de 2006 salió de su casa, fue a trabajar al supermercado en el que era empacador y luego se fue a entrenar. Llegó a su casa al finalizar la tarde, le dolían las piernas y la espalda; se acostó para descansar un poco, pero al intentar ponerse de pie se desmayó. Se despertó y lo primero que vio fueron los ojos de su madre, estaba llorando, y a su lado había un médico. “Noté





que mis piernas estaban cubiertas con una cobija; entonces las destapé para ver si aún estaban allí, porque ya no las sentía”, relata Sanclemente, quien días después, y luego de múltiples exámenes, supo que no volvería a caminar. El diagnóstico era una mielitis transversa, una enfermedad que ocasiona daño a la médula espinal, el tejido que conecta el cerebro con los nervios de la mayor parte del cuerpo. Esta condición impide que los mensajes del cerebro, como ponerse en movimiento, lleguen a las extremidades.

“¿Por qué a mí? ¿Por qué justo antes de mi llegada a un gran equipo? ¿Por qué ahora que voy a tener una hija?”, se preguntaba desconsolado, pues sabía que su condición de discapacidad no solo lo afectaría a él, sino también a su madre, abuela, hermanas y a la mamá de la niña, quienes, en adelante, tendrían que ayudarlo hasta en las actividades más básicas. Las preguntas cambiaron y empezó a cuestionarse qué hacer para llevarla al parque, darle estudio y ser un ejemplo.

Lo primero que hizo fue terminar el colegio para luego ingresar lo antes posible a la universidad. Después se matriculó en Administración de Empresas y así comenzó una rutina que incluía estudio, terapia física y control de la mielitis. Quería recuperar su fuerza física, pero para lograrlo debía fortalecer su espíritu y esto dependía, necesariamente, de la aceptación de su nueva condición. “Asumí que lo que me había pasado era un milagro, aunque estuviera disfrazado de tragedia. Puede sonar extraño, pero la silla de ruedas

fue un milagro para mí. En ella aprendí a superar el miedo, me hice fuerte físicamente, superé barreras mentales, gané independencia y aprendí a pedir para dar”, afirma Sanclemente.

Sus ganas de ser deportista profesional regresaron, y aunque sabía que ya no sería arquero, había otras opciones, como *correr*, en la silla de ruedas y con la ayuda de sus manos, la Media Maratón de Bogotá 2010. En esta competencia se dio cuenta de que personas como él podían ser atletas de alto rendimiento y que incluso hay un evento similar a los Juegos Olímpicos para quienes tienen alguna discapacidad física, mental o sensorial: los Juegos Paralímpicos.

En Bogotá quedó de último, pero cruzó la meta y ese logro fue suficiente para animarlo a seguir adelante; tres años después empezó a ganar casi todas las maratones a las que asistía. Ha ganado medallas en Colombia y el exterior, en pruebas tan exigentes como las maratones de Buenos Aires, Miami y Madrid.

Sin embargo, “lo importante no es lo que haces, sino lo que inspiras cuando lo haces”, dice este deportista, para quien los logros atléticos no serían tan significativos si no les sirvieran de ejemplo a otros que, como él, han pensado que hay pruebas insuperables. Por esta razón, creó la Corporación

El nacimiento de su hija se convirtió en el mejor aliciente de Francisco; lamentarse por él mismo ya no era una opción, ahora la prioridad era ella.

Ser Inspiración, que ayuda a que personas en condición de discapacidad encuentren la manera de cumplir sus sueños. También cuenta su historia y replica su mensaje de tenacidad en charlas motivacionales y en un libro que escribió en 2018 llamado *El camino del valiente*, en el cual le hace un

homenaje a su abuela, una mujer excepcional que le entregó lo mejor de su vida cuando más lo necesitaba. Asimismo, inspiró a su círculo más cercano: su mamá, por ejemplo, se graduó como abogada a los 53 años después de haber suspendido, en varias ocasiones, sus estudios. “Es que de nada sirve encender la luz solo para ver; hay que alumbrar a los demás”, dice cuando le preguntan por su papel de líder.

En la actualidad, Francisco Sanclemente divide su tiempo entre el deporte, las conferencias y su familia. Se casó con una mujer que conoció en la misma época en que comenzó su carrera como maratonista; su hija, a quien su esposa aceptó como propia, vive con ellos y sigue siendo la mayor motivación para

superarse cada día. Lo llena de orgullo contarle acerca de todos los lugares que ha conocido gracias a su inquebrantable compromiso; ella lo escucha con admiración, quiere ser valiente como él, luchar por lo que desea sin importar cuántas sean las caídas.

Cualquiera puede transformar su vida, asegura el maratonista. Pero no hay una fórmula mágica ni 10 pasos por seguir. Se trata de un proceso que toma tiempo y precisa actitud y disciplina. Como su preparación para los próximos Juegos Paralímpicos, en los que espera demostrar que a veces no es necesario tener piernas para conquistar el camino.

“Lo importante no es lo que haces, sino lo que inspiras cuando lo haces”, dice este deportista, para quien los logros atléticos no serían tan significativos si no les sirvieran de ejemplo a otros.



Mariana Pajón

La triple medallista olímpica

(Medellín, Antioquia, 1991)

“Mi vida ha sido una vida de cumplir sueños, de ponerme metas y superarlas”.

La primera vez que la bicrossista Mariana Pajón lloró a causa de una carrera fue en 2012, en los Juegos Olímpicos de Londres, en los que ganó su primera medalla olímpica de oro. Nunca antes había llorado en una competencia a pesar de que se había subido muchas veces al podio, y tampoco lo había hecho por sus múltiples caídas en la pista. En esa oportunidad, las lágrimas fueron incontenibles porque la victoria era su realización como deportista, y no solo la suya, también la de su entrenador y su familia. Lloró, igualmente, porque sentía que le había cumplido al país, “a los millones de colombianos que pedalearon conmigo”, como ella misma dijo.

El 30 de julio de 2021, la reina del BMX, disciplina del ciclismo que se practica con bicicletas de *cross*, volvió a llorar; esta vez en los Juegos Olímpicos de Tokio después de cruzar la meta en segundo lugar. El motivo no fue, como podrían pensar algunos, no haber sido la primera; todo lo contrario: para la deportista antioqueña, esa medalla de plata valía oro. “Solo estar acá vale oro. Yo no venía con buenas condiciones, estaba coja y la preparación no fue tan buena como habría querido”, manifestó.

Y es que la participación de Pajón en este evento deportivo fue posible gracias a su fortaleza mental, determinación absoluta y autoconfianza, más que a sus condiciones físicas, pues fueron estas cualidades las que le permitieron





superar las dificultades que había vivido en los últimos tres años, los más difíciles de su carrera. En 2018, durante la Copa Mundo de Holanda, se cayó de su bicicleta, lo que le ocasionó una lesión bastante grave en su rodilla izquierda y la sacó de las pistas durante nueve meses.

La recuperación fue muy complicada: subió 10 kilos de peso, dejó de lado las terapias y los dolores que sentía eran tan fuertes que alcanzó a pensar que sus mejores momentos en la bicicleta habían quedado atrás. Estaba acostumbrada a pelear y ganar todos los títulos de las carreras en las que competía, lo que hizo aún más complejo comprender que ya no era una atleta invencible y que, además, era una persona vulnerable. Gracias al apoyo de su familia, y en particular de su esposo, asumió el reto de la recuperación. A regañadientes se ponía el uniforme y se subía a su eterna compañera, en la que se montó por primera vez a los cuatro años y en la que había conseguido más de 10 títulos en el ámbito mundial y dos medallas olímpicas de oro: la obtenida en Londres en 2012 y la que logró cuatro años más tarde en Río de Janeiro.

La primera bicicleta de esta deportista, a quien por su baja estatura e inagotable energía se le conoce como la Hormiga Atómica, como el personaje de los dibujos animados, fue roja. No se la regalaron sus papás ni fue el traído del niño Jesús; se la encontró en un rincón de su casa, era la que había usado su hermano Miguel, practicante de *bicicross*, y a

quien acompañaba a las carreras en las que se enamoró de la velocidad, los saltos y la adrenalina.

Cuando Mariana se subió a la bicicleta, casi ni podía sostenerse, pero una vez la dominó no quiso abandonarla nunca. Con apenas cuatro años hizo sus primeros entrenamientos en pista y corrió su primera competencia, a la que se inscribió sola. “Fui hasta donde los organizadores y les dije que quería correr con los niños de cinco y seis años porque no había una categoría para mi edad, y mucho menos para niñas. Cuando llegaron mis papás, les informé que iba a correr el sábado. De ahí salimos a comprar mi primera bicicleta oficial, una rosada, con la que gané”.

Aunque su talento era evidente, los padres de Mariana creían que los riesgos de este deporte eran enormes, y tenían razón: a los cinco años sufrió su primera lesión, fractura de la clavícula. Años después, cuando le preguntaron por

qué no había abandonado el BMX después de ese accidente, respondió: “Porque la bicicleta es una extensión mía a la que, entre otras cosas, le hablo. Porque es mi alegría y es el lugar donde mejor me siento”.

La primera bicicleta de esta deportista, a quien por su baja estatura e inagotable energía se le conoce como la Hormiga Atómica, como el personaje de los dibujos animados, fue roja.

El primer título importante que ganó lo logró en el 2000, en Argentina; tenía nueve años y antes de la carrera tuvo que convencer

a los jurados de dejarla participar a pesar de ser la única mujer. Fue entonces cuando sus padres terminaron de comprender que las aspiraciones de su pequeña hija iban muy en serio, que no habría obstáculo capaz de detenerla. Y hasta ahora no lo ha habido, porque ella hace todo lo que esté a su alcance para ser la mejor. Incluso su amuleto de la suerte, el número 100 que lleva en su camiseta cuando compite, es la evidencia de que siempre se asegura de dar el 100 %.

Otro de sus agüeros es competir con medias de distinto color, hábito que adquirió un día en el que, por accidente, se puso dos calcetines diferentes y ganó la competencia después de una racha de pérdidas. Esa costumbre se sumó a otra que tiene desde que era adolescente, cuando descubrió que la rudeza del *bicicross* no era incompatible con su feminidad. Los accesorios, el maquillaje y los perfumes son parte de su indumentaria, tan importantes como el casco y

los guantes, porque evidencian otra parte de su personalidad. Mariana quiere mostrarles a otras jóvenes que este deporte es cada vez más abierto a la presencia de mujeres, quienes no solo tienen sus propias categorías, sino que pueden asumirlo como mejor se sientan, y si es con las uñas pintadas, está muy bien.

Aunque aún no sabe por cuánto tiempo seguirá compitiendo profesionalmente, sí tiene claro, ahora más que nunca, que la actitud positiva es la clave para derrotar cualquier dificultad que se le presente. Esto lo aprendió en su casa, el lugar en el que siempre ha sentido el apoyo incondicional de sus padres y hermanos, y donde “se le hacía raya al que dijera algo negativo; porque todos tenemos claro que hablar bien es pensar bien y pensar bien es estar bien”. Mariana Pajón no podría estar mejor, tanto así que duerme sonriendo por la satisfacción que le produce ser mejor cada día.



El primer título importante que ganó lo logró en el 2000, en Argentina; tenía nueve años y antes de la carrera tuvo que convencer a los jurados de dejarla participar a pesar de ser la única mujer.

Guillermo Cano Isaza

El símbolo de la libertad de prensa

(Bogotá, 1925 – Bogotá, 1986)

“La verdadera libertad está en decir la verdad como cada uno la entiende, respetando la verdad de los demás”.

Los días más felices en la infancia de Guillermo Cano transcurrieron en Villaluz, la finca familiar. Allí se trasladaban los fines de semana y en las vacaciones escolares para que él y sus nueve hermanos pudieran correr libres, montar a caballo, bañarse en la piscina, disfrutar del clima cálido. Era la década de los 30 y la violencia por las diferencias políticas que dividían al país iba en aumento. Un día, al perro de la casa lo mataron en señal de amenaza. Villaluz era un lugar tranquilo; sin embargo, fue allí donde él conoció la intolerancia.

40 años antes, en 1887, Fidel Cano Gutiérrez, su abuelo, fundó en Medellín el periódico *El Espectador*. En ese entonces consistía en cuatro páginas que se publicaban dos veces a la semana con las ideas liberales que le hacían oposición al gobierno conservador. Luego la sede se trasladó a Bogotá y primero un tío y luego el padre del joven Guillermo asumieron la dirección del periódico. En su familia imperaba la idea de que el público necesitaba y merecía estar bien informado, conocer los hechos para tener un criterio propio.

Por este motivo, fue apenas natural que Guillermo Cano se convirtiera en el jefe de redacción de *El Aguilucho*, el periódico del tradicional Gimnasio Moderno de Bogotá, su colegio. Además de orientar a los demás estudiantes en la escritura de sus textos, también se destacó como escritor en la publicación. Sus artículos sobre fútbol, su mayor afición deportiva, contribuyeron a aumentar el





Las muchas horas dedicadas a la lectura y su curiosidad innata le permitieron formar desde muy joven un carácter propio y una idea clara del mundo y de las personas, que le serían útiles para el oficio de periodista que desempeñaría por el resto de su vida.

interés por ese deporte en la institución educativa. Dos años después, varios exalumnos fundaron el club Independiente Santa Fe, que luego se convirtió en el equipo de fútbol profesional del que fue hincha por el resto de su vida.

Las muchas horas dedicadas a la lectura y su curiosidad innata le permitieron formar desde muy joven un carácter propio y una idea clara del mundo y de las personas, que le serían útiles para el oficio de periodista que desempeñaría toda su vida. Cuando se incorporó a la sala de redacción de *El Espectador*, recién egresado del colegio y con 18 años, lo hizo por tradición familiar, pero también por convicción. Sabía que las luchas del periódico, censurado y cancelado en varias oportunidades por ser capaz de oponerse a poderes abusivos, no habían terminado.

De hecho, en 1952, asumió el cargo de director. Tenía 27 años, pero ocho de experiencia y el apoyo de su padre. Eduardo Zalamea Borda, un reconocido autor que en ese entonces escribía para el periódico, le dio la bienvenida con las siguientes palabras: “Grande es el peso que recae ahora sobre Guillermo Cano, pero no superior a sus capacidades ni a su voluntad de servir a sus ideas y a su país”.

Como director, Guillermo Cano fue el encargado de coordinar la elaboración, edición y publicación de *El Espectador*. Enfatizaba en los reporteros la importancia de que el lector tuviera el mayor número de elementos para poderse formar una opinión

propia y fundamentada. Además, se sumaba como escritor al equipo de periodistas, que estuvo conformado por los mejores del país. Sus columnas fueron un espacio dedicado a debatir las ideas, a denunciar los escándalos económicos y políticos, a publicar la violación de los derechos de quienes no podían hacerlo. En más de 40 años de trayectoria, informó al país sobre los sucesos más importantes, como *El bogotazo*, el nacimiento de los grupos guerrilleros y el surgimiento del narcotráfico.

Una de las causas que con mayor seriedad asumió fue desenmascarar a los grupos que se dedicaban al comercio ilícito de drogas con el fin de impedir que con su poder económico y su deshonestidad acabaran con los valores de la sociedad. La extorsión, las amenazas y los sobornos fueron algunos de los métodos empleados para manipular a la prensa e impedirle divulgar la verdad. La posición de Guillermo Cano fue clara: “Nos comprometemos a defender los derechos humanos donde se intente vulnerarlos, en materia leve o grave. No habrá va-

Una de las causas que con mayor seriedad asumió fue desenmascarar a los grupos que se dedicaban al comercio ilícito de drogas con el fin de impedir que con su poder económico y su deshonestidad acabaran con los valores de la sociedad.

cilaciones en ese sentido, ni poder que nos intimide”, escribió en un editorial que fijó las pautas del periódico, que ningún otro medio en el país secundó.

En 1982 reveló en un artículo los antecedentes penales de Pablo Escobar Gaviria, el narcotraficante que luego sería el jefe del temido Cartel de Medellín, y que en ese entonces había sido elegido representante a la Cámara en el Congreso de Colombia; y la

guerra contra el periódico comenzó. Los periodistas que delataban las acciones delictivas eran intimidados, amenazas que luego se concretaron con el asesinato de varios de ellos. El director de *El Espectador* no dio su brazo a torcer y el periódico continuó apoyando el tratado de extradición, el cual permitiría que los narcotraficantes fueran juzgados en el exterior, donde no tenían poder para influir sobre los fallos en su contra. En la noche del 17 de diciembre de 1986, cuando salía de las oficinas del periódico, fue abaleado por dos sicarios de Pablo Escobar.

El dolor de su familia fue inmenso. Era un hombre casero y cariñoso, que buscaba momentos para compartir con ellos. Su esposa, Ana María Busquets, y sus hijos solían acompañarlo a los partidos de fútbol del Santa Fe, único es-

pacio en el que mostró fanatismo. A pesar de la importancia de su cargo y del peso de las muchas responsabilidades, Guillermo Cano consideró a su familia su mayor tesoro. Y ya sin él, decidieron continuar con su legado ejerciendo en el periódico la libertad de prensa por la que dio la vida.

Desde 1997, la Unesco (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura) instituyó el Premio Mundial a la Libertad de Prensa Guillermo Cano, que reconoce la valentía y la integridad de aquellos periodistas que han luchado en contra de la censura y la intolerancia, con el propósito de mostrar al mundo entero la necesidad de respetar los valores propios de su profesión. Cada año el homenaje es rendido a un periodista que ha defendido, a costa de su integridad personal, el derecho a la libre expresión. Guillermo Cano es su símbolo.

“Nos comprometemos a defender los derechos humanos donde se intente vulnerarlos, en materia leve o grave. No habrá vacilaciones en ese sentido, ni poder que nos intimide”.





Este libro pertenece a:
